

REGLAS ROTAS

UN ACUERDO CON EL CAPITÁN DE HOCKEY

VALENTINA VALENTI

REGLAS ROTAS

UN ACUERDO CON EL CAPITÁN DE HOCKEY

VALENTINA VALENTI

Capítulo 1
Willow
Capítulo 2
Willow
Capítulo 3
Jake
Capítulo 4
Willow
Capítulo 5
Jake
Capítulo 6
Willow
Capítulo 7
Willow
Capítulo 8
Willow
Capítulo 9
Willow
Capítulo 10
Jake
Capítulo 11
Willow
Capítulo 12
Willow
Capítulo 13
Jake
Capítulo 14
Willow
Capítulo 15
Jake
Capítulo 16
Jake
Capítulo 17
Willow

Epílogo
Willow

Capítulo 1

Willow

Existen exactamente tres razones por las que no debería estar plantada frente a la puerta de ese apartamento casi a medianoche de un martes.

La primera: el lugar olía a testosterona concentrada y desodorante barato.

La segunda: mi hermano mayor, Connor, le arrancaría los dientes a cualquier tío que se atreviera a respirar demasiado cerca de mí ahí dentro.

Y la tercera —la más peligrosa de todas—: quien iba a abrir esa puerta era Jake Miller.

Lo sabía porque esperé pacientemente a que saliera cada miembro del equipo de hockey. Los martes, la tradición era emborracharse en el Ted's, pero Jake tenía una regla de hierro sobre no beber durante la temporada. Concentrado, disciplinado y tozudo.

Apreté la correa de mi bolso bandolera hasta que las puntas de mis dedos perdieron el color. La voz de la cobardía me susurraba que diera media vuelta, cogiera el ascensor cascado y volviera a la seguridad de mi residencia. Allí podía simplemente abrir el Kindle y seguir viviendo mis aventuras de forma estrictamente literaria. Sin riesgos. Sin pasar vergüenza. Donde ningún tío de fraternidad se riera de mí por haberme quedado paralizada ante un beso de cinco segundos.

No. Tragué saliva, negándome a flaquear. Basta de ser la chica invisible. Basta de cargar con la etiqueta de «hermanita mojigata de Bennett».

Cogí aire, di dos pasos al frente y llamé a la madera oscura tres veces.

No pasaron ni diez segundos. Cuando la puerta se abrió, el aire se me escapó de los pulmones con una rapidez humillante.

Jake Miller estaba ahí. Y, para arruinar del todo lo poco que me quedaba de juicio, sin camiseta.

El pelo castaño lo tenía húmedo y despeinado, cayéndole con descuido sobre la frente, señal de una ducha reciente. El pantalón de chándal gris le colgaba peligrosamente bajo en las caderas, dejando a la vista esa línea en «V» que yo conocía muy bien de las portadas de las novelas que leía, pero verla en persona parecía un atentado contra mi cordura. Sus ojos verdes se entornaron, deslizándose por mi abrigo tres tallas más grande antes de subir hasta mi cara.

Una sonrisa lenta y terriblemente provocadora asomó en sus labios. La misma sonrisa que aparecía en los carteles de promoción de los partidos en el campus.

—Si has venido a buscar a Connor, enana, mala suerte —dijo, con la voz grave y relajada—. Se ha ido al bar con los demás.

—Lo sé. —Mi voz salió como un hilo, y tuve que carraspear para recuperar algo de firmeza—. No he venido a ver a Connor. He venido a verte a ti.

Jake arqueó una ceja y cruzó los brazos musculosos sobre el pecho. El movimiento hizo que la musculatura de su abdomen se contrajera de un modo que me apagó el cerebro durante dos segundos enteros.

—¿Conmigo? —Se apoyó en el marco de la puerta, acortando la distancia entre nosotros. El olor a jabón mentolado y el calor natural de su piel me golpearon de lleno—. ¿Qué milagro es este? ¿Connor sabe que andas rondando por el edificio a estas horas?

—Connor no manda sobre mí —repliqué, un poco demasiado tensa. Sentí que las mejillas me ardían y odié la facilidad con la que mi piel delataba mis nervios. No era culpa de Jake, pero yo ya estaba al límite de que trataran mi vida como una extensión de la autoridad de mi hermano.

—Ya… —Jake soltó una risa baja, divertido con mi actitud a la defensiva—. Entonces dime: ¿qué quiere una chica como tú de mí?

Es ahora, Willow. Suéltalo de una vez o sal corriendo.

Clavé las uñas en las palmas de las manos, respiré hondo y lo solté todo antes de que el sentido común me hiciera callar:

—Quiero que me enseñes a follar.

El silencio que cayó sobre el pasillo fue devastador.

La sonrisa engreída de Jake desapareció al instante. Sus brazos se descruzaron despacio y parpadeó, paralizado en el sitio. Durante cinco segundos agonizantes, el capitán inquebrantable del equipo pareció haber olvidado cómo se formaba una frase en lengua humana.

Entonces soltó una risita ahogada y sacudió la cabeza.

—Buena, Willow. Por un segundo casi me la cuelas. Connor te ha comprado una cámara oculta, ¿verdad? ¿Dónde está? —Sacó la cabeza fuera, mirando el pasillo vacío en busca de la broma.

—No es una broma, Jake.

La risa de él murió en el acto. Sus ojos verdes recorrieron mi cara con una intensidad quirúrgica, buscando cualquier rastro de guasa. No retrocedí. Mantuve la barbilla alta y la mirada firme.

—¿Te has vuelto loca? —siseó, con la voz cayendo a un tono peligrosamente ronco. En un movimiento rápido, me sujetó la muñeca y me metió en el apartamento, cerrando la puerta tras nosotros con un golpe seco—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sé exactamente lo que estoy diciendo —mentí, manteniendo la compostura mientras el corazón parecía querer romperme el pecho—. Tengo veinte años, Jake. Veinte. Y anoche, un idiota de segundo pensó que sería divertido dejarme en ridículo delante de media fiesta solo porque me quedé paralizada a la hora de ir al cuarto con él. Estoy harta de ser la chica sin experiencia. Harta de sentirme un proyecto de monja mientras todo el mundo parece haber recibido un manual al que yo nunca tuve acceso.

Jake se pasó la mano por el pelo húmedo, dando vueltas por el salón pequeño como un depredador enjaulado.

—¿Y tu gran idea fue llamar a la puerta del mejor amigo de tu hermano para pedir esto?

—¡Sí! Porque no pienso ir por ahí exponiéndome con cualquier gilipollas de la universidad que luego va a ir contando detalles al día siguiente. Necesitaba a alguien competente y de confianza. Confío en ti.

Jake dejó de caminar. La rigidez de sus hombros era palpable.

—Willow, no estás viendo el problema —dijo, dando un paso lento hacia mí, con la voz peligrosamente baja—. No puedo hacer esto. Connor me mataría.

—¡Que le den a Connor! Él no controla mi vida.

—Tengo un pacto con tu hermano desde el instituto —replicó, firme—. Las hermanas son intocables. Es la regla número uno.

—¡Yo no soy una puta regla, Jake! —Esta vez fui yo quien dio un paso al frente, impulsada por una repentina ola de frustración y valor—. Y no soy propiedad de nadie. Soy una mujer adulta tomando una decisión sobre mi propio cuerpo. Si no quieres ayudarme, perfecto. Llamaré a la puerta de otro.

Giré sobre los talones hacia la salida, pero no di ni dos pasos. La mano de Jake me envolvió el brazo. No fue un gesto agresivo, pero contenía un dominio tan firme y posesivo que me dejó clavada en el sitio.

Cuando me giré, ya lo tenía encima. Demasiado cerca. El calor que desprendía era casi sofocante, y sus ojos, antes claros, estaban oscuros, clavados en los míos. Tenía la mandíbula tan apretada que un músculo le palpitaba en la mejilla.

—¡No vas a llamar a la puerta de ningún tío, joder! —dijo, con un tono bajo de mando que me revolvió el estómago.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

Jake tragó saliva, el pecho ancho subiendo y bajando acelerado. Parecía librar una batalla violenta dentro de su propia cabeza. Cuando por fin soltó el aire, la vacilación había desaparecido por completo. Lo que quedó en sus ojos fue algo crudo, intenso y peligroso.

—Porque si algún otro desgraciado te toca sin el cuidado debido... —Se detuvo, cerrando los ojos un segundo antes de volver a mirarme—. Si acepto esta locura... va a ser a mi manera. Sin prisas, sin bromas. Y me vas a tener que prometer que, cuando yo diga que pares, paras.

Levanté la barbilla, luchando por sostenerle la mirada e ignorar el escalofrío que me subió por la espalda.

—Pensaba que esa orden debía darla yo.

La comisura de la boca de Jake se elevó, pero no había nada de juguetón en ello. Era una sonrisa sombría, cargada de intención. Redujo el poco espacio que quedaba entre nosotros, hasta que su respiración me rozó la piel.

—Primera lección, Willow: siempre puedes mandarme parar —susurró, con la voz grave vibrando directamente en mi columna—. Pero asegúrate de una cosa... Cuando tenga las manos sobre ti, serás tú quien suplique por más.

Capítulo 2
Willow

El ambiente en el salón cambió en una fracción de segundo. El tono de voz de Jake no tenía absolutamente nada que ver con el tío bromista y relajado que conocía desde mis quince años. Había una gravedad ahí que hizo que me diera un vuelco el estómago.

Dio un paso atrás, se pasó la mano por la nuca y soltó un suspiro pesado.

—Ven conmigo —ordenó, girándose hacia el pasillo corto del apartamento.

Mis pies vacilaron antes de obedecer. Lo seguí hasta la última puerta a la izquierda y me encontré con la habitación de Jake.

Esperaba encontrarme con el caos típico de una residencia de atletas, pero el espacio estaba sorprendentemente limpio. Había un armario oscuro, un escritorio con algunos cuadernos cerrados y una cama de matrimonio hecha con un edredón gris plomo. Su olor estaba por todas partes: una mezcla deliciosa de colonia amaderada, jabón y piel limpia.

Jake cerró la puerta detrás de mí, y el clic del cerrojo sonó como un disparo en el silencio de la habitación.

—Siéntate —dijo, señalando la silla del escritorio. Él no se sentó; se quedó de pie, apoyando la cadera en el borde de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo.

Me senté, hundiendo las manos entre las rodillas para esconder que me temblaban. El contraste entre nosotros dos era ridículo. Yo, vestida con tres capas de ropa de abrigo; él, pareciendo salido de alguna película prohibida para menores.

—Si vamos a hacer esto —empezó Jake, con la voz cayendo a un registro bajo y firme que me erizó el vello de los brazos—, lo hacemos bien. Y eso significa poner reglas.

Asentí, tragando saliva.

—Primera regla: nada de prisas. No estamos compitiendo contra el reloj y yo no soy como los idiotas con los que sueles cruzarte en el campus. Si noto que te estás forzando a ir más rápido de lo que aguantas solo para tachar algo de una lista, paramos en el acto. ¿Entendido?

—Entendido —susurré.

—Segunda regla: honestidad absoluta. Si algo duele, si algo te resulta incómodo, o si simplemente cambias de idea a mitad de camino, lo dices. No quiero fingimientos, Willow. Ni un poco.

Su seriedad me estaba asfixiando. Esperaba que empezara a hacer bromitas, a provocarme de forma un poco sucia para romper el hielo, pero el cuidado milimétrico que estaba demostrando me ponía mil veces más nerviosa. Era como si estuviera a punto de desactivar una bomba, y yo fuera el explosivo.

—Y la tercera regla —continuó Jake, descruzando los brazos y dando un paso hacia mí. El pantalón de chándal gris se movió sutilmente mientras caminaba—. Connor no puede ni soñar con esto, bajo ningún concepto. Si se entera, se acabó. Para los dos.

—No se va a enterar —garanticé, intentando dar firmeza a mi voz.

Jake se paró justo frente a mí. La cercanía era tanta que el calor de su cuerpo parecía envolverme como una niebla. Se agachó, apoyando las manos en los brazos de mi silla, obligándome a mirarlo directamente a sus ojos verdes.

—Entonces vamos a empezar —murmuró—. La primera lección no tiene nada que ver con quitarse la ropa, Willow. Tiene que ver con la confianza. Dime qué quieres.

Parpadeé, confundida.

—¿Qué?

—Dilo en voz alta. ¿Qué quieres de mí?

Se me cerró la garganta al instante. Sentí que las mejillas me ardían tanto que estaba segura de parecer un pimiento. Decir eso en el pasillo, en un impulso de rabia y frustración, había sido una cosa. Decirlo ahí, mirándolo a los ojos, en esa habitación a oscuras, parecía un nivel de humillación completamente distinto.

—Yo... ya te lo he dicho fuera, Jake.

—Quiero que lo digas aquí dentro. Sin rodeos. Sin usar términos técnicos ni eufemismos.

—No puedo —confesé, apartando la mirada hacia mis propios zapatos, con el pecho subiendo y bajando demasiado rápido.

Jake extendió la mano. Tenía los dedos grandes, con los nudillos un poco ásperos por los entrenamientos de hockey, pero el roce en mi mandíbula fue de una delicadeza que me deshizo por dentro. Presionó el pulgar suavemente en mi barbilla, obligándome a levantar el rostro de nuevo.

—Sí que puedes —su tono de voz era tan suave que casi se convirtió en una caricia—. El deseo no es nada vergonzoso, Willow. Si quieres ser dueña de tus decisiones, tienes que aprender a decir lo que quieres sin pedir perdón por ello. Mírame. ¿Qué quieres que te haga?

Se me cortó la respiración. Su atención era absoluta. No me estaba mirando como a «la hermanita de Connor». La forma en que sus ojos bajaron un segundo hasta mi boca y luego volvieron a los míos era pura intención, pura hambre.

—Quiero... —empecé, con la voz saliendo en un susurro tembloroso—. Quiero saber qué se siente al ser deseada. Al ser tocada por alguien que no se va a reír de mí.

Jake soltó un suspiro pesado, el aire caliente golpeándome los labios. Su mano subió por mi mejilla, los dedos enredándose en mi pelo, tirando de mi cabeza ligeramente hacia atrás. Empezó a inclinarse despacio, tan despacio que podía contar los latidos violentos en mi propio pecho.

Mis ojos se cerraron por puro instinto. Podía sentir la cercanía de su boca, el magnetismo que parecía tirar de mí entera hacia él. Estaba lista. Todo mi cuerpo suplicaba por ese impacto.

Pero el impacto no llegó.

Abrí los ojos y vi a Jake apartándose bruscamente, dándome la espalda. Se pasó las dos manos por la cara, los músculos de la espalda contrayéndose bajo la luz tenue de la lamparilla. Su respiración era pesada, errática.

El vacío en mi pecho fue inmediato, seguido de un pinchazo familiar de rechazo.

—Eso... —me aclaré la garganta, intentando recomponer los pedazos de mi dignidad—. ¿Eso también forma parte de la lección?

Jake soltó una risa amarga, todavía de espaldas, con los hombros tensos.

—No —dijo, con la voz de repente ronca, casi áspera. Se giró despacio, mirándome con una intensidad que casi me hizo retroceder un paso—. Eso ha sido un error mío.

Me levanté de la silla, sintiendo cómo el peso de la vergüenza volvía a acumularse en mis hombros. Lo había estropeado todo. Él se arrepentía. Me miraba y veía a Connor, el problema.

Caminé hasta la puerta, sujetando el pomo frío. Me iría y volvería a mi pequeño mundo seguro, procurando olvidar por completo que un día tuve ese valor. Pero, antes de girar el metal, una ola de frustración y pura terquedad me golpeó. No podía salir de ahí pareciendo la misma chica asustada de siempre.

Giré el rostro hacia atrás, encontrando su mirada aún fija en mí, tenso en medio de la habitación.

—¿De verdad soy un error, o eres tú el que tienes miedo?

Se quedó quieto un segundo, el pecho subiendo y bajando con fuerza mientras me observaba.

—Nunca he dicho que fueras un error, Willow.

—Entonces demuéstrame que no tienes miedo ni te arrepientes y enséñame a besar, Jake —solté, desafiante.

Se notó el momento exacto en que su autocontrol se rompió.

Jake cruzó la habitación en tres pasos largos y depredadores. Antes de que pudiera procesar el movimiento, su mano golpeó la madera de la puerta, justo al lado de mi cabeza, y la otra me sujetó la cintura con fuerza, prensándome contra la superficie dura.

—¿Quieres una lección, Bennett? —susurró, con los ojos brillando con algo peligroso justo antes de que su boca colisionara con la mía.

Capítulo 3

Jake

El sentimiento de culpa debería estar gritando en mi mente, pero lo único que oía era el sonido de la respiración de Willow atrapada en mi garganta.

Cuando mi boca colisionó con la suya, no había planeado que fuera así. Pretendía dar solo una clase. Un beso técnico, lo bastante controlado como para demostrarle que no tenía por qué tener miedo, y después retirarme. Pero en cuanto sus labios se abrieron contra los míos, esa lógica se esfumó.

Willow no era la chica torpe que pensé que iba a encontrarme. Era suave, dulce, y tenía un sabor que, descubrí en ese instante, sería capaz de engancharme en menos de diez segundos.

La sujeté por la cintura, sintiendo la delicadeza de su cuerpo contra la solidez del mío. Mis dedos subieron hasta su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo la piel. Ella soltó un suspiro, un sonido pequeño y desesperado que hizo añicos lo que me quedaba de autocontrol.

Debería parar. Connor podría entrar por esa puerta y acabar conmigo, pero en ese momento lo único en lo que era capaz de concentrarme era en cómo ella empezaba a devolverme el beso, tanteándome los hombros con sus manos pequeñas, como si estuviera comprobando que yo era real.

La besé con más fuerza, inclinando la cabeza para profundizar el contacto. Quería marcarla, quería que entendiera que, con mi beso, no necesitaba a nadie más. La idea de que cualquier otro idiota de la universidad pudiera tener el privilegio de probar eso me dejó un regusto amargo de celos en la boca.

Me aparté solo unos milímetros, con nuestras frentes pegadas, ambos jadeando. La habitación parecía demasiado pequeña para los dos.

—¿Así fue como besaste a ese tío de la fiesta? —no pude evitar el tono de gruñido bajo en mi voz.

Willow abrió los ojos y me miró. Los tenía dilatados de deseo, el rostro sonrojado de una forma que me dieron ganas de volver a besarla hasta que se olvidara de su propio nombre.

—No —susurró, temblando—. Ni de lejos.

La solté despacio, obligándome a dar un paso atrás. Empezaba a caer en la cuenta, y sabía que, si me quedaba ahí un minuto más, las reglas que yo mismo había impuesto se harían pedazos ante nuestros propios ojos. La euforia que brillaba en su mirada era peligrosa. Se estaba sintiendo deseada, y yo era el culpable de eso.

—¿Jake? —me llamó, con la voz insegura, como si estuviera volviendo de un trance.

—Vete, Willow —murmuré, pasándome la mano por la cara, sintiendo el sudor frío en la nuca.

Ella parpadeó, confundida por el cambio repentino, pero no discutió. Cogió el bolso y salió de la habitación casi en silencio. Cuando la puerta se cerró, me dejé caer en la cama, mirando el techo.

Estaba jodido.

***

Al día siguiente, la cafetería del campus estaba abarrotada. Yo estaba sentado con el equipo, fingiendo prestar atención a la conversación sobre el partido del viernes, pero mis ojos no se apartaban de la puerta. Cuando ella entró, el mundo pareció ir más despacio.

Willow Bennett. La hermana de mi mejor amigo, la chica que estaba ocupando cada centímetro de mi mente... y la chica con la que me había comportado como un completo idiota la noche anterior.

Sabía dónde me metía cuando decidí ayudar a Willow con toda esa locura, así que no era justo comportarme como un cobarde y

echarme atrás con algo que los dos habíamos acordado.

—Mirad quién ha llegado. La pequeña Willow —comentó Connor con una sonrisa orgullosa, saludándola con la mano.

Willow puso los ojos en blanco ante su hermano y vino hacia la mesa. Parecía la misma chica de siempre, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, vi el cambio. No apartó la vista en ningún momento, y hubo una chispa de reconocimiento, de algo compartido que solo nosotros dos sabíamos.

En ese mismo instante, sentí un calor subiéndome por el cuello. Por primera vez en la vida, tener a Connor a mi lado me hizo sentir como el mayor de los traidores.

—¡Eh, chicos! ¿Puedo sentarme con vosotros? —dijo ella.

—Búscate otro sitio donde sentarte, enana —dijo Connor, con su tono de hermano sobreprotector, pasándole el brazo por los hombros —. Te quiero bien lejos de los tíos del equipo.

Le di un trago largo a mi café, escondiendo una sonrisa torcida detrás del vaso.

No tiene ni idea, pensé, sintiendo la sangre hervirme. No tiene la menor idea de lo peligrosa que puede llegar a ser la «pequeña Willow».

Ya conociendo cómo era su hermano, ella ni siquiera protestó. Solo cogió sus cosas y se alejó de nosotros. La vi sentarse en una mesa cercana, y me miró por encima del hombro, un desafío silencioso brillando en sus ojos. Las ganas de levantarme, ir hasta allí y demostrarle a todo el mundo exactamente a quién pertenecía eran tan fuertes que apreté el vaso de café con más fuerza de la debida, casi aplastándolo.

Mi móvil vibró en el bolsillo. Lo saqué discretamente y leí el mensaje.

Willow: Segunda lección, esta noche. Si todavía quieres.

Escribí la respuesta antes incluso de que Connor terminara de hablar sobre la estrategia para el próximo entrenamiento.

Yo: Quiero.

Capítulo 4
Willow

Había pasado veinte minutos mirando mi reflejo en el espejo, para, al final, elegir la misma falda negra, la misma blusa de manga larga y el mismo par de botas que usaría en cualquier otra ocasión. La diferencia era que, esa noche, me había recogido el pelo de una forma que parecía casual, pero que solo usaba en ocasiones especiales. También me había puesto brillo en los labios y decidido ponerme mi mejor perfume.

—Esto no es una cita —intenté convencerme a mí misma, aunque mi reflejo no parecía creérselo.

Suspiré, cogí el abrigo y salí antes de perder el valor.

El campus estaba frío, iluminado por las farolas amarillentas que dejaban las aceras con pinta de escena de película. Algunos alumnos cruzaban de un edificio a otro, absortos en su propio mundo y totalmente ajenos a lo que yo estaba a punto de hacer. Para ellos, aquella era solo una noche más en la universidad. Para mí, parecía que iba a cometer un delito.

Técnicamente, no era ningún delito. Yo era mayor de edad, Jake era mayor de edad, y a nadie se le estaba obligando a nada. Aun así, había una voz irritante dentro de mi cabeza repitiendo el nombre de mi hermano como si fuera una alarma: Connor. Connor. Connor.

Si mi hermano siquiera soñara con lo que estaba a punto de hacer, probablemente dejaría a Jake con algunos hematomas, y después me sometería a una charla de tres horas sobre el amor propio, los tíos del equipo de hockey y «las intenciones dudosas de los deportistas universitarios».

Solo de imaginarlo, me dio un escalofrío. Adoraba a mi hermano, pero había momentos en los que parecía olvidar que yo no tenía doce años.

Cuando llegué al edificio donde vivía Jake con algunos jugadores del equipo, tenía las manos heladas, y no era solo por el viento. Me paré frente a su puerta y casi me eché atrás... Entonces me acordé del beso de la noche anterior. Mi primer beso con Jake Miller. No mi primer beso de la vida, claro. Ya había besado a algunos otros chicos antes, lo cual no era exactamente un motivo de orgullo, ya que precisamente era mi fracaso en la vida amorosa lo que me tenía ahí.

Antes de poder pensarlo demasiado, llamé. La puerta se abrió, y apareció Jake con un pantalón de chándal gris y una camiseta negra que parecía haber sido creada con el único propósito de arruinar mi paz. Tenía el pelo oscuro húmedo, revuelto, como si acabara de salir de la ducha.

Me miró de arriba abajo, y el corazón me dio un tropezón dentro del pecho.

—Has venido —dijo.

—No soy de las que acceden a algo y luego huyen.

Creo que notó el tono de veneno en mi voz, porque la comisura de su boca se elevó en una sonrisa.

—Igual soy yo el que tiene que aprender algunas cosas de ti, ¿eh?

Sentí que la cara me ardía.

—¿Vas a seguir molestándome mientras me congelo aquí fuera o me vas a dejar entrar?

Jake abrió más la puerta e hizo un gesto con la mano.

—Entra, Bennett.

Entré intentando parecer normal, pero sabía que estaba fracasando en cada intento. El apartamento estaba bastante ordenado para tratarse de un sitio ocupado por jugadores de hockey. Había una mochila tirada en el sofá, unas zapatillas cerca de la puerta y una pila de libros sobre la mesa de centro. Olía a jabón, a café y a algo que ya estaba empezando a asociar peligrosamente con Jake.

Cerró la puerta detrás de mí, y el sonido del cerrojo me sonó fuerte a mis oídos ansiosos.

Me giré rápido, intentando no mostrar tanto nerviosismo.

—¿Tus compañeros están aquí?

—Han salido —respondió Jake, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Y sabes si van a volver pronto? —insistí, ganando tiempo.

—Willow... —La forma en que dijo mi nombre me secó la boca.

—¿Qué?

Jake cruzó los brazos, apoyándose en la puerta.

—Si estás buscando una excusa para huir, búscate una mejor.

Abrí la boca, luego la cerré. Sin un argumento mejor, levanté la barbilla.

—No estoy huyendo.

—Claro que no. Lo último que las chicas quieren hacer cuando están conmigo es huir.

Solté una risita burlona.

—¿Siempre eres tan creído?

—Solo cuando tengo razón. —Su sonrisa se abrió despacio.

Puse los ojos en blanco, pero por dentro era un desastre.

Jake caminó hasta la cocina abierta y cogió dos botellas de agua de la nevera, dándome una. Nuestros dedos se rozaron durante medio segundo, y odié cómo reaccionó mi cuerpo a eso. Como si aquel simple contacto hubiera apretado algún botón secreto en mí.

Bebí un trago solo para hacer algo con las manos.

—Entonces... —empecé, intentando sonar práctica—. ¿Cuál es la lección de hoy?

Jake apoyó la cadera en la encimera.

—¿Tienes prisa?

—No —mentí.

—Pues parece que sí.

—Estoy intentando ser objetiva.

—Estás nerviosa, Willow —me corrigió—. Y, sinceramente, ¿esto no va a funcionar si estás nerviosa.

Solté un suspiro pesado.

—Lo siento, pero no puedo controlarlo.

Por un instante, Jake se limitó a mirarme. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando.

—¿Por qué te sientes así?

—¿Y cómo no me voy a poner nerviosa, a solas con un tío?

—Si fuera cualquier tío, sí; pero soy yo, tu Jake. No tienes por qué sentirte incómoda conmigo.

Tu Jake. La forma en que lo dijo encendió algo caliente en mi vientre.

Tragué saliva.

—Tú no me haces sentir incómoda. Es que... no sé lo que estoy haciendo.

—Ese es el objetivo de estar aquí, ¿no? —Dejó la botella sobre la encimera y se acercó un paso.

—Igual no quiero parecer ridícula.

Jake se acercó un poco más. No lo suficiente para tocarme, pero sí lo bastante para adueñarse del aire a mi alrededor.

—No pareces ridícula.

—Lo dices porque estás intentando ser amable.

—No soy muy famoso por ser amable —dijo, y la comisura de su boca subió.

—Ya, lo sé. Eres Jake Miller, y eres famoso por ser la gran estrella del hockey. El tío que siempre tiene una fila de chicas con experiencia esperando para hacer cualquier cosa contigo.

En cuanto lo dije, me arrepentí. La frase salió amarga y cargada de una inseguridad a la que no tenía ningún derecho. Jake no era mío, y no debería parecer tan posesiva e infantil de esa manera.

Aparté la mirada.

—Perdona. Eso ha sido una idiotez.

—Sí, ha sido una idiotez —replicó—. Pero no por los motivos que estás pensando, sino porque te estás comparando con gente que no tiene nada que ver contigo.

Jake se paró a pocos centímetros de mí, pero no me tocó. Aun así, podía sentir el calor de su cuerpo y observar el movimiento lento de su respiración bajo la camiseta.

—Segunda lección... —dijo, con la voz más baja—. Ser tocada.

Se me contrajo el estómago. Solté el aire despacio.

—¿Y cómo funciona esa lección?

Jake inclinó la cabeza.

—Voy a tocarte donde tú me dejes. Si no estás de acuerdo, me dices cuándo parar, y paro.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Y si... no digo nada?

—Si noto que estás incómoda, paro de todas formas.

La respuesta me sorprendió. No porque no creyera que él fuera a respetar mis límites, sino porque esperaba algún tipo de provocación de su parte. Sin embargo, Jake parecía muy concentrado y serio en la tarea que estábamos a punto de llevar a cabo. Para ser sincera, parecía bastante concentrado en mí.

—Willow —me llamó.

—¿Sí?

—¿Puedo tocarte?

La pregunta fue simple y directa; aun así, hizo que algo se abriera dentro de mi pecho.

—Puedes.

Jake levantó una mano despacio, como si no quisiera asustarme, y me tocó la cara con los dedos. Deslizó las yemas por mi mejilla, hasta la mandíbula. No era gran cosa. Nada que justificara cómo mis rodillas casi olvidaron su función.

Parecía observar cada reacción mía. La forma en que contenía la respiración, cómo apretaba los dedos en torno a la botella, o cómo mis ojos, traidores, bajaban hasta su boca.

—Piensas demasiado... —murmuró.

—Lo siento, pero es un defecto mío.

—No es un defecto. —Su pulgar rozó levemente la comisura de mi boca—. Pero a veces pensar demasiado estorba.

Me reí, nerviosa.

—Fácil de decir para ti.

—No tan fácil como piensas. —Me giró de espaldas a él y pegó su pecho a mi espalda—. Ahora sí voy a tocarte de verdad.

—¿No estabas tocándome ya antes?

—No de la forma en que siempre he querido.

Eso activó algo en mi cabeza e intenté girarme para mirarlo, pero él no me lo permitió.

—Quédate quieta —pidió, con la boca tan cerca de mi oreja que su aliento caliente erizó todo el vello de mi brazo—. Confía en mí.

Quería decir que confiaba, pero las palabras no salieron. En su lugar, dejé que mis hombros cedieran un poco, lo suficiente para que Jake notara que me estaba entregando a la situación. Él no perdió el tiempo. La palma de su mano se deslizó por mis brazos, despacio, como si estuviera memorizando cada centímetro de piel que encontraba a su paso. Cuando llegó a mis hombros, apretó

levemente, masajeando, y sentí un escalofrío bajarme por la columna a una velocidad absurda.

—Estás tensa. —Siguió masajeándome los hombros por encima de la blusa, y cerré los ojos, intentando concentrarme solo en la sensación. Era tan agradable. Sus dedos eran firmes y expertos, encontrando puntos de tensión y deshaciéndolos todos.

Poco a poco, fui relajándome. Sus manos bajaron de mis hombros a mis brazos, y luego a mi cintura. Me sujetó ahí, con firmeza, como si me estuviera anclando. Todavía de espaldas a él, sentía su pecho subir y bajar contra mi espalda, y el perfume que había notado al entrar en el apartamento ahora me envolvía por completo. Quería girarme y hundir el rostro en su cuello, pero aún no tenía valor para eso.

Su mano derecha subió despacio, rozando la tela de mi blusa. Pasó los dedos por mi tripa, tan levemente que casi no se sentía, y aun así, cada centímetro de mi piel parecía electrificado. Cuando llegó a la altura de mis costillas, se detuvo.

—¿Puedo seguir?

—Puedes.

Sus dedos subieron un poco más, y entonces tocaron el lateral de mi pecho. Fue un toque suave, casi un roce. Aun así, mi cuerpo reaccionó con un escalofrío violento que empezó en la nuca y bajó hasta la punta de los dedos de los pies. Mi respiración se volvió irregular, y tuve que morderme el labio para no soltar ningún sonido.

Jake se dio cuenta.

—¿Esto te gusta, Willow? —murmuró contra mi oreja, y sentí que las rodillas me fallaban por segunda vez esa noche.

—S-sí.

—Eso es tu cuerpo respondiendo. Sabe lo que le gusta, aunque tu cabeza todavía no lo sepa.

Movió los dedos en pequeños círculos sobre la tela, bordeando la curva de mi pecho sin llegar nunca a tocar donde la sensación sería

más intensa. Provocaba, pero no completaba. Y yo, que siempre me había considerado una persona paciente, estaba a punto de estallar.

—Jake...

—¿Qué?

—No sé cómo explicarlo, pero...

—No hace falta que lo expliques. Solo siente.

Sus dedos subieron más, y esa vez pasó el pulgar levemente sobre el pezón, todavía por encima de la blusa y el sujetador. La sensación fue tan fuerte que di un pequeño respingo, y un suspiro se me escapó de los labios sin permiso.

Sonrió contra mi sien.

—Parece que hemos encontrado algo.

Me ardió la cara. Agradecí estar de espaldas a él, porque así Jake no veía el tono de rojo que probablemente había adquirido.

Repitió el movimiento, esa vez un poco más lento, más pausado, y sentí una ola de calor extenderse por todo mi cuerpo. Era como si aquel simple toque hubiera encendido un interruptor dentro de mí que ni siquiera sabía que existía.

—Willow —me llamó, y la voz le salió un poco más ronca que antes.

—¿Hm?

—¿Alguna vez te has tocado tú sola?

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Todo mi cuerpo se puso rígido durante un segundo, y sentí la vergüenza subirme del pecho a las mejillas. Sí, ya me había tocado alguna vez. Pero admitirlo en voz alta ante Jake Miller, el tío que probablemente ya había hecho cosas que yo ni siquiera podía imaginar, era aterrador.

—Esa es una pregunta demasiado personal —conseguí decir.

—Todo esto es demasiado personal —replicó, y no podía llevarle la contraria—. Pero necesito saberlo. Es importante.

Me mordí el labio inferior y respiré hondo.

—Sí. A veces.

Su pulgar seguía ahí, quieto, ejerciendo una leve presión que me dejaba un poco mareada.

—¿Dónde sientes más placer?

Ay, no. Ahí se me acababa el valor. Cerré los ojos con fuerza y negué con la cabeza, sintiendo que la cara me ardía.

—Eso no lo voy a responder.

—¿Por qué no?

—Porque es... es violento.

Jake se quedó callado. Entonces, para mi sorpresa, apartó la mano de mi pecho y me giró hacia él. No de forma brusca, pero sí con firmeza. Sus manos fueron a mis hombros, y se agachó un poco para quedar a la altura de mis ojos.

—Willow, mírame.

Obedecí, incluso sin querer. Sus ojos estaban serios, pero no de un modo que asustara. Era una seriedad paciente, casi tierna.

—Para que esto funcione —continuó—, tiene que haber confianza. Si no confías en mí lo suficiente como para decirme qué sientes, dónde lo sientes, qué te gusta y qué no, entonces no vamos a llegar a ningún sitio.

Sus palabras tenían sentido, aunque no quisiera admitirlo. Estaba ahí porque no confiaba en mí misma, porque todas mis experiencias anteriores habían sido desastrosas, porque tenía miedo de no ser lo bastante buena. Pero Jake estaba ahí, mirándome como si fuera la única persona en el mundo, pidiéndome algo sencillo y a la vez gigantesco: que confiara en él.

—Confío en ti —dije, y fue la verdad más sincera que salió de mi boca esa noche.

Sus ojos se suavizaron. Levantó una mano y me tocó la cara otra vez, con la misma suavidad del principio.

—Pero sigues nerviosa. Tu corazón late tan rápido que lo noto desde aquí.

No podía negarlo. El pecho me sonaba como un tambor.

—Hoy no voy a ir muy lejos —decidió—. Solo voy a tocarte por encima de la ropa. Sin prisa. Sin nada que te incomode. ¿Vale?

La ola de alivio que me recorrió fue casi tan fuerte como la ola de deseo que todavía sentía. Asentí, de acuerdo.

—Vale.

—Buena chica.

El halago hizo algo raro en mi estómago, y me sentí ridícula por gustarme tanto aquello.

Jake me atrajo hacia él, manteniendo el contacto visual hasta el último segundo, y luego inclinó la cabeza y posó los labios en mi cuello. No fue exactamente un beso. Fue un roce, caliente y húmedo, que recorrió el lateral de mi garganta mientras su mano bajaba por mi espalda hasta mi cintura.

El suspiro que solté fue casi un gemido.

Siguió, alternando entre besos suaves y mordisquitos que no dolían, pero dejaban la piel hormigueando. Pasó por mis hombros, apartando el cuello de la blusa lo justo para tener acceso a la piel desnuda. Su boca era caliente, experta, y cada roce de labios me dejaba más blanda, más entregada, más incapaz de razonar.

Mis manos, que hasta entonces habían estado quietas a los lados del cuerpo, subieron hasta sus hombros. Primero tímidas, después más firmes. Jake se dio cuenta y sonrió contra mi piel.

—Eso. Tócame tú también. No tienes que ser pasiva.

Quise responder algo, pero él me mordió levemente la curva del cuello y cualquier pensamiento se esfumó. Mis dedos se aferraron a la tela de su camiseta, e incliné la cabeza hacia un lado instintivamente, dándole más espacio.

Él aceptó la invitación. Su boca exploró cada centímetro de mi cuello, de mis hombros, de mi clavícula, mientras sus manos, firmes

en mi cintura, me mantenían en el sitio. Estaba flotando. Mi mente por fin se había apagado, y lo único que existía era la sensación de su tacto, del calor, del perfume, de la respiración que se volvía cada vez más pesada.

Tenía las piernas flojas y el cuerpo me hormigueaba de una forma tan agradable que sentía un calor acumulándose en la parte baja del vientre, algo que pedía más. Quería más. Quería que siguiera, quería que sus manos fueran más allá de la tela, quería...

Y entonces, de repente, se detuvo. Simplemente se detuvo.

Primero, los labios se apartaron de mi cuello. Después, las manos salieron de mi cintura. Sentí que su cuerpo se alejaba unos centímetros, y tardé un segundo en procesar lo que estaba pasando.

Abrí los ojos, todavía aturdida. Jake me estaba mirando con una expresión que no supe descifrar. Tenía los ojos más oscuros de lo normal, la respiración un poco acelerada, y una sonrisa pequeña, casi imperceptible, en la comisura de la boca.

—¿Qué pasa? —pregunté, con la voz saliendo rara.

—La lección de esta noche ha terminado.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ha terminado —repitió, y esa vez la sonrisa se hizo más amplia.

—Pero... ¿por qué? —Todo mi cuerpo protestaba por su ausencia. Todavía estaba caliente.

Jake inclinó la cabeza.

—Porque el objetivo de la lección no era terminar lo que empezamos. El objetivo era que aprendieras a sentir placer por tu cuenta. Y, por lo visto, lo has aprendido. Ahora vete a casa.

—¿Hablas en serio? —pregunté, incrédula.

—Completamente en serio.

Quise discutir, o simplemente insultarlo, pero no sabía qué decir. La sensación de frustración mezclada con deseo era algo completamente nuevo para mí, y me dejó desorientada. Jake se apartó, caminó hasta la puerta y la abrió.

—Piensa en lo que ha pasado hoy. Y después, a solas, intenta reproducirlo. Ese es el verdadero aprendizaje.

Yo seguía parada en medio del salón, con las rodillas flojas, el cuerpo caliente, la cabeza hecha un caos.

—Esto es una tortura —conseguí decir.

—Es pedagogía —respondió, con una sonrisa ladeada—. Nos vemos mañana, Bennett.

No tuve más remedio que caminar hasta la puerta. Cuando pasé por su lado, Jake me sujetó la muñeca un segundo, lo justo para que mirara atrás.

—Tócate pensando en mí —murmuró, en voz baja—. Y mañana me cuentas qué tal.

Capítulo 5

Jake

Estaba más jodido de lo que imaginaba.

Esa era la conclusión más racional a la que había llegado después de pasarme la noche entera mirando el techo de mi habitación como un idiota y pensando en una chica que no debería ser mía.

Y lo peor de todo era que lo sabía desde el primer segundo en que Willow Bennett apareció en mi puerta, con esos ojos grandes y voz temblorosa, pidiéndome algo que casi me hizo olvidar mi propio nombre.

Debería haber dicho que no. Cualquier hombre con medio cerebro funcional habría dicho que no, pero yo no era cualquier hombre. Era el idiota enamorado de la hermana de su mejor amigo desde los diecisiete años.

Y, al parecer, también era el idiota que había aceptado «dar clases» a esa chica como si eso no fuera a joderlo todo.

Rodé en la cama y hundí la cara en la almohada, intentando ahogar un gemido de frustración. No sirvió de nada. Su imagen seguía ahí: Willow parada en medio de mi salón, fingiendo valor mientras temblaba por dentro. Willow levantando la barbilla cuando se sentía desafiada. Willow insinuando que yo hacía eso con todas, como si hubiera alguna comparación posible entre ella y cualquier otra chica que hubiera pasado por mi vida.

No la había, y ese era el problema.

Con otras chicas, era fácil y simple. Sin la sensación de estar tocando algo demasiado valioso para mis manos. Con Willow, un simple roce en la cara parecía más íntimo que cualquier noche que hubiera vivido jamás.

Cogí el móvil de la mesilla y abrí la conversación. El último mensaje era de ella:

Willow: He llegado a la residencia.

Yo había respondido:

Yo: Echa el pestillo.

Ella me contestó:

Willow: Sí, papá.

Sonreí como un imbécil al releerlo por décima vez. Después la sonrisa se me murió.

Connor me mataría.

No era una metáfora. Mi mejor amigo, compañero de equipo y dueño de un instinto protector del tamaño de una pista de hockey, intentaría arrancarme la mandíbula si supiera que había besado a su hermana.

Y puede que me lo mereciera.

Tiré el móvil sobre la cama y me levanté. Eran las siete de la mañana, tenía entreno en cuarenta minutos y parecía que me hubiera atropellado un autobús. Culpa de las pésimas noches de sueño que me acompañaban desde el principio de la universidad... y de los entrenamientos intensos.

Cuando llegué al vestuario, Connor ya estaba ahí, atándose los cordones de los patines.

—Tienes una cara horrible —dijo.

—Buenos días a ti también —repliqué.

Levantó la cabeza y me miró.

—Tío, ¿has dormido?

—Lo suficiente.

Entornó los ojos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que deberías meterte en tus asuntos.

Connor se rio.

—¿Desde cuándo te pones de mal humor por las mañanas? Normalmente solo eres insoportable después de perder un partido.

Cogí mi equipo e intenté actuar con normalidad, pero Connor me conocía demasiado bien, así que, obviamente, no lo dejó pasar:

—Ya sé. Es un problema de alguna chica.

Casi me atraganté con el aire.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Se le dibujó una sonrisa burlona, ya pillándome en el error.

—Ah, entonces tenía razón. Es una chica.

Me puse la camiseta de entreno por la cabeza, solo para tener algo que hacer.

—Igual solo estoy cansado de oír tu voz antes de las ocho de la mañana.

—Imposible. Mi voz es un regalo.

—¿Para quién? ¿Para tus enemigos?

Me tiró una toalla. La agarré antes de que me diera en la cara.

En un timing pésimo, el móvil me vibró dentro de la mochila. Sé que no era el mejor momento para intercambiar mensajes con Willow, pero no me resistí:

Willow: Me toqué pensando en ti anoche, por si tenías curiosidad.

Joder. Se me endureció la polla dentro del pantalón.

Antes de que pudiera responder, Connor apareció detrás de mí.

—¿Quién es?

Bloqueé la pantalla lo bastante rápido como para parecer culpable.

—Nadie.

Connor arqueó una ceja.

—¿Alguien llamado Nadie te escribe a las siete y media de la mañana? Qué nombre más raro para una persona.

—Que te den, Bennett.

Se rio y se fue, pero no sin antes lanzarme una mirada de sospecha.

El entreno fue una tortura. No podía dejar de pensar en el mensaje de Willow. Solo con imaginarlo, ya se me volvía a poner dura. ¿Cómo sería ver a Willow tocándose mientras pensaba en mí? El pensamiento, por lo visto, me estaba desordenando la cabeza. Fallé pases que normalmente haría con los ojos cerrados, perdí una disputa tonta y casi me gano una bronca del entrenador por no prestar atención.

Connor me golpeó el pie con el stick al pasar a mi lado.

—Concéntrate, Miller.

Si supiera dónde tenía puesta mi concentración, me enterraría bajo el hielo.

Después del entreno, le respondí a Willow todavía en el vestuario, escondiendo el móvil como un criminal.

Yo: ¿Qué tal fue? ¿Te corriste?

Lo vio casi al instante.

Willow: Creo que quieres saber demasiado para alguien que me dejó hacerlo todo yo sola.

Sonreí. Mierda.

Yo: Esa era la intención. La próxima vez igual necesitas ayuda.

Willow: ¿Y cuándo es la próxima vez?

Yo: Esta noche. En mi casa.

Ella no respondió nada más, y yo me quedé ahí, mirando la pantalla del móvil como un completo idiota.

—Estás sonriéndole al móvil como un gilipollas —dijo Connor.

Guardé el aparato en el bolsillo rápidamente.

—Y tú me estás prestando demasiada atención. Eso es raro.

—Solo intento averiguar si tengo que salvarte de alguna loca.

La amargura de la culpa me subió por la garganta. Willow no era ninguna loca. Era la parte de mi vida que nunca había tenido el valor de tocar, y ahora la estaba tocando. Mi deseo prohibido. La hermana de mi mejor amigo, joder.

Definitivamente, Connor me iba a matar.

***

Por la noche, limpié el apartamento como si mi madre fuera a hacer una inspección. Quité la ropa del sofá, tiré las latas vacías a la basura, ordené los libros que fingía no haber leído y les mandé mensajes amenazantes a los tíos que compartían el piso conmigo, dejando claro que, si alguno aparecía antes de medianoche, le rompería el stick.

Me respondieron con emojis obscenos. Idiotas.

Willow llegó un poco después de las ocho. Llamó a la puerta con dos golpes rápidos, como intentando parecer casual. Abrí y perdí el hilo de mis pensamientos durante unos tres segundos.

Llevaba vaqueros, botas y un jersey azul claro que hacía que sus ojos color miel se vieran aún más suaves. Tenía el pelo castaño suelto, cayéndole por los hombros, y había una expresión decidida en su cara.

La determinación, en Willow, era peligrosa.

—Hola —dijo.

—Hola.

Miró hacia dentro del apartamento.

—¿Puedo entrar o hoy la clase es en el pasillo?

Me aparté.

—Entra, lista.

Pasó por mi lado, y su perfume me volvió loco. Todo en ella me volvía loco.

Cerré la puerta.

—Entonces... —empezó, girándose hacia mí—. ¿Cuál es la lección de hoy?

Apoyé la espalda en la puerta y la observé. Intentaba parecer segura de sí misma, pero sus dedos jugueteaban con el bajo del jersey en una clara señal de nerviosismo.

—Flirtear.

Willow parpadeó.

—¿Flirtear?

—Sí.

—Pensaba que la lección de hoy sería algo menos... básico.

—El cuerpo ya lo estás aprendiendo a entender, nena. Ahora falta la parte que pasa antes, con todo el mundo mirando —dije—. Saber flirtear es muy importante.

Ella jadeó, indignada.

—Yo sé flirtear.

Crucé los brazos.

—Vale, lista, pues flirtea conmigo.

Se le puso la cara roja al instante.

—¿Ahora?

—No, Bennett. La semana que viene. Claro que ahora.

Se enderezó. Dio un paso hacia mí, levantó la barbilla y entornó los ojos como si estuviera a punto de amenazarme de muerte.

—Jake Miller —dijo, con una voz extrañamente formal—, tus ojos son... muy simétricos.

Me quedé mirándola unos segundos, y entonces no pude contenerme: me eché a reír.

—¡No te rías! —protestó, cogiendo un cojín del sofá y tirándomelo.

Atrapé el cojín en el aire.

—¿Que mis ojos son muy simétricos?

—Sí. Yo lo considero un cumplido.

—Willow, has convertido un piropo en una revisión oftalmológica.

Cogió otro cojín, pero esa vez fui más rápido. Le sujeté la muñeca antes de que pudiera atacarme. Y fue un error, porque, en el segundo en que mi mano se cerró en torno a su muñeca delicada, la risa murió entre nosotros.

La solté despacio, sintiendo cómo se acumulaba la tensión en el ambiente.

—Perdona.

—Tranquilo —su voz salió más baja.

El aire entre nosotros cambió. Debería haber dado un paso atrás. En vez de eso, di un paso adelante.

—Flirtear no es tan difícil como piensas —murmuré—. Solo tienes que aprender a usar las palabras adecuadas para causar el efecto que quieres en la otra persona.

Rocé levemente la manga de su jersey, cerca de la muñeca.

—Los roces también forman parte del flirteo, pero no puedes ser demasiado invasivo —continué—. Tienes que saber cuándo acercarte... —Di otro paso, reduciendo el espacio entre nosotros—. Y, a veces, hace falta tener paciencia.

Willow levantó los ojos hacia mí. Había nerviosismo ahí, pero también curiosidad y unas ganas silenciosas que me destrozaban.

—¿Y si la otra persona no tiene tanta paciencia? —preguntó.

Se me rompió el autocontrol.

—Entonces la otra persona tiene que decir lo que quiere.

Se le entreabrió la boca. Como si estuviera formando las palabras, pero todavía no tuviera el valor de soltarlas.

Antes de que dijera nada, el pomo de la puerta giró.

Se me congeló todo el cuerpo, y Willow abrió los ojos de par en par.

—¿Jake? —la voz de Connor llegó desde el pasillo—. Abre, tío. ¿Me dejé el cargador aquí?

Joder. Mierda. ¡Coño!

Miré a Willow, y parecía a punto de morirse.

El pomo giró otra vez.

—¿Jake?

Agarré la mano de Willow y tiré de ella por el pasillo.

—Habitación —susurré—. Ahora.

Empujé la puerta de mi cuarto y ella entró tropezando. Antes de cerrar, me puse un dedo sobre los labios.

—No hagas ruido.

Asintió, pálida.

Cerré la puerta y volví al salón, intentando parecer un hombre que no acababa de esconder a la hermana de su mejor amigo en su habitación.

Abrí la puerta, y Connor estaba al otro lado, con la gorra puesta al revés y cara de impaciencia.

—Has tardado.

—Estaba... en el baño.

Miró por encima de mi hombro.

—¿Estás solo?

El corazón casi se me salió por la boca.

—Sí.

Connor entró sin que lo invitara, como siempre hacía.

—Necesito el cargador. Creo que me lo dejé aquí después del partido.

Empezó a revolver la mesa, el sofá, la encimera. Me di cuenta de que llevaba un buen rato quieto como una estatua, así que me obligué a caminar hasta la cocina.

Le ofrecí agua, luego cerveza. Connor rechazó las dos sin ni siquiera levantar la vista de lo que estaba revolviendo.

Encontró el cargador metido entre los cojines del sofá.

—Joder, por fin —celebró.

Yo casi celebré con él, porque eso significaba que ahora podría irse, pero simplemente se dejó caer en el sofá.

—Tío, estoy muerto —dijo—. El entrenador se ha puesto duro hoy.

—Ya, ya...

—Tú también has estado fatal en el entreno.

—Gracias por el parte.

Connor me miró.

—En serio. ¿Qué te está pasando?

Nada. Solo estoy enamorado de tu hermana. La he besado. La he tocado. Casi la vuelvo a besar dos minutos antes de que aparecieras. Y ahora está escondida en mi habitación para que no descubras que me pidió que le enseñara a follar.

En vez de eso, solo respondí:

—Cansancio.

Connor entornó los ojos.

—Ya.

Se levantó, pero no se fue de inmediato. Caminó hasta la puerta, luego se paró.

—Por cierto, ¿has visto a Willow hoy?

Se me heló la sangre.

—¿Willow?

—Sí. Mi hermana. Bajita, empollona, siempre con un libro en la mano. Ya la conoces.

Forcé una risa.

—Sí, ya sé. ¿Qué le pasa?

—Está rara estos días.

Fingí buscar algo en el móvil.

—¿Rara cómo?

Connor se encogió de hombros, pero su expresión se puso más seria.

—No sé. Más callada, y al mismo tiempo... diferente. Como si estuviera escondiendo algo.

Me quedé callado porque, obviamente, cualquier palabra podía condenarme.

Connor suspiró.

—Espero que esto no tenga que ver con algún tío.

Elegí las palabras con cuidado.

—Es adulta, Connor. Tu hermana tiene que salir con alguien en algún momento.

—Sí, claro, pero que no sea ningún idiota de la universidad lleno de hormonas, o peor... uno de los tíos del equipo.

Tosí para disimular.

—No creo que los deportistas sean exactamente el tipo de tu hermana.

Me miró con una confianza tan sincera que fue peor que cualquier puñetazo.

—No, pero ella es el tipo de la mayoría de ellos —dijo—. Y por eso confío en ti, tío. Eres el único del equipo del que sé que nunca se acercaría a Willow.

La frase me atravesó el pecho, y con ella llegó la culpa. Solté una risita para disimular.

—Ya te digo, tío. Ni de coña me lío yo con tu hermana.

Me dio una palmadita en el hombro y abrió la puerta.

—Gracias por el cargador... Y descansa, que pareces un zombi.

—Tranquilo.

Cuando por fin se fue, cerré la puerta y me quedé quieto, con la mano en el pomo, intentando respirar.

Le había mentido a mi mejor amigo, con la cara más dura del mundo.

Y Willow lo había oído todo.

Fui hacia la habitación despacio. Cuando abrí la puerta, estaba sentada en el borde de mi cama, con las manos cruzadas sobre el regazo. Su rostro era una máscara que no supe descifrar.

—Ya se ha ido —dije.

—Lo he oído.

Entré y cerré la puerta detrás de mí, pero mantuve la distancia.

—Willow...

Levantó los ojos hacia mí.

—Ni de coña te lías tú con la hermana de Connor, ¿eh?

Me pasé la mano por el pelo.

—Willow, lo siento. Habría sospechado...

—Ya, lo sé —respondió—. Se nota que eres un cobarde.

—Solo tengo miedo de perder la amistad de tu hermano.

—Entonces ¿por qué aceptaste mi petición si tenías tanto miedo?

Porque soy débil y egoísta. Porque la simple idea de que otro tío te toque me pone enfermo. Porque te quiero desde hace demasiado tiempo y estoy cansado de fingir que no.

Pero no le dije nada de eso. Solo dije:

—Porque eras tú.

Willow se quedó inmóvil. El silencio entre nosotros creció, cargado de todo lo que no tenía el valor de confesar.

Se levantó.

—Creo que mejor me voy.

Mi instinto fue pedirle que se quedara. Cerrar la puerta con llave y decir la verdad. Quemar el acuerdo, la amistad, mi vida entera si hacía falta.

Pero la voz de Connor todavía resonaba en mi cabeza. Así que solo asentí.

—Te llevo.

—No hace falta.

—Willow.

Se paró cerca de la puerta de la habitación.

—Si alguien nos ve salir juntos, va a ser peor.

Tenía razón, y la dureza de nuestra realidad era una de las cosas que más odiaba de aquel arreglo. La acompañé hasta la puerta del apartamento. Antes de salir, me miró. Había dolor en sus ojos, pero también algo que parecía esperanza. Como si todavía estuviera esperando que yo fuera lo bastante valiente para decir algo que lo cambiara todo.

No lo fui.

Abrió la puerta.

—Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, Willow.

Salió. Y, cuando la puerta se cerró, me di cuenta de que la peor parte no era haber roto la promesa que le hice a Connor.

Era haber empezado a romper a Willow junto con ella.

Capítulo 6
Willow

Descubrí dos cosas después de la noche en que casi me pillan escondida en la habitación de Jake Miller:

La primera era que la culpa tenía un sabor horrible.

La segunda era que la añoranza podía ser todavía peor.

Pasé todo el día siguiente intentando actuar como una persona normal. Fui a clase, tomé apuntes, respondí mensajes atrasados, revisé un artículo para la asignatura de Literatura e incluso conseguí sonreír cuando mi compañera de cuarto, Mia, se quejó por décima vez de que el profesor de Estadística tenía algún tipo de pacto secreto con el sufrimiento humano.

Por fuera, estaba funcionando, pero por dentro, era un desastre completo.

La frase de Connor no se me iba de la cabeza.

«Eres el único tío del equipo del que sé que nunca se acercaría a Willow.»

Lo había oído tras la puerta de la habitación de Jake, sentada en el borde de su cama, intentando no respirar demasiado fuerte. En su momento, sentí vergüenza y una rabia que no sabía dónde meter, pero lo peor fue la expresión de Jake cuando abrió la puerta después de que Connor se fuera.

Parecía culpable, como si yo fuera un error que había cometido.

Y, para ser sincera, era realmente un error. Igual no era más que la hermana del mejor amigo que apareció con una idea ridícula, arrinconó a Jake y ahora estaba sorprendida porque existían consecuencias. Igual había confundido demasiado las cosas y me había hecho ilusiones yo sola.

Esa era la parte más humillante: había pedido clases para ganar experiencia, pero en algún punto entre el primer beso y el roce de

sus dedos en mi cara, había empezado a esperar algo más. Algo que, igual, él no estaba dispuesto a darme.

—Llevas quince minutos mirando ese libro sin pasar de página —dijo Mia, tirada en su propia cama, con una bolsa de patatas apoyada en el pecho.

Salí de mi trance.

—Estoy absorbiendo el contenido despacio.

—Estás fulminando la misma frase como si te hubiera insultado a la familia.

Cerré el libro de golpe.

—No puedo concentrarme.

Mia arqueó una ceja.

—¿Por qué tengo casi la certeza de que esto tiene que ver con un tío?

Me quedé callada un segundo, y ella pareció notar la verdad detrás de mi silencio, porque se incorporó de inmediato.

—¡Lo sabía, Willow, pícara!

Puse los ojos en blanco.

—No es nada del otro mundo, Mia.

—¿Cómo que no es nada del otro mundo? ¡Que Willow Bennett se interese por un chico es, claramente, un acontecimiento!

Me levanté de la silla y empecé a ordenar papeles que no necesitaban ordenarse. Mia era mi amiga desde el primer semestre y tenía el molesto talento de notar cosas que yo intentaba esconder. No conocía todos los detalles de mi vida, pero sabía lo suficiente para reconocer cuándo algo no iba bien.

—No quiero hablar de eso —murmuré.

—Vale. Por mucho que me esté muriendo de curiosidad, voy a respetar tu decisión. Hablemos de otra cosa.

Suspiré, aliviada.

—Gracias.

—¿Qué tal si vamos a la fiesta de los jugadores esta noche?

Me giré despacio.

—Ni hablar.

Mia sonrió.

—Pues yo creo que eso es exactamente lo que necesitas.

—Necesito estudiar.

—Necesitas salir de esta habitación antes de que te salga moho.

Se levantó y fue hacia el armario.

—Vienes conmigo. Te vas a poner algo bonito, vas a fingir que no estás pensando en quien sea ese tío, y vas a recordar que hay vida fuera de estos libros.

Debería haber dicho que no. Una fiesta de jugadores significaba Connor y Jake en el mismo sitio, además del jaleo y todas las posibilidades de hacer el ridículo.

Entonces, ¿por qué demonios no dije que no?

Igual porque una parte orgullosa, herida y terca de mí quería demostrar que no necesitaba a Jake Miller para sentirse deseada. Quería demostrar que podía existir en el mismo ambiente que él sin volverme rehén de mis propios latidos.

—Vale —dije.

Mia parpadeó, sorprendida.

—¿En serio?

—En serio.

Dio una palmada.

—Dios mío, ha funcionado rapidísimo. Estoy orgullosa de mí misma.

—Puedo cambiar de idea.

—No puedes. Ya está decidido.

Dos horas después, estaba delante del espejo, con un vestido negro sencillo que Mia juraba que era «peligroso en su justa medida». No era demasiado corto ni demasiado ajustado, pero dejaba mis piernas a la vista y moldeaba mi cuerpo de un modo que me hacía sentir una versión distinta de mí misma.

Mia me soltó el pelo, me puso un poco de máscara de pestañas y me hizo llevar un pintalabios en un tono cereza que yo jamás elegiría por mí misma.

—Listo —dijo, mirándome por el espejo—. Estás lista para romper corazones.

Se me revolvió el estómago, pero acabé riendo. Mia era tan exagerada.

La casa donde se celebraba la fiesta quedaba a unas manzanas del campus, alquilada por tres jugadores veteranos del equipo. Cuando llegamos, la música ya vibraba en las paredes, las luces estaban bajas y había gente repartida por el jardín, la terraza y el salón. El aire olía a cerveza, perfume y pizza olvidada en algún rincón.

Connor me vio casi nada más entrar. Mi hermano parecía tener una especie de radar biológico para detectar mi presencia en cualquier ambiente que involucrara deportistas y alcohol.

—¿Willow? —llamó, cruzando el salón con un vaso en la mano y una expresión entre sorprendida e irritada—. ¿Qué haces aquí?

—Buenas noches a ti también.

Miró mi vestido, luego a Mia, y después el vestido otra vez.

—¿Y por qué demonios vas vestida así?

Mia carraspeó.

—Hola, Connor. Yo también me alegro mucho de verte.

Él apenas la miró.

—Willow, este no es sitio para chicas como tú.

Crucé los brazos.

—Mia estaba invitada y me trajo con ella. ¡Y tengo derecho a divertirme como cualquiera de vosotros!

Connor se pasó la mano por el pelo, ya entrando en modo hermano-sobreprotector-insufrible.

—Sabes cómo son estas fiestas.

—Claro que lo sé. La gente habla, baila, bebe y se divierte. Como cualquier ser humano en la universidad.

—Esto no es ningún juego.

—Yo no estoy jugando, Connor —repliqué—. Tampoco soy una niña, ¡así que deja de comportarte como un cavernícola!

Abrió la boca para responder, pero alguien lo llamó desde el otro lado del salón. Antes de irse, señaló con dos dedos sus propios ojos y luego a mí, como si aquello fuera una amenaza oficial.

—Te estoy vigilando.

Puse los ojos en blanco.

—Qué novedad.

Mia me cogió del brazo y me alejó de ahí antes de que dijera algo peor.

—Tu hermano necesita un hobby.

—Su hobby es vigilarme.

Fuimos a la cocina a por refrescos, porque necesitaba tener la cabeza en su sitio. Estaba riéndome de algo que había dicho Mia cuando lo vi.

Jake estaba al otro lado del salón, apoyado cerca de la pared, con una botella de agua en la mano, rodeado de dos compañeros de equipo y una pelirroja que parecía salida de un anuncio de Victoria's Secret. Llevaba vaqueros oscuros y una camisa negra con las mangas remangadas hasta los antebrazos. Estaba tan sencillo y, aun así, seguía estando buenísimo.

Aquello era muy injusto.

Durante un segundo, no mostró ningún tipo de reacción. Solo me miró como si toda la fiesta hubiera desaparecido.

Su mirada bajó por mi vestido, por mis piernas, y volvió a mis ojos con una lentitud que me dejó sin aire.

La pelirroja le tocó el brazo, llamando su atención, pero Jake ni pareció darse cuenta.

Mia siguió mi mirada y soltó un sonido bajo.

—Ah... ¡ya lo entiendo todo!

—Ni empieces.

Soltó una risita sugerente.

—Willow, cada vez me sorprendes más.

No respondí. Aparté los ojos de Jake y le di un trago al refresco, intentando parecer absolutamente indiferente. Se me daba fatal. Tenía la piel demasiado caliente, el corazón me latía demasiado rápido y no podía fingir que no lo echaba de menos.

—¡Ve a hablar con él! —dijo Mia.

—¿Te has vuelto loca? Connor nos mataría a los dos.

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—Pues deja de babear por él y vamos a bailar.

—Yo no bailo.

—¡No seas tonta, Willow!

Me arrastró hasta el centro del salón antes de que pudiera protestar. La música estaba alta, animada, y había tanta gente que ningún movimiento parecía realmente vergonzoso. Al principio me quedé tiesa, sin saber dónde poner los brazos, pero Mia era imposible de resistir. Bailaba como si nadie pudiera juzgarla, y eso era contagioso.

Después de unos minutos, empecé a reír. Era divertido estar ahí, disfrutando con una amiga, sin mucha presión. La tensión de mis hombros disminuyó. Las ganas de volver a mirarlo seguían ahí, pero las ignoré. Igual eso era lo que necesitaba: recordar que existía

fuera de la habitación de Jake y fuera del secreto que empezaba a tragarme.

Un chico se acercó a nosotras, sonriendo. Lo reconocí vagamente de una de nuestras clases. Creo que se llamaba Trevor, o Troy. No estaba segura.

—¡Eh! —saludó, acercándose lo suficiente para que oyera su voz —. ¿No eres la hermana de Connor Bennett?

La sonrisa se me murió en la cara.

—Sí —respondí, agria—. También conocida como Willow.

Se rio, sin notar la incomodidad.

—Soy Travis. Vamos juntos a Sociología.

—De la cara me acuerdo. Del nombre, claramente no.

—Estás distinta hoy.

Mia me lanzó una mirada por encima del hombro cargada de intenciones, pero decidí ignorarla. Debería haber ignorado también al tal Travis, la verdad es que era un poco idiota, pero una parte dentro de mí se acordó de lo que Jake le había dicho a mi hermano. Él jamás me reconocería y pondría en riesgo la amistad que tenía con Connor. Necesitaba poner en práctica las lecciones que había tomado con él hasta ese momento y olvidarlo de una vez por todas. No podía hacerme ilusiones, porque no era más que un juego para Jake. Una forma que había encontrado de divertirse educando a la hermana inexperta de su mejor amigo.

Y, en cuanto me sintiera lo bastante segura como para conquistar a alguien de verdad, aquel juego secreto tendría que acabar, y cada uno seguiría con su vida.

Así que respiré hondo y sonreí.

—Espero que eso sea buena señal, Travis.

Travis se rio.

—Es una señal genial, nena.

Fue raro darme cuenta de que era capaz de hacer eso. Flirtear, aunque fuera con discreción.

Durante unos minutos, me sentí con el control. Me sentí bien y deseada. No me consideraba una chica fea, pero había mucho en lo que trabajar.

Entonces cometí la tontería de mirar de reojo hacia donde él había estado minutos antes. Jake ya no estaba apoyado en la pared. Venía hacia mí, despacio, con una expresión que hacía que cada paso pareciera una amenaza.

Se me contrajo el estómago.

Travis seguía hablando, completamente ajeno al peligro que se acercaba. Jake se paró a nuestro lado, alto, serio, con los ojos fijos primero en mí y luego en Travis.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó.

Travis sonrió, algo incómodo.

—Sí, tío. Solo estamos hablando.

—Qué bien. —Jake me miró—. Hola, Willow.

Había una orden escondida en mi nombre, y odié cuánto me gustó eso.

—Hola, Jake —respondí, en el mismo tono.

Travis miró de uno a otro.

—¿Os conocéis?

Antes de que pudiera responder, Jake dijo:

—Es la hermana de Connor.

Ahí estaba otra vez esa frase. Esa vez dolió más porque vino de él.

Mi sonrisa se enfrió.

—Increíble que esa parezca ser la única información relevante sobre mí hoy.

Jake pareció darse cuenta de su error.

—No quería...

—Ahórrate el intento de explicarte, Jake Miller, porque solo vas a empeorar las cosas.

Travis carraspeó.

—Bueno, el ambiente está un poco raro aquí. Voy a por otra bebida.

Se fue rápido, probablemente decidiendo que ninguna chica valía el riesgo de meterse en una discusión silenciosa con Jake Miller.

Me giré para irme yo también, pero Jake me sujetó la muñeca a tiempo.

—Willow, tenemos que hablar.

Miré su mano en mi muñeca, luego su cara.

—No tengo nada que hablar contigo.

La soltó de inmediato.

—Solo quería saber si estabas bien.

—Estoy genial. Estaría mejor si no hubieras estropeado mi ligue.

—Ese tío parecía un completo idiota.

¿Cómo podía ser tan caradura?

—Solo estaba hablando conmigo.

—Quería algo más que hablar.

Crucé los brazos, desafiante.

—¿Y si yo también quisiera?

Se le tensó la mandíbula. Jake miró alrededor, luego se inclinó un poco hacia mí.

—¿Estás intentando provocarme?

—No sé. ¿Está funcionando?

Por un segundo, pensé que se iba a reír, o al menos a darme una respuesta burlona.

Pero Jake no sonrió. Solo se acercó lo suficiente para que nadie más lo oyera.

—No tienes ni idea de cuánto.

Se me saltó un latido. La fiesta seguía a nuestro alrededor, pero en ese momento no era capaz de prestar atención a nada más.

—No tienes derecho a tener celos —murmuré.

—Lo sé, nena.

—Entonces ¿por qué actúas así?

—Porque, por mucho que lo intente, no puedo controlarme cuando veo a otro tío mirándote.

El aire pareció desaparecer. Antes de que pudiera decir nada, Jake me cogió la mano con cuidado y me sacó del salón. Lo más curioso es que no opuse ninguna resistencia en ningún momento. Me llevó por el pasillo lateral de la casa hasta una zona más oscura, cerca de la puerta que daba al patio trasero. La música todavía se oía, pero amortiguada por las paredes. Había algunas cajas apiladas, abrigos olvidados y una luz débil que venía de la cocina.

En cuanto nos paramos, aparté la mano.

—¿Te has vuelto loco?

—Un poco —admitió, sin parecer nada arrepentido.

—Connor está aquí.

—Lo sé.

—Entonces también sabes que estar aquí es un riesgo, ¿no?

Jake se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—No dijiste nada. Pensé que tú también querías.

Y quería, aunque esas ganas no debieran tomarse en serio en ese momento.

—Porque yo también estoy loca, por lo visto.

Soltó una risa baja, pero el sonido se apagó rápido.

—Cuando te vi con ese vestido hoy, no pude pensar en nada más.

Se me cortó la respiración cuando Jake se acercó un paso más, pero no huí.

—Dime que pare —susurró.

Mis ojos bajaron hasta su boca.

—No.

Fue todo lo que hizo falta decir.

Jake me besó como si esa palabra hubiera roto la última cadena de sentido común entre nosotros. No fue como el primer beso, cuidadoso y casi didáctico. Ni como los roces de la segunda lección, lentos, llenos de preguntas silenciosas.

Ese beso tenía urgencia. Tenía celos, culpa, añoranza y un hambre que me asustó porque la sentí de vuelta. Mis manos fueron a su camisa antes de que pensara en lo que estaba haciendo. Jake me atrajo por la cintura, y el contacto de su cuerpo contra el mío me arrancó un suspiro que él se tragó con la boca.

Debería haber tenido miedo, igual lo tenía, pero el miedo no era mayor que la sensación de dejar por fin de fingir.

Jake interrumpió el beso primero, apoyando la frente en la mía. Su respiración era irregular, los dedos todavía firmes en mi cintura.

—Esto ha sido una pésima idea —murmuró.

Cerré los ojos.

—Dices eso muy a menudo.

—Porque sigue siendo verdad.

—Y aun así lo sigues haciendo.

Soltó un suspiro que sonó casi a rendición.

—Siempre vas a ser mi mejor y peor decisión, Willow.

La frase me atravesó. Abrí los ojos para preguntarle qué significaba eso, pero unas voces surgieron al otro lado del pasillo.

Jake se apartó rápido, pero no lo bastante rápido como para borrar lo que acababa de pasar.

Dos chicos pasaron riendo, cargando una caja de cerveza. Uno de ellos nos miró con curiosidad, pero siguió andando.

El corazón me latía en la garganta.

—Tenemos que volver —dije.

Jake asintió, pero sus ojos seguían en mí.

—Willow...

—No digas nada ahora.

No estaba lista. No ahí, con la boca todavía caliente de su beso y el mundo entero a pocos metros de descubrir que la hermana de Connor Bennett estaba en un pasillo oscuro con el mejor amigo de este.

Volví al salón primero. Intenté arreglarme el pelo con los dedos, me coloqué bien el vestido y busqué a Mia con la mirada. Encontré a Connor antes.

Estaba cerca de la escalera, con una botella de agua en la mano, mirándome directamente. Después, miró detrás de mí, hacia donde Jake acababa de salir del pasillo.

Por un segundo, el rostro de mi hermano no reveló nada; pero entonces entornó los ojos y se me cayó el estómago.

Connor caminó hacia nosotros, alternando la mirada entre mi cara, el pelo que probablemente había despeinado y Jake, parado a una distancia cuidadosamente neutral.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

—En el baño.

La mentira salió tan rápido que me sorprendí a mí misma.

Connor miró a Jake.

—¿Y tú?

Jake no parpadeó.

—Tomando el aire.

—¿En el pasillo del baño?

—La casa está llena, Bennett.

Connor no pareció convencido. Me miró otra vez, y por un momento tuve la certeza de que lo sabía. Igual no todo, pero algo. Lo suficiente para empezar a juntar piezas que nunca deberían estar sobre la misma mesa.

Mia apareció a mi lado como una salvación.

—Te encontré. Vamos a bailar antes de que me obliguen a hablar con otro tío que cree que saber patinar es una personalidad.

Me cogió del brazo y me alejó antes de que Connor pudiera hacer otra pregunta.

Capítulo 7
Willow

Jake Miller empezó a evitarme al día siguiente de la fiesta.

No respondió a mi mensaje por la mañana. En el comedor, pasó a mi lado con Connor y otros dos jugadores y ni siquiera me dirigió una mirada. Por la tarde, cuando lo vi salir del entreno, cambió de dirección como si se hubiera acordado de algo urgente al otro extremo del campus.

Era casi impresionante. Jake era capaz de moverse sobre el hielo como si el mundo obedeciera a su cuerpo, pero al parecer no era capaz de estar en el mismo pasillo que yo después de haberme besado en una fiesta.

Cobarde.

Repetí esa palabra en silencio como una docena de veces antes de admitir por fin que estaba dolida. No podía creerme cómo era capaz de comportarse tan distante después de haberme besado de esa manera y de haberme tocado como si yo fuera lo único que importaba.

Esa noche, intenté estudiar durante casi una hora, pero las palabras del libro parecían escritas en otro idioma. Leía la misma página, volvía al principio, la leía otra vez y no absorbía nada más que la imagen mental de Jake apartando la cara cuando me vio cerca de la biblioteca.

Cerré el libro de golpe. Mia, que estaba sentada en la alfombra pintándose las uñas, levantó la vista.

—¿El libro ha perdido la batalla?

—No puedo estudiar. Voy a salir.

Sonrió sin esconder la curiosidad.

—¿Adónde?

—A resolver una cosa.

—¿Esa cosa mide metro noventa, tiene cara de pecado y lleva chaqueta del equipo?

Cogí el abrigo de la silla.

—No quiero hablar de eso, Mia.

Mia sopló sobre sus uñas recién pintadas y me estudió.

—¿Vas a discutir con él?

Me paré con la mano en el pomo.

—Todavía no lo he decidido.

—Pues buena suerte. Y, Willow...

Miré atrás.

—¿Qué?

—No dejes que te haga sentir pequeña.

La frase me acompañó hasta el edificio de Jake.

El viento frío me golpeó la cara mientras cruzaba el campus, pero no fue suficiente para enfriar mi rabia. O mi ansiedad. O esa parte de mí que, aunque furiosa, quería que él abriera la puerta y me mirara como me había mirado en la fiesta.

Odiaba eso. Odiaba querer tanto a alguien que parecía no importarle en absoluto. Alguien siempre dividido entre acercarme y apartarme.

Cuando llegué a su puerta, llamé antes de que se me acabara el valor. Esa vez, Jake tardó unos segundos en abrir. Cuando apareció, llevaba camiseta blanca, pantalón de chándal oscuro y el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos varias veces. Sus ojos encontraron los míos y, por un instante breve, vi el alivio cruzarle la cara.

—Willow.

—Vaya. Todavía te acuerdas de mi nombre.

Soltó un suspiro.

—Nena, no quiero pelear.

—Yo no he venido a pelear, Jake. He venido a entender por qué estás actuando como un idiota.

Miró hacia el pasillo vacío detrás de mí y se apartó.

—Entra.

Pasé por su lado sin darle las gracias. El apartamento estaba en silencio, con solo una lamparilla encendida cerca del sofá. No había sonido de videojuegos, risas, pasos ni voces masculinas molestas. El sitio parecía demasiado íntimo, y eso empeoró todo, porque me acordé de cómo me había sentido ahí antes. Nerviosa, sí, pero segura.

Ahora ya no sabía qué sentía.

Jake cerró la puerta.

—Los chicos no están —dijo.

—Qué bien. Así nadie tiene que esconderse en tu habitación.

Se quedó inmóvil.

—Aquello fue una situación complicada.

—No, Jake. Complicado es un examen sorpresa o olvidarse de entregar un trabajo a tiempo. Aquello fue humillante.

Jake dio un paso hacia mí, pero se paró antes de acercarse demasiado.

—Lo siento mucho.

—¿Sientes mucho el qué, exactamente?

No respondió.

Me reí bajito, sin humor.

—Vale, ya lo entiendo todo.

—Willow, no es eso.

—Entonces ¿qué es? —ya estaba irritada.

Se pasó las dos manos por el pelo, dándose la vuelta un segundo, como si intentara contener algo dentro del pecho. Cuando volvió a mirarme, sus ojos habían perdido esa ligereza provocadora que usaba como armadura.

—Es que... Connor es mi mejor amigo —dijo con tono derrotado —. Y confía en mí. Cuando me acuerdo de que le estoy mintiendo, eso... eso me destroza.

—¿Y tú crees que yo no lo sé, Jake? —exploté, y el sonido de mi propia voz me asustó—. Sé que es tu mejor amigo, sé que jugáis juntos, sé que hiciste una promesa idiota sobre no tocar nunca a la hermana del otro como si yo fuera una propiedad. Sé todos los motivos por los que no podemos tener nada, pero la cuestión es que tú también lo sabías cuando me besaste anoche.

Absorbió la frase como si le hubiera dado un puñetazo.

—Si quieres saberlo, intenté mantenerme alejado de ti —dijo—. Pero la verdad es que no puedo pensar con claridad cuando estás cerca.

Se me apretó el pecho, pero no dejé que eso me desarmara.

—Entonces deja de confundirme, Jake.

Jake apretó la mandíbula.

—¿Crees que esto es fácil para mí?

—Creo que estás haciendo todo más difícil de lo necesario.

—Estoy intentando hacer lo correcto —insistió.

—Si lo correcto es hacerme sufrir, se te está dando bastante bien.

La frase quedó flotando entre nosotros, demasiado pesada para el tamaño del salón.

Jake respiró hondo.

—Nunca quise hacerte daño.

La forma en que lo dijo, tan sincero, me desarmó por un segundo.

—Si esto es una broma, se acaba aquí.

Levantó los ojos hacia mí.

—No es una broma, Willow.

—Entonces ¿qué es?

Jake me miró. Había tantas respuestas en su cara que me dio miedo cuál pudiera salir.

Se acercó un paso.

—¿Qué quieres que te diga, Willow?

—La verdad.

—La verdad es que debería haber dicho que no cuando llamaste a esa puerta.

Tragué saliva.

—Entonces ¿por qué no lo dijiste?

Jake se rio sin humor, con los ojos brillando de una emoción contenida.

—Porque la simple idea de que le pidieras a otro tío que te enseñara sobre sexo me volvió loco —confesó—. Porque sabía que, si alguien iba a tocarte por primera vez, quería que fuera alguien que entendiera lo importante que era eso. Porque confié en mí para cuidarte, pero no confié en mí para seguir fingiendo que no te quería solo para mí.

Se me cortó la respiración.

Jake se acercó lo suficiente para que sintiera su calor.

—Y te quiero, Willow... Te quiero solo para mí. —Mi nombre en su boca sonaba distinto cuando lo decía así, sin bromas, sin escudo, sin Connor entre nosotros—. Te quiero más de lo que debería. Más de lo que puedo. Más de lo que prometí que jamás querría.

La rabia dentro de mí empezó a deshacerse, dejando algo más peligroso en su lugar. Un deseo y una necesidad tan crudos que llegaban a asustarme.

Su mirada bajó hasta mi boca, y entonces me tocó la cara con una mano, despacio y con cuidado.

Y entonces, como si no me hubiera puesto el mundo patas arriba, Jake me besó.

No fue un beso suave al principio. Estuvo contenido durante medio segundo, y después se volvió intenso, hambriento, cargado de todo lo que había estado conteniendo desde la fiesta. Mis manos fueron a su pecho, agarrando la camiseta, y Jake me atrajo por la cintura hasta que sentí cada línea de su cuerpo contra el mío.

Su boca bajó por el borde de mi mandíbula, e incliné la cabeza sin pensar. Mis dedos subieron a su pelo, tirando levemente, y Jake soltó un sonido bajo contra mi piel que me dejó las piernas débiles.

—Willow —dijo, con la voz ronca.

—No pares.

Me miró, serio a pesar de la respiración irregular.

—Necesito oírte decir que quieres esto.

El corazón me latía tan rápido que parecía imposible responder sin tropezar con las palabras.

—Lo quiero.

Jake cerró los ojos un segundo, como si esas dos palabras le hubieran dolido. Después me besó otra vez y me levantó por la cintura con una facilidad que me arrancó un pequeño sobresalto. Enrosqué las piernas alrededor de él por instinto, y me llevó por el pasillo sin apartar la boca de la mía.

Cuando entramos en la habitación, todo se volvió más real.

No era la primera vez que entraba ahí, pero antes había entrado para esconderme. Ahora, Jake me sentó en el borde de la cama y se quedó de pie frente a mí, mirándome como si estuviera librando una última batalla consigo mismo.

La luz era tenue, procedente de la lamparilla de la mesa, y dejaba la habitación con sombras suaves. Había un chándal tirado en la silla, libros apilados cerca de la cama, una botella de agua

medio vacía en la mesilla. Detalles cotidianos, casi demasiado íntimos, que me recordaron que aquello no era un escenario de fantasía. Era Jake, la habitación de Jake, la cama de Jake, y yo estaba ahí porque quería.

Se arrodilló frente a mí, y ese gesto, más que cualquier otra cosa, me apretó el pecho.

—Todavía podemos parar —dijo.

Le pasé los dedos por el pelo, sintiendo la suavidad de los mechones oscuros.

—Lo sé.

Jake deslizó las manos por mis piernas, despacio, dándome tiempo para que me negara si cambiaba de idea, pero no me eché atrás. En vez de eso, observé cada movimiento suyo, fascinada por la manera en que alguien tan fuerte podía tocar con tanta paciencia.

Levantó la vista.

—Estás temblando. ¿Tienes miedo?

Pensé antes de responder.

—De ti, no.

Su rostro se suavizó.

—Entonces ¿de qué?

—De no saber cómo hacerlo.

Jake apoyó las manos en el lateral de mis muslos e inclinó la cabeza, mirándome con tanta ternura que casi me deshice ahí delante de él.

—No tienes que tener miedo, preciosa. Estoy aquí para enseñarte.

La tensión bajó un segundo, lo justo para respirar. Entonces Jake se levantó y se inclinó sobre mí, apoyando una mano en el colchón a mi lado. El beso llegó más lento esa vez, profundo, explorador. Mi inseguridad no desapareció, pero se hizo más pequeña cada vez que

él esperaba mi respuesta y me dejaba llevar el ritmo, hasta que mi cuerpo entendió que no estaba ahí para recibir una nota.

Éramos solo nosotros dos, probando algo que ambos deseábamos con ardor.

Solo tenía que sentir.

Me quitó el jersey con cuidado, como si desenvolviera algo frágil, y el aire frío me tocó la piel. Por instinto, crucé los brazos delante del cuerpo, pero Jake me sujetó las muñecas con delicadeza.

—Eh. No te escondas de mí —la frase salió baja, casi un ruego.

Poco a poco, dejé caer los brazos.

La mirada de Jake me recorrió la cara antes de bajar, y no había prisa en ella, ni juicio. Había admiración, tan clara que se me cerró la garganta. Me tocó la cintura, el hombro, la curva del brazo, como si estuviera aprendiendo el camino y memorizando cada respuesta mía.

—Preciosa —murmuró.

Jake me recostó despacio, cubriendo mi cuerpo con el suyo sin aplastarme. Su peso parcial sobre mí era nuevo, intenso y extrañamente seguro. Sus besos bajaron por mi cuello, y cada roce de su boca parecía encender un camino por mi piel. Mis dedos se agarraron a las sábanas cuando encontró un punto sensible cerca de mi clavícula.

—Jake...

—Estoy aquí.

Siguió besándome, tocándome, estudiando mi cuerpo como si fuera un mapa. No había la prisa que imaginaba que existiría en una situación así. Había calor y deseo suficiente para dejarme mareada, pero también había cuidado. La forma en que Jake se detenía cuando mi respiración cambiaba. El modo en que buscaba mis ojos antes de seguir. La paciencia con que me enseñaba a responder a su tacto sin hacerme sentir jamás demasiado inexperta.

Cuando la ropa empezó a convertirse en un obstáculo, la vergüenza volvió con fuerza.

—Mírame —pidió.

Abrí los ojos.

—Podemos parar si quieres.

Negué con la cabeza.

—No quiero parar.

—Entonces dime qué quieres, Willow.

Se me encendió la cara.

—Jake...

—No tienes que avergonzarte conmigo, preciosa. Confianza, ¿recuerdas?

El pecho me subía y bajaba demasiado rápido. Quería muchas cosas, pero convertir el deseo en palabras seguía siendo más difícil de lo que parecía. Aun así, pensé en todo lo que me había llevado hasta ahí. En la chica que había llamado a su puerta fingiendo valor. En la que estaba cansada de que la trataran como una pieza frágil. Quería poder elegir por mí misma.

Le pasé los brazos alrededor del cuello.

—Te quiero a ti.

Su reacción fue casi dolorosa de ver. Jake me besó como si esas palabras hubieran roto algo dentro de él. Se apartó lo justo para coger un preservativo del cajón de la mesilla, sin prisa, sin romper lo que había entre nosotros, y volvió a mí. Entonces me penetró despacio, con una calma que me daba tiempo para ajustarme a él. No había necesidad de prisa. Íbamos lo bastante lentos como para que sintiera cada respiración y cada temblor mientras mi cuerpo se acostumbraba al suyo. Hubo incomodidad al principio, una presión extraña que me hizo contener el aire, y Jake paró de inmediato, besándome la cara, la frente, la boca, esperando a que me relajara.

—Mírame —susurró.

Lo miré. La culpa que había visto en él antes ya no estaba ahí. Miedo, quizá. Deseo, sin duda. Pero sobre todo había cuidado. Un cuidado tan profundo que me dieron ganas de llorar sin saber por qué.

—Estoy bien —murmuré.

Me tocó la mejilla.

—¿Segura?

Asentí.

Esa vez, cuando se movió, no sentí ganas de huir de la sensación. Dejé que llegara, que se transformara, que mi cuerpo aprendiera un idioma nuevo junto al suyo. Jake me besó todo el tiempo, como si no soportara apartarse. Y yo respondí con la misma urgencia, con las manos en su espalda, con su nombre escapándose de mi boca cuando el mundo se quedó demasiado pequeño para cualquier pensamiento coherente.

—Joder, Willow... ¡eres perfecta!

La sensación de hormigueo empezó en la base de mi columna, extendiéndose por mis pechos y todo mi cuerpo. Cuando la ola por fin me alcanzó, no fue como lo había imaginado en ninguna de mis lecturas a escondidas ni en mis búsquedas vergonzosas en internet.

Fue mucho más íntimo y arrollador. Fue increíble.

Jake me sujetó todo el tiempo, murmurando mi nombre como si él también estuviera perdido. Después, cuando también se corrió, se quedó inmóvil sobre mí unos segundos, respirando contra mi cuello, el cuerpo pesado de un modo que me hizo sentir anclada.

Nuestros problemas, Connor, el acuerdo, todo pareció quedar lejos.

Más tarde, Jake me atrajo hacia sí bajo la manta. Yo llevaba puesta su camiseta, demasiado grande para mí, y él me pasaba los dedos despacio por el brazo, como si todavía necesitara asegurarse de que estaba ahí.

Me quedé quieta, escuchando su corazón.

Y, por primera vez desde que todo empezó, entendí que perder la virginidad nunca había sido el verdadero peligro.

El peligro era despertarme al día siguiente y descubrir que le había entregado a Jake Miller mucho más que mi cuerpo.

Había empezado a entregarle mi corazón.

Capítulo 8
Willow

No quería salir de su cama.

Durante unos segundos, me quedé inmóvil, mirando la luz pálida que entraba por las rendijas de la cortina de la habitación. El colchón era cómodo, la manta estaba calentita, y había un brazo pesado alrededor de mi cintura, manteniéndome pegada a un pecho firme y desnudo.

Jake dormía detrás de mí, la respiración lenta golpeándome en la nuca. Una de sus manos estaba abierta sobre mi tripa de forma posesiva, y suspiré al reconocer lo cómodo que era estar entre sus brazos.

Se me encendió tanto la cara que tuve que morderme el labio para no soltar un sonido vergonzoso.

Había dormido con Jake Miller.

No solo dormido. Había perdido la virginidad con él. Me había acostado con el tío más bueno del campus y lo volvería a hacer sin dudarlo.

Jake se movió detrás de mí, y su brazo apretó mi cintura. Sentí su nariz rozarme el pelo, después su voz grave y adormilada llegó cerca de mi oído:

—¿Estás despierta?

Fingí considerar la respuesta.

—No.

Su pecho vibró con una risa baja.

—Eres una pésima mentirosa.

Intenté girarme, pero su brazo no me dejó.

—Jake...

—Solo un minuto más.

La frase salió ronca, casi perezosa. Quería decirle que tenía que irme. Que aquello era una pésima idea. Que si Connor aparecía, tendría que fingir un desmayo, una posesión demoníaca o una crisis aguda de sonambulismo para explicar mi presencia ahí.

Pero Jake me besó el hombro por encima de la camiseta suya que llevaba puesta y mi cerebro decidió dejar de funcionar.

—¿Tienes entreno? —pregunté, intentando sonar normal.

—Dentro de una hora.

—Entonces tengo que irme antes de que aparezca alguien.

Por fin me dejó girarme. Cuando quedé frente a él, casi me arrepentí. Jake por la mañana era injusto. Tenía el pelo oscuro revuelto, los ojos todavía pesados de sueño, la mandíbula sombreada por la barba sin afeitar. Parecía todavía más sexy que la noche anterior, lo cual era una combinación cruel para cualquier mujer que intentara mantener la dignidad.

Su mirada bajó por mi cara, después por la camiseta que me cubría el cuerpo.

—Te queda bien mi ropa.

Apreté la sábana contra el pecho, aunque iba vestida.

—No empieces.

Sonrió, y sentí esa contracción molesta en el estómago. Jake Miller sonriendo en la cama, con el pelo revuelto y una expresión satisfecha, debería ser ilegal en todos los estados.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí.

—Sí.

Me tocó la cara con los dedos, levemente. El gesto era simple, casi distraído, pero tenía una intimidad que me dejó más vulnerable que cualquier cosa de la noche anterior.

—Si te ha dolido mucho o si te arrepientes...

—Jake, no me arrepiento.

—Lo sé. Solo estoy comprobando.

Mi móvil vibró en el suelo, dentro de mi bolso, y los dos miramos al mismo tiempo.

Salí de la cama rápido, tropezando con la sábana. Jake me sujetó por la cintura antes de que cayera de bruces sobre la alfombra, y eso habría sido romántico si no hubiera estado en pánico y llevando solo su camiseta puesta.

Cogí el móvil y leí el mensaje.

Connor: ¿Ya estás despierta? Necesito hablar contigo antes de clase.

Releí el mensaje, como si las palabras fueran a cambiar de sitio.

Jake se sentó en la cama, la expresión volviéndose seria.

—¿Lo sabe?

—No. Creo que no. Bueno... no sé.

—¿Qué te ha dicho?

Le enseñé la pantalla. Jake lo leyó y se pasó la mano por la cara.

—Mierda.

—¿Ese es todo tu análisis?

—Todavía no he tomado café.

Empecé a recoger mi ropa esparcida por la habitación, lo cual fue una experiencia profundamente humillante. Un calcetín estaba cerca de la puerta. La falda estaba tirada en el suelo junto a la cama. Mi sujetador había desaparecido, lo cual parecía el tipo de tragedia que ninguna chica debería enfrentar antes de las ocho de la mañana.

Jake se levantó y cogió mi blusa de la silla. Se acercó a mí y me sujetó la muñeca antes de que siguiera dando vueltas de un lado a otro.

—Eh. Vamos a solucionarlo.

Quise creerlo, de verdad. Pero las cosas estaban lo bastante complicadas entre él, mi hermano y yo como para hacerme ilusiones.

—¿Cómo consigues parecer tan tranquilo?

Jake miró mi muñeca entre sus dedos. El pulgar se movió levemente sobre mi piel, casi sin darse cuenta.

—Porque, si yo entro en pánico, vamos a ser dos sin pensar con claridad.

Bueno, tenía razón.

Intenté apartar la mano, pero no la soltó. En vez de eso, me acercó más y me besó la frente. Fue un beso rápido, tierno, completamente injusto. Estaba preparada para lidiar con el Jake provocador, el Jake sarcástico; incluso con el Jake jugador de hockey con un ego del tamaño del estadio. Solo que no estaba preparada para el Jake cariñoso a las ocho de la mañana, que me dejaba el pecho dolorido.

—Vete a la residencia —dijo—. Date una ducha, habla con Connor como si no hubiera pasado nada y escríbeme cuando estés bien.

—¿Me estás dando órdenes?

—Estoy intentando ser útil.

—Pésimo comienzo.

Sonrió un poco.

—Entonces déjame intentarlo otra vez. Por favor, escríbeme cuando estés bien.

La palabra «por favor» casi acabó conmigo. Me vestí en el baño y, después de unos minutos de búsqueda vergonzosa, di el sujetador oficialmente por desaparecido en combate. Salí del apartamento de Jake con el pelo recogido en un moño torcido, el corazón latiendo como si hubiera robado un banco y la boca todavía con el recuerdo de la suya.

Por suerte, nadie me vio salir, pero Connor me estaba esperando en la puerta de mi residencia veinte minutos después.

—¿Dónde estabas? —fue lo primero que preguntó.

Me paré en medio del pasillo.

Mi hermano estaba apoyado en la pared, con una expresión no muy amistosa.

—Buenos días, Connor. También me alegro mucho de verte.

—Willow, no has respondido a mi pregunta.

—Estaba caminando.

Miró mis botas, mi bolso y mi pelo despeinado.

—¿Caminando?

—Sí. Es cuando una persona mueve las piernas en secuencia para desplazarse.

—Graciosilla.

Pasé por su lado y abrí la puerta de la habitación, intentando no parecer culpable. Connor entró detrás de mí sin que lo invitara, porque al parecer los límites personales eran un concepto abstracto para los hermanos mayores.

Mia no estaba, gracias a Dios. Tiré el bolso en la silla y me giré hacia él.

—¿De qué querías hablar?

Connor me estudió durante un buen rato.

—Has salido pronto.

—Sí —respondí, sin ofrecer nada más.

—¿Has dormido fuera?

Al corazón le dio un vuelco.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No respondiste a mis mensajes anoche.

—Estaba ocupada.

—¿Con qué?

Solté un suspiro exasperado.

—Connor, ¿qué demonios te pasa? ¿Por qué tengo que dar explicaciones de dónde pasé la noche?

Cruzó los brazos.

—Solo me preocupo por mi hermana, Willow.

—Pues no deberías preocuparte. Estoy perfectamente bien.

—Andas rara —replicó.

Respiré hondo. Quería a Connor y entendía su preocupación. Había sido mi escudo durante años, la persona que venía a buscarme a las fiestas, que me defendía de la gente cruel en el instituto, que fingía odiar mis novelas románticas pero siempre se acordaba del nombre de los personajes cuando yo me ponía a hablar sin parar.

Pero en ese momento, no quería que asumiera el papel de hermano mayor.

Quería espacio. Quería vivir mi vida, y Connor parecía no entenderlo.

—Connor, sé que te preocupas por mí, pero ya te he dicho que estoy bien, y necesitas creer en mi palabra —dije—. No necesito, ni voy a, contarte cada detalle de mi día.

Su expresión se suavizó un poco.

—Willow, perdona, es que desde que vinimos a la universidad les prometí a nuestros padres que cuidaría de ti. Que no dejaría que nada te afectara, ni que nadie te hiciera daño. Por eso me preocupo tanto por ti. Porque te quiero y quiero verte bien.

Suspiré.

—Lo sé, hermanito —dije—. Pero estoy bien, de verdad. Solo necesito que confíes en mí.

Connor suspiró.

—Vale. Intentaré relajarme un poco.

—¿Eso significa que vas a dejar de interrogarme?

—No nos pasemos.

Le tiré un cojín, y se rio. La tensión bajó, pero no desapareció. Cuando se fue, me senté en la cama y me quedé mirando el móvil unos segundos antes de escribirle a Jake.

Yo: He sobrevivido.

La respuesta llegó casi al instante.

Jake: Del 1 al 10: ¿cuán violenta fue la conversación?

Yo: Creo que me ha ido bien. Me ha hecho preguntas, pero he sabido esquivarlas bastante bien.

Jake: Esa es mi chica.

Me quedé mirando el mensaje, y mi sonrisa se apagó un poco. La forma en que mi estómago reaccionó a esa simple frase dejaba muy claro que estaba cayendo demasiado rápido, sin saber dónde iba a parar todo aquello.

Y todavía no sabía cómo decirlo en voz alta sin parecer una chica ingenua confundiendo la primera vez con el amor. La verdad es que tenía miedo de admitir lo que de verdad sentía por Jake.

Capítulo 9
Willow

En los días siguientes, Jake cambió, pero no de una forma mala. Para el resto del mundo, seguía siendo el Jake Miller de siempre, pero en nuestro pequeño mundo secreto las cosas estaban deslizándose hacia un territorio peligrosamente delicioso.

El martes, encontré un café sobre la mesa donde siempre estudiaba en la biblioteca. Sin nota, sin firma. Solo un vaso térmico con mi nombre escrito mal: Willa.

Fotografié la prueba y se la mandé.

Yo: ¿Me has traído café o estás patrocinando a otra chica?

Jake: El barista se equivocó. Casi me peleo.

Me imaginé la escena y no me quedó más remedio que reírme de la situación.

El miércoles, después del entreno, Connor me arrastró a comer con algunos jugadores en el comedor. Me senté entre Mia y una silla vacía, intentando parecer natural mientras Jake se acomodaba al otro lado de la mesa, al lado de mi hermano.

Casi no me habló. No íbamos a llegar tan lejos, con Connor ahí vigilándonos. Pero en un momento dado, empujó discretamente hacia mí el último paquete de galletas de chocolate de la bandeja común.

Lo fulminé con la mirada, pero él apartó los ojos hacia su propio plato, inocente como un gato al lado de un jarrón roto.

Connor se dio cuenta del movimiento demasiado tarde.

—Eh, esa era mía.

Jake se encogió de hombros.

—Has sido lento, Willow la ha cogido.

—Tranquilo, Connor. Puedo compartirla contigo.

Mia me dio una patadita bajo la mesa. No la miré, porque si la miraba, me reiría. Y si me reía, Connor sospecharía. Y si Connor sospechaba, mi vida se acababa ahí mismo.

El jueves, llovió. Me maldecía a mí misma internamente por haber salido sin paraguas porque, al parecer, era demasiado terca para seguir las recomendaciones del pronóstico del tiempo.

Antes de que pudiera correr hasta la residencia, un chándal grande y caliente me cayó sobre la cabeza.

Tiré de la tela y me encontré a Jake a mi lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Protegerte de la lluvia —su respuesta fue rápida.

—Jake, si Connor me ve con esto...

—Di que lo robaste de un tendedero.

—Claro, y se va a creer esa historia tan tonta al verme andar con un chándal con tu número en la espalda.

Levantó los ojos hacia mí y sonrió. La lluvia fina se le pegaba a las pestañas oscuras cerca de los ojos, y el gris del cielo lo hacía todo más íntimo.

—No quiero que te pongas enferma.

Mi corazón, traidor absoluto, se ablandó.

—Cada vez se te da peor fingir que esto es casual.

Se acercó lo suficiente para que la manga de su chaqueta me rozara el brazo.

—Igual solo estoy cansado de fingir.

Por un segundo, imaginé qué pasaría si me besara ahí, en medio del campus, con toda esa gente de testigo. Imaginé el shock en la cara de Connor, pero también el alivio extraño que quizá vendría después del desastre.

Pero Jake solo me rozó los dedos levemente, escondido por la manga larga del chándal, y se fue antes de que nadie se diera cuenta.

Me quedé quieta bajo la lluvia, con su número en la espalda y tratando de convencer a mi corazón de que aquello no era una declaración.

El viernes, fui al partido. Connor y Mia habían insistido, y la universidad entera estaría ahí, pero yo claramente fui solo por Jake.

El estadio vibraba con gritos, música alta y el sonido metálico de los sticks sobre el hielo. Me senté con Mia cerca del centro de las gradas, con una chaqueta encima del chándal de él, porque al parecer había perdido la vergüenza y el sentido de autopreservación.

—Sabes que llevas su número, ¿verdad? —preguntó Mia, masticando palomitas.

—Está debajo de la chaqueta.

—Cariño, eso no lo hace menos peor. Solo hace las cosas un poco más... emocionantes. Lo cual, siendo sincera, encaja perfectamente con esta telenovela que estás viviendo.

—No estoy viviendo ninguna telenovela.

Me lanzó una mirada.

—Acabas de decir eso vestida con el chándal escondido de tu jugador prohibido.

No tuve respuesta.

Cuando el equipo salió al hielo, mis ojos encontraron a Jake antes que cualquier otra cosa. Patinaba con una naturalidad casi arrogante, el casco bajo el brazo, el pelo oscuro despeinado, el uniforme moldeando unos hombros anchos. Connor venía justo detrás, golpeando el stick contra el hielo y provocando a un rival.

Jake examinó las gradas. Por un momento, pensé que no me iba a encontrar entre la multitud, pero entonces su mirada se paró en mí, y aun a esa distancia, sentí su mirada quemarme como brasa.

Mia suspiró a mi lado.

—Ay, no. Estás jodida.

—Cállate.

—Lo digo como amiga y testigo ocular. Estás muy, muy jodida.

El partido fue rápido, agresivo y tan emocionante que me pregunté internamente por qué no había ido a ver un partido del equipo antes. Connor era bueno, claro, pero Jake era distinto. Jake entendía el hielo como una extensión de su propio cuerpo. Se movía con fuerza y precisión, cortando a los rivales, anticipando jugadas. Era absurdamente satisfactorio verlo jugar.

Intenté no suspirar, pero fallé varias veces. En el segundo período, un jugador del equipo contrario empujó a Jake contra la valla con la violencia suficiente como para que la afición reaccionara al unísono. Mi cuerpo se levantó casi automáticamente.

—¡Eso ha sido falta! —grité.

Mia me miró, encantada.

—Mira tú. Se ha vuelto novia de deportista.

—Solo tengo sentido de la justicia deportiva.

—No sabías lo que era el fuera de juego en hockey hasta hace diez minutos.

—Sigo sin saberlo, pero estoy indignada.

Jake se levantó, giró el hombro y siguió jugando. Cuando marcó al final del período, el estadio estalló. Connor fue el primero en saltar sobre él, dándole en el casco con entusiasmo. Yo aplaudí, riendo, y Jake volvió a mirar hacia las gradas.

Esa vez, la sonrisa fue pequeña, pero fue para mí.

Después del partido, Connor insistió en que esperara cerca de los vestuarios con algunos amigos. Intenté negarme, pero Mia aceptó por mí, alegando que «la cercanía con deportistas sudados era buena para la circulación». Todavía estaba formulando una respuesta cuando los jugadores empezaron a aparecer, recién duchados, riendo fuerte y tirándose toallas unos a otros.

Jake salió el último, al lado de Connor. Tenía el pelo húmedo, la mochila colgada de un hombro. Había un pequeño corte cerca de la ceja. Reaccioné por instinto.

—Estás sangrando —dije.

Connor me miró, después miró a Jake.

—Sí, ¿y qué?

Jake se tocó la ceja.

—No es nada.

—Puedo curarte eso —repliqué.

Mia fingió toser para esconder una risa.

Connor frunció el ceño.

—¿Desde cuándo entiendes tú de heridas de hockey?

—Desde que tengo ojos.

La mirada de mi hermano viajó de mí a Jake con una lentitud preocupante.

—Vosotros dos estáis raros.

Conté hasta tres antes de responder.

—¿Nosotros dos quiénes?

—Tú y él.

Jake puso una expresión neutra.

—Tío, te estás volviendo paranoico.

La conversación se disolvió cuando otro jugador llamó a Connor, pero noté, por su expresión, que no estaba nada satisfecho con el rumbo de aquello.

***

Esa noche, después de mucha insistencia, acabamos en una hamburguesería cerca del campus. Tradición post-partido: hamburguesas grasientas, patatas fritas y batidos.

Me senté al lado de Mia, Connor enfrente, Jake en diagonal opuesta. Parecía una distancia segura, pero no lo era. Jake se pasó toda la noche lanzándome miradas que yo le devolvía, obviamente.

Intentaba no acordarme de la noche que pasamos juntos, porque ya empezaba a echarla de menos.

Cuando mi vaso se vació, llamó a la camarera antes de que yo me diera cuenta. Uno de los jugadores soltó una broma sobre «chicas mojigatas» y recibió una mirada tan fría que se atragantó con la patata. Y, en cuanto Connor empezó a contar una historia vergonzosa sobre mí a los trece años, Jake cambió de tema con una naturalidad casi profesional.

En algún momento, fui al baño para respirar. Me lavé las manos, me miré en el espejo y traté de reconocer a la chica que me devolvía la mirada. Parecía la misma: ojos grandes, pelo un poco despeinado, pintalabios casi borrado. Pero había algo distinto en la expresión. Algo más suave y más asustado.

Cuando salí, Jake estaba en el pasillo estrecho cerca de las máquinas de refrescos.

—No puedes emboscarme en pasillos —susurré.

—Has tardado.

—Estaba en el baño.

Miró por encima de mi hombro, asegurándose de que no venía nadie, después me cogió la mano y me acercó a la pared. No había espacio para nada más que cercanía, y aun así mi cuerpo entero se incendió, ignorando que ni siquiera me había tocado de verdad.

—¿Estás bien? —preguntó.

Sonreí levemente.

—¿Esa se ha vuelto tu frase favorita?

—¿Contigo? Igual sí.

—Estoy bien.

—Has estado callada toda la noche.

—Estaba pensando.

Una ceja se arqueó.

—¿En nosotros?

Asentí.

Jake me pasó el pulgar sobre los dedos, escondiendo nuestras manos entre nuestros cuerpos.

—Yo también.

—¿Y?

—Y quiero volver a verte.

Al corazón le dio un traspié.

Antes de que respondiera, unas voces surgieron en la entrada del pasillo. Jake me soltó la mano de inmediato y se apartó. Dos jugadores pasaron riendo, y uno de ellos saludó a Jake. Fingí mirar el móvil.

Cuando desaparecieron, el silencio entre nosotros pesó.

—Odio esto —dije.

Jake me miró.

—¿Qué?

—Fingir.

Su expresión cambió.

—Willow...

—No. Déjalo. No quiero hablar de eso ahora.

Volví a la mesa antes de que pudiera responder.

El resto de la noche transcurrió con una tensión nueva. Jake no volvió a intentar acercarse. Yo evité mirarlo demasiado. Connor se puso más observador, más callado. Mia se dio cuenta de todo y, en un raro acto de misericordia, no comentó nada.

Cuando nos fuimos, el aire frío de la calle me golpeó con fuerza. Connor caminaba a mi lado mientras Mia se despedía de un jugador cerca de la puerta. Jake iba unos pasos atrás, hablando con otro compañero, pero yo sentía su presencia, un hilo invisible uniéndonos.

Connor se paró de repente.

—Willow.

—¿Hm?

—¿Está pasando algo?

Se me apretó el corazón.

—Ya me has preguntado eso hoy.

—Y no has respondido.

—Porque no hay nada que responder.

Me miró demasiado tiempo.

—¿Es algún tío?

Pensé en mentir. En reírme. En decir que estaba siendo paranoico. Pero estaba demasiado cansada para actuar a la perfección.

—Igual solo estoy intentando tener una vida que no pase por tu aprobación.

La frase le dio duro, en un punto inesperado. Connor retrocedió un poco. Antes de que respondiera, Jake apareció a su lado.

—¿Todo bien?

Connor se giró hacia Jake.

—No sé. Dímelo tú.

La pregunta no era sobre la calle, ni sobre la noche, ni sobre que yo fingiera estar enfadada por el frío.

Era sobre nosotros.

Jake me miró. Demasiado corto para que nadie más lo notara. Lo bastante largo como para que yo sintiera que el mundo contenía la respiración.

Entonces Connor preguntó, en tono de broma, pero con los ojos serios:

—Andas raro cerca de mi hermana. ¿Hay algo que deba saber?

El silencio que siguió duró quizá dos segundos.

Para mí, pareció toda una vida.

Jake sonrió. Fue una sonrisa perfecta, fácil, ensayada... la sonrisa del chico popular que era capaz de escapar de cualquier lío con encanto y media verdad.

—Claro que no, tío. Hasta es absurdo que pienses que yo tendría algo con tu hermana.

La frase debería haberme aliviado. En vez de eso, abrió algo dolorido en mi pecho.

Connor se rio, medio convencido, pero no del todo.

—Más te vale.

Jake le dio una palmadita en el hombro.

—Necesitas dormir. Estás viendo drama en todo.

Connor masculló algo y empezó a caminar. Mia me llamó más adelante, preguntando si venía. Asentí con la cabeza, pero mis pies tardaron en moverse.

Jake se quedó parado cerca de la acera, y nuestras miradas se encontraron.

Sabía que me había hecho daño. Lo vi en su cara en el instante en que la sonrisa desapareció. Dio un paso, la intención de hablar marcada en el movimiento, pero Connor miró hacia atrás y Jake se detuvo.

Yo también.

Y fue ahí, en medio de la acera fría, con su chándal escondido bajo mi chaqueta y su mentira resonando entre nosotros, que entendí el tamaño del problema.

Ya no quería ser una clase. Ya no quería ser un secreto. Y, sobre todo, no quería enamorarme de alguien que todavía no tenía el valor de decir la verdad.

Capítulo 10

Jake

Le mentí a Connor con la misma facilidad con la que respiraba en el hielo.

Y fue exactamente eso lo que me destrozó.

No fue la pregunta de él, ni la mirada de Willow al otro lado de la acera, ni el frío mordiéndome la piel mientras yo fingía que mi mundo no se estaba desmoronando a cámara lenta. Fue darme cuenta de que la mentira había salido entera y perfecta, sin costarme nada.

Una maldita frase, y vi cómo algo se apagaba en el rostro de Willow.

Ella no lloró, no discutió ni montó una escena, porque Willow no era ese tipo de chica. Simplemente se quedó en silencio, con los ojos clavados en los míos un segundo más de lo que debería, esperando a que yo lo arreglase. Como si todavía hubiera una parte de ella deseando que yo fuera mejor que aquello.

No lo fui.

Connor miró hacia atrás, Mia llamó a Willow, uno de los chicos del equipo gritó alguna broma idiota sobre pedir otra ronda, y la noche continuó como si yo no acabara de clavar un cuchillo en medio de algo que ni siquiera sabía nombrar bien.

Willow fue la primera en darse la vuelta.

Se marchó con Mia, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, los hombros tensos, la sudadera con mi número escondida bajo la chaqueta. Sabía que estaba ahí porque había visto asomar el borde oscuro cuando ella se movió.

Aquello debería haberme hecho sentir algo bueno. Orgullo, tal vez. Alguna satisfacción estúpida de macho territorial.

En vez de eso, solo me hizo sentir peor.

—Miller, ¿vienes? —preguntó Connor, ya varios pasos por delante.

Miré a Willow hasta que dobló la esquina.

—Voy ahora mismo.

Connor entornó los ojos.

—¿Vas a hacer qué?

—Caminar. Despejar la cabeza.

Él se rio.

—Has ganado el partido, tío. ¿Qué cabeza necesitas despejar?

La mía, antes de que cometa la estupidez de correr detrás de tu hermana y besarla en mitad de la calle.

—Solo estoy cansado.

Connor aceptó la respuesta encogiéndose de hombros, pero no parecía del todo convencido. Nunca lo parecía. Ese era el problema de tener un mejor amigo que conocía mis versiones antes incluso de que yo las soltara al mundo. Connor sabía cuándo estaba mintiendo.

Solo que aún no sabía sobre qué.

Cuando todos se dispersaron, caminé sin rumbo por el campus. El frío ayudó durante unos cinco minutos. Después solo resultó irritante. Las luces de los edificios formaban charcos amarillos en el suelo mojado, y algunas personas cruzaban los caminos riendo, abrazadas o demasiado borrachas para recordar su propio nombre.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí la conversación con ella. El último mensaje era de antes del partido: una foto que ella me había enviado del café que le dejé en la biblioteca, con el nombre mal escrito en el vaso.

Willow: ¿Me has traído café o estás patrocinando a otra chica?

Había sonreído como un imbécil cuando leí aquello.

Ahora, mirando fijamente la pantalla, empecé a escribir.

Lo siento mucho.

Lo borré.

No era así como quería decirlo.

Lo borré.

Willow, habla conmigo.

Borré eso también, porque ya sabía que ella no tenía por qué hablar conmigo de nada. Le había mentido mirándola a la cara. Había hecho exactamente lo que ella temía: nos había convertido a los dos en algo pequeño, escondido, vergonzoso.

Y lo peor era que, para mí, ella nunca había sido eso.

Willow era la parte más honesta de todo aquel desastre. El cobarde era yo.

Cuando llegué a casa, el piso estaba vacío. Los chicos probablemente se habían ido a alguna celebración que yo debería estar liderando, fanfarroneando, riendo a carcajadas y fingiendo que mi mayor problema era el moretón en el hombro después del golpe del segundo periodo.

Tiré la mochila al suelo y fui directo al baño. El agua caliente me golpeó la espalda, pero no se llevó nada. Cerré los ojos, apoyé las manos en los azulejos y volví a ver su expresión.

Willow en mi cama, con mi camiseta puesta, el pelo esparcido sobre la almohada. Riendo nerviosa cuando le dije que le quedaba bien mi ropa. Y después seria, vulnerable, confiando en mí de un modo que no estaba seguro de merecer.

Le había prometido cuidarla.

En voz alta no, tal vez. Pero lo había prometido con cada roce y cada pausa. Lo había prometido cuando me detuve para asegurarme de que estaba bien, y cuando la abracé después, cuando le besé el pelo y murmuré una verdad que quizá ella hubiera oído:

Siempre has sido mi problema, Willow Bennett.

Solo que el problema nunca había sido ella. Era mi miedo.

***

A la mañana siguiente, fui al entrenamiento con tres horas de sueño y un dolor de cabeza que no tenía nada que ver con el hockey.

—Tienes pinta de muerto —comentó Connor, lanzándome un rollo de cinta en el vestuario.

Lo atrapé en el aire.

—Deberías dedicarte a la motivación.

—Hablo en serio. ¿Bebiste después de salir?

—No.

—Entonces estás enamorado.

El corazón me dio un vuelco tan violento que casi se me cae la cinta. Connor se rio, porque para él solo era una broma.

—Relájate, Miller. No pongas esa cara. No voy a pedirte su nombre.

Me senté en el banco y empecé a enrollar la cinta en el palo, concentrándome demasiado en una tarea tan simple.

—No tiene nombre.

—Entonces hay una chica.

—He dicho que no tiene nombre.

—Eso no es lo mismo.

Lo miré, molesto. Connor sonreía, pero había atención detrás de la sonrisa. Hacía eso a veces: fingía bromear mientras analizaba cada reacción.

—¿Por qué te interesa tanto mi vida amorosa? —pregunté.

—Porque estás jugando raro. Y cuando juegas raro, el equipo sufre.

—Marqué ayer.

—Después de pasarte medio partido con cara de querer matar a alguien.

Pensé en Trevor, o Travis, o comoquiera que se llamase el idiota que había mirado a Willow como si le bastara con acercarse para tener lo que yo llevaba años sin atreverme a pedir. El recuerdo hizo que apretara demasiado la cinta con los dedos.

Me encogí de hombros.

—Siempre quiero matar a alguien durante el partido.

—No de esa manera.

Por suerte, el entrenador entró gritando antes de que Connor pudiera continuar con la investigación. En el hielo, intenté usar el cansancio como excusa para desconectar la cabeza. Normalmente funcionaba. El juego era sencillo comparado con el resto de la vida. Disco, pase, defensa, ataque. Si alguien venía hacia ti, decidías en un segundo: esquivas o le devuelves el golpe.

Con Willow, no conseguía decidir nada.

La vi a última hora de la tarde, cerca de la biblioteca.

Estaba con Mia, sujetando dos libros contra el pecho y riéndose de algo que le decía su amiga. Su risa me alcanzó antes de que su mirada llegara hasta mí. Me detuve en mitad de la acera, como un idiota, y por un segundo casi olvidé que estaba intentando respetar el espacio que yo mismo había destruido.

Entonces Willow me vio.

La risa murió. No del todo —era demasiado educada para eso—. Pero el brillo de sus ojos se apagó, y apartó la cara como si yo fuera solo un alumno más cruzando el campus.

Aquello dolió más de lo que esperaba.

Mia me lanzó una mirada nada sutil. Una mirada que decía que, si tuviera un arma, un plan e inmunidad legal, tal vez yo no llegaría vivo a la cena.

Justo.

Debería haberme marchado. Debería haber dejado que Willow siguiera en paz. Pero mis pies se movieron antes de que el sentido común pudiera alcanzarlos.

—Willow.

Ella se detuvo. Mia también, con una expresión de quien está disfrutando y odiando la escena a partes iguales.

—Hola, Jake —respondió Willow.

La respuesta llegó educada y fría, lo cual era una pésima señal.

—¿Puedo hablar contigo?

Ella se recolocó los libros entre los brazos.

—Voy a estudiar.

—Solo dos minutos.

Mia miró a Willow.

—¿Quieres que me quede?

Willow tardó un segundo en responder, y ese segundo me mostró cuánto la había cagado.

—Puedes irte —dijo Willow al fin—. Te veo dentro.

Mia se alejó, pero no sin antes señalarse los ojos con dos dedos y luego apuntarme a mí. El gesto se parecía tanto al de Connor que, en otro momento, me habría reído.

Cuando nos quedamos solos, Willow me miró sin acercarse. Había una distancia de quizá un metro entre nosotros, pero parecía más grande que el estadio entero.

—Dos minutos —dijo ella.

Respiré hondo.

—Sobre lo de ayer…

Ella se rio bajito, sin humor.

—Me preguntaba cuánto tardarías en empezar con eso.

—Fui un idiota.

—Es un buen comienzo.

—No quería hacerte daño —insistí.

—Pero lo hiciste.

Fue directa, simple y sin dramatismo. Willow tenía ese talento cruel de decir la verdad sin levantar la voz, y eso dolía todavía más.

Asentí.

—Lo sé.

—¿De verdad lo sabes?

La pregunta no era irónica. Era honesta. Quería saber si de verdad lo entendía o si solo intentaba limpiar la culpa lo suficiente como para volver a la normalidad.

—Sé que le mentí a Connor mirándote a ti. Sé que hice que pareciera que no había nada entre nosotros cuando sí lo había. Sé que me oíste negarlo todo después de haber pasado días tocándote como si… —Me detuve, porque la frase se hizo demasiado grande en la garganta.

Sus ojos color miel se clavaron en los míos.

—¿Como si qué?

Como si fueras mía.

No. Esa palabra era peligrosa. No porque no lo sintiera, sino porque Willow no necesitaba a otro hombre poniéndole un sello encima. Connor ya lo hacía.

—Como si importaras —respondí.

Su rostro se suavizó durante medio segundo. Después se recompuso.

—¿Y lo hago?

La pregunta atravesó mi defensa.

Ahí era donde debería haber dicho que sí. No con una palabra lanzada al aire, sino de un modo que no dejara lugar a dudas. *Sí, importas. Tú importas, y estoy aterrado, pero eso no reduce lo que siento.*

En vez de eso, mi cabeza hizo lo que llevaba haciendo desde el principio: puso a Connor entre nosotros.

—Willow, sabes que no es sencillo.

Ella dejó caer la mirada al suelo.

Cuando volvió a alzarla, supe que había respondido mal.

—No he preguntado si era sencillo.

—Lo sé, pero…

—No. —Dio un paso atrás, pequeño pero definitivo—. Siempre haces lo mismo.

—¿El qué?

—Conviertes una pregunta sobre nosotros en una respuesta sobre Connor.

Me pasé la mano por la nuca.

—Porque Connor forma parte de esto.

—Él forma parte de tu culpa, Jake. No de lo que yo siento.

Me quedé callado. No porque ella estuviera equivocada, sino porque tenía demasiada razón.

Willow apretó los libros contra el pecho. Era un gesto defensivo, y odié ser la razón de ello.

—Entiendo que es tu mejor amigo. Entiendo el pacto. Entiendo que tienes miedo de hacerle daño. Pero yo no soy una cláusula en el pacto de amistad de vosotros dos. Soy una persona.

—Lo sé —dije.

—¿Lo sabes? Porque a veces parece que lo olvidas.

Di un paso hacia ella por instinto, pero Willow retrocedió. Me detuve al instante.

—Nunca te he visto solo como su hermana —dije.

—Entonces ¿por qué me tratas como si ese fuera el único detalle que importa?

No logré responder lo bastante rápido.

Willow sonrió con tristeza.

—¿Ves?

—Estoy intentando protegerte.

—No, Jake. Estás intentando protegerte a ti mismo de la confusión.

Esta vez fui yo el que rio sin humor.

—¿Crees que hay alguna parte de mí a salvo en esta historia?

—Creo que tú todavía puedes fingir que no ha pasado nada cuando estás cerca de él. Yo no puedo fingir ni conmigo misma.

Aquellas palabras me derrumbaron en silencio.

Willow desvió la mirada hacia la biblioteca, donde Mia probablemente nos observaba desde alguna ventana. Cuando volvió a mirarme, había cansancio en su rostro.

—No sabía lo que estaba haciendo cuando fui a buscarte aquella primera noche —dijo—. Pensé que quería experiencia. Que quería aprender a no parecer ridícula, a no bloquearme, a no ser la chica sin ninguna historia que contar.

—Nunca pareciste ridícula.

—Para ti, tal vez no. Pero para mí sí lo parecía. Quería sentir que controlaba algo. Y contigo… —Respiró hondo, como si admitirlo le costara caro—. Contigo me sentí así. Al principio.

El pecho se me encogió.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no sé dónde termina mi elección y dónde empieza tu miedo.

Quería tocarla. Quería atraerla hacia mí, besarle la frente, decirle que lo arreglaría todo. Pero sabía que, si lo intentaba, ella podría ceder por un segundo y odiarse después. Willow merecía algo más que mi boca intentando arreglar lo que mi cobardía rompía.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

Ella me miró como si la respuesta fuera obvia.

—La verdad.

—¿Sobre Connor?

—Sobre ti.

Me quedé atrapado ahí. A medio camino entre lo que sentía y lo que tenía valor para admitir. Era absurdo. Me enfrentaba a tíos enormes en el hielo, encajaba golpes, jugaba con dolor, me peleaba cuando hacía falta. Pero decirle a Willow Bennett que importaba más que el pacto, más que mi reputación, más incluso que la aprobación de Connor… eso me dejaba sin aire.

Porque si lo decía, se volvería real. Y si se volvía real, podría perderlo todo. A Connor, a Willow… a los dos.

—Acabas de descubrir un montón de cosas —dije, odiando cada palabra en el instante en que salió de mi boca—. Tal vez estés confundiendo lo que pasó con algo más grande.

Willow no reaccionó de inmediato. Se quedó muy quieta, y así fue como supe que había cometido el error exacto del que no habría vuelta fácil.

—Vaya —dijo ella.

—Willow…

—No. Bueno es saberlo.

—No es eso lo que quise decir —intenté explicar.

—Es exactamente lo que has querido decir. Que soy demasiado inexperta para entender mis propios sentimientos.

—No he dicho eso.

—No hacía falta que lo dijeras.

Su voz no tembló, y eso fue lo que dolió. Habría soportado la rabia, los gritos, incluso las lágrimas. Pero aquella calma era una puerta cerrándose.

—Solo no quiero que te hagas daño porque las cosas fueron intensas —intenté explicar—. Tu primera vez fue…

—No uses eso contra mí.

La frase me hizo callar.

Sus ojos brillaban ahora, pero no había debilidad en ellos. Había decepción. Tal vez fuera lo único peor que la rabia.

—No tienes ese derecho, Jake. No después de haberme tocado como si yo importara. No después de haberme preguntado mil veces si estaba segura. No después de hacer que me sintiera a salvo. No puedes usar mi falta de experiencia como motivo para invalidar lo que siento.

Se me cerró la garganta.

—No quería invalidar nada.

—Pero lo has hecho.

Se ajustó la correa del bolso en el hombro.

—Tal vez tengas razón. Tal vez esté confundiendo las cosas. Tal vez todo fue intenso porque era nuevo. Tal vez le di demasiado significado a algo en lo que tú solo intentabas hacerme un favor.

—No fue solo un favor.

La respuesta salió áspera, casi desesperada.

Willow me miró fijamente.

—Entonces ¿qué fue?

Me quedé ahí, con el corazón latiendo con fuerza suficiente para doler, y aun así no logré decir lo que debía.

Sus ojos perdieron el último rastro de esperanza.

—Exactamente.

Se dio la vuelta, pero mi cuerpo se movió antes que el orgullo.

—Willow, espera.

Le sujeté la mano. Sin fuerza. Solo lo justo para pedirle un segundo más. Su piel estaba fría, y la sensación de sus dedos contra los míos me trajo un recuerdo tan nítido de aquella noche que casi perdí el equilibrio: su mano sujetando la mía sobre la almohada, su respiración contra mi boca, el modo en que dijo que me deseaba.

Ahora, retiró la mano despacio. Como si aquello también le doliera a ella.

—Las clases se han acabado, Jake.

Tres palabras, y el suelo desapareció.

—Willow…

—Gracias por la ayuda —dijo, con una formalidad que destrozó algo dentro de mí—. Pero creo que puedo seguir sola a partir de aquí.

Después entró en la biblioteca.

Me quedé plantado en la acera, mirando cómo se cerraba la puerta tras ella.

Durante unos segundos, no me moví. El campus siguió vivo a mi alrededor: estudiantes caminando, bicicletas pasando, risas llegando desde algún grupo cerca de la fuente. Todo ridículamente normal para un hombre que acababa de perder algo que nunca tuvo el valor de reclamar.

El móvil me vibró en el bolsillo.

Connor: Entreno extra mañana temprano. No llegues tarde, enamorado.

Miré fijamente el mensaje y casi me río.

Enamorado.

Si él supiera. Si yo supiera qué hacer con esto.

Volví a casa andando, sin sentir el frío. Esta vez no intenté mandarle ningún mensaje ni buscarla, y no convertí mi culpa en una excusa urgente para invadir el espacio que ella acababa de reclamar.

Las clases se han acabado.

Sus palabras resonaban a cada paso.

Cuando entré en el piso, encontré a Parker y a otro de los chicos en el sofá, jugando a videojuegos y comiendo pizza fría. Parker me miró.

—Tío, tienes una pinta horrible.

—Gracias.

—¿Quieres jugar?

—No.

Fui directo a mi cuarto y cerré la puerta. La camiseta que Willow había usado estaba tirada en la silla. La cogí sin pensarlo, sintiendo la tela entre los dedos. Todavía quedaba un rastro leve de su perfume ahí, mezclado con mi suavizante.

Me senté en el borde de la cama y me quedé mirando la nada.

Aquella cama parecía diferente ahora, y no era solo por el sexo. Parecía diferente porque Willow había estado ahí y, durante unas horas, el mundo había sido sencillo. Ella durmiendo acurrucada contra mí, de espaldas, mi brazo en su cintura.

Su confianza depositada en mí. El modo en que mi mano encontró su cintura por la mañana antes incluso de que yo estuviera lo bastante despierto como para recordar que debería tener miedo.

Me había dicho a mí mismo que estaba protegiendo a todo el mundo.

Pero Willow tenía razón. Estaba protegiendo al único hombre que no merecía ser protegido: a mí mismo.

Porque admitir que quería a Willow significaba admitir que mi vida tendría que cambiar. Que Connor podría odiarme, y que las cosas podrían ponerse raras.

Y, sobre todo, significaba admitir que Willow Bennett había dejado de ser una tentación prohibida hacía ya mucho tiempo.

Ella era la chica que buscaba en las gradas, para quien compraba café fingiendo que era casual, cuyo nombre mal escrito en un vaso me hacía sonreír como un idiota. La chica que había confiado en mí para su primera vez, y yo se lo había pagado haciéndola sentir pequeña.

Me tumbé en la cama y me tapé los ojos con el brazo.

Por primera vez en años, no quería jugar, ni beber, ni reír, ni provocar, ni fingir que nada me afectaba. Solo quería retroceder unos minutos en el tiempo, mirar a Willow a los ojos y decir la verdad antes de que el miedo hablara por mí.

Pero algunas oportunidades no esperaban.

Y Willow, por lo visto, también se había cansado de esperar.

Capítulo 11
Willow

Terminar con Jake Miller fue una experiencia extraña, sobre todo porque, técnicamente, nunca habíamos empezado.

No había una fecha de inicio, una petición oficial, una foto tonta en el móvil, una lista de reproducción compartida ni ninguna prueba concreta de que existiera algo entre nosotros más allá de un secreto muy mal gestionado. No éramos novios ni un rollo asumido, ni siquiera una historia que pudiera contar sin tener que explicar antes la parte vergonzosa en la que llamé a su puerta y le pedí clases de sexo como quien pide clases particulares de cálculo.

Aun así, cuando le dije que las clases se habían acabado y entré en la biblioteca sin mirar atrás, sentí como si hubiera dejado un trozo de mí plantado en aquella acera.

El problema de terminar algo que nunca tuvo nombre es que nadie sabe que tienes derecho a sufrir por ello.

Así que hice lo que cualquier chica adulta, madura y emocionalmente equilibrada haría: me senté en una mesa al fondo de la biblioteca, abrí el portátil, me quedé mirando la pantalla durante veinte minutos y no escribí absolutamente nada.

Mia llegó poco después con dos cafés, una tableta de chocolate y la expresión de quien ha decidido no hacer preguntas hasta que yo me venga abajo por mí misma. Lo puso todo delante de mí, arrastró la silla y se sentó en silencio. Durante unos cinco minutos, fingimos que estábamos estudiando.

Casi fue convincente.

—¿Has cortado con él? —preguntó, por fin.

Seguí mirando la pantalla en blanco.

—No se puede cortar con alguien con quien nunca has salido.

—Claro que se puede. De hecho, esas son las rupturas más humillantes, porque acabas destrozada y encima tienes que fingir naturalidad.

Me tembló el labio, y odié eso. Cogí el café para disimular, pero la mano me temblaba lo suficiente como para delatar que no estaba tan bien como me habría gustado.

—Le dije que las clases se habían acabado.

Mia se quedó callada un momento, asimilando la frase. Después empujó la tableta de chocolate más cerca de mí, como si fuera un vendaje de emergencia.

—¿Y él?

—Se quedó ahí quieto. Con esa cara de quien quiere decir algo pero prefiere tragarse la lengua antes que ser emocionalmente útil.

—Los deportistas deberían venir con manual de instrucciones y aviso de riesgo.

Me reí flojito, pero la risa murió rápido. La verdad era que una parte de mí quería que Jake hubiera venido corriendo detrás de mí. No para detenerme, no para tocarme, no para convencerme con esa sonrisa devastadora que solía trastocar todas mis decisiones. Quería que hubiera dicho la verdad. Una sola frase. Una frase honesta habría bastado para hacerme parar.

Pero no la dijo.

Y tal vez esa fuera la respuesta.

Pasé el resto del día en una especie de niebla. Fui a clase, respondí cuando dijeron mi nombre, apunté cosas que probablemente no tendrían sentido después y evité todos los caminos del campus donde pudiera cruzarme con Jake. Era ridículo, porque la universidad era grande, pero no lo bastante grande cuando la persona que intentabas olvidar era un jugador de hockey popular con la molesta costumbre de estar en todas partes.

En el comedor, vi a Connor antes de ver a Jake. Mi hermano estaba con el equipo en una mesa larga, riéndose de algo que decía

uno de los chicos. Jake estaba a su lado, pero no reía. Llevaba una gorra puesta hacia atrás, una sudadera oscura y unas ojeras discretas que probablemente nadie notaría si no estuviera, como yo, entrenada para fijarse en cada detalle suyo en contra de su propia voluntad.

Cuando nuestras miradas se encontraron, mi cuerpo tuvo una reacción patética. El corazón se me aceleró, el estómago se me hundió, y la parte orgullosa de mi cerebro me ordenó apartar la vista.

Obedecí.

Mia, a mi lado, suspiró.

—Esto ha sido doloroso de presenciar.

—Pues deja de presenciarlo.

—Imposible. Es como un accidente de tráfico emocional con hombros anchos.

—Mia.

—Perdón. Estoy de tu lado. Solo reconociendo la estética de la tragedia.

Cogí una bandeja y elegí algo que parecía comestible. No tenía hambre, pero tampoco quería que Connor notara que estaba sobreviviendo a base de café, orgullo herido y chocolate.

Por desgracia, Connor tenía el radar de siempre.

Apareció en nuestra mesa menos de dos minutos después.

—Estás rara.

Levanté la vista despacio.

—Hola a ti también.

—Hola. Estás rara.

—Qué conversación tan fascinante. ¿Has pensado en presentar un pódcast?

Mia casi se atraganta con el refresco.

Connor no se dejó distraer. Arrastró una silla y se sentó a mi lado, inclinándose para examinarme mejor, como si yo fuera un equipo defectuoso antes de un partido.

—Estás pálida. ¿Has dormido bien?

—He dormido.

Mentira.

—¿Has comido?

—Estoy comiendo.

—Eso es lechuga y una patata solitaria.

Miré el plato.

—Tiene sentimientos. No hables así de ella.

Él intentó sonreír, pero la preocupación seguía ahí. Connor era insoportable cuando quería proteger, pero había algo en su rostro que siempre me quebraba un poco. Me quería de un modo grande, exagerado, a veces asfixiante, pero real.

—¿Te ha hecho alguien algo? —preguntó, más bajo.

La pregunta me pilló desprevenida.

Mi primer instinto fue reír, negar, hacer una broma. Pero algo en su voz me lo impidió. Tal vez porque, a pesar de todos los errores, la respuesta era demasiado complicada. ¿Jake me había hecho daño? Sí. Pero no del modo que Connor se estaba imaginando. No de una forma que pudiera arreglarse con puñetazos, amenazas o un hermano mayor en modo venganza.

Jake me había hecho daño porque hizo que me sintiera importante y después me trató como un problema.

Eso no era algo que Connor pudiera arreglar.

—No —respondí—. Nadie me ha hecho nada.

Connor me miró como si no me creyera.

—Willow.

—Solo estoy cansada.

—¿Cansada de qué?

De ser un secreto. De echar de menos a alguien que no tuvo el valor de elegirme, de querer un mensaje que no iba a contestar, de tener veinte años y aun así tener que convencer a todo el mundo de que soy dueña de mí misma.

En vez de eso, me encogí de hombros.

—De la universidad. De la vida. De que interrogues mi plato.

Mia se metió en la conversación con un timing perfecto, preguntando por el partido del fin de semana. Connor aceptó el cambio de tema, pero no sin antes lanzarme otra mirada de desconfianza. Fingí no darme cuenta. Era una habilidad que estaba perfeccionando en los últimos días.

No volví a mirar a Jake.

Bueno, lo miré una vez. Puede que dos. A la tercera, él ya me estaba mirando a mí.

El aire desapareció durante un segundo. Jake no sonrió, no se acercó, no hizo ninguna de esas provocaciones que antes me parecían irritantes y que ahora echaba muchísimo de menos. Solo me observó con una especie de tristeza contenida que me dio rabia. Porque él no tenía derecho a parecer destrozado cuando fue él quien eligió esconderse detrás del miedo.

Me levanté de la mesa antes de que mis ojos delataran más de lo que mi boca sería capaz de explicar.

Los días siguientes fueron peores porque Jake respetó mi decisión.

Lo sé. Parece absurdo odiar a alguien por hacer exactamente lo que le pediste, pero los sentimientos no se caracterizan por su lógica. No me mandó mensajes, no apareció en la biblioteca ni intentó acorralarme en los pasillos.

Cuando coincidíamos en el mismo sitio, mantenía las distancias. Su ausencia era educada, cuidadosa e insoportable.

Quería que me dejara en paz. También quería que luchara por mí. Esas dos verdades peleaban dentro de mí todo el tiempo, y ninguna ganaba.

El jueves fui a ver el entrenamiento porque Connor insistió en que le llevara un libro que se había dejado en mi residencia. Pensaba entregárselo en la entrada del pabellón e irme, pero Mia, que me había acompañado, decidió que ver a hombres patinando era «una actividad cultural infravalorada». Acabé sentada en las gradas casi vacías, abrazada al abrigo, intentando fingir que no estaba buscando a Jake en el hielo.

Jugaba mal.

Yo no entendía todo sobre hockey, pero entendía lo suficiente como para darme cuenta de cuándo alguien fallaba pases fáciles, perdía velocidad y se distraía en mitad de una jugada. Connor también se dio cuenta. El entrenador se dio cuenta antes que nadie.

—¡Miller! —gritó, con la voz resonando por todo el pabellón—. ¿Has venido a entrenar o a escribir poesía sobre el hielo?

Algunos jugadores se rieron. Jake no.

Golpeó el hielo con el palo, respiró hondo y volvió a su posición. Por un momento pensé que iba a recuperar la concentración. Entonces miró hacia las gradas.

Hacia mí.

El pase le llegó en ese mismo instante. Jake lo perdió. El entrenador estalló.

Mia hizo una mueca a mi lado.

—Ay.

—No digas nada.

—No iba a decir nada.

—Sí que ibas.

—Vale, sí. Pero lo habría dicho con delicadeza.

Connor patinó hasta Jake y le dijo algo que no logré oír. Jake respondió de forma cortante. Connor frunció el ceño. No estaban discutiendo, no exactamente, pero había una tensión ahí que me hizo sentir culpable aunque supiera que la culpa no era solo mía.

Después del entrenamiento, intenté entregarle el libro a Connor sin quedarme a hablar, pero él me agarró de la capucha del abrigo como si fuera una niña intentando cruzar la calle corriendo.

—Eh. Espera.

—Connor, tengo clase.

—¿Ahora huyes de mí?

—No. Huyo de una conversación innecesaria —respondí, soltándome la capucha.

—Eso es huir de mí con más palabras.

Crucé los brazos. Al otro lado del pasillo, los jugadores iban saliendo del vestuario poco a poco. Mantuve los ojos fijos en mi hermano por pura supervivencia.

—¿Qué pasa?

Connor miró hacia atrás, en dirección al vestuario, y después a mí.

—¿Sabes qué le pasa a Jake?

Mi corazón hizo algo completamente inútil.

—¿Por qué iba a saberlo yo?

—No sé. Porque tú andas rara, él anda raro y, cada vez que estáis en el mismo sitio, parece que alguien ha cortado el oxígeno.

Me reí. Demasiado alto.

—Vaya imaginación tan dramática.

—Willow.

—Jake debe de tener sus propios problemas. Yo no soy responsable del rendimiento deportivo de tu mejor amigo.

Connor me estudió con atención. Había desconfianza ahí, pero también una preocupación genuina. No solo por mí. También por Jake. Aquello me golpeó de un modo inesperado, porque, a pesar del pacto idiota y de la protección asfixiante, Connor quería a Jake. De verdad. Y cuando lo descubriera, no sería solo rabia. Sería dolor.

—Si algún tío te hiciera daño, ¿me lo dirías? —preguntó.

Tragué saliva.

—Connor…

—No estoy bromeando. No tienes que lidiar con estas cosas sola.

Se me cerró la garganta. Durante unos segundos, quise contárselo. No todo, pero algo. Quise decirle que estaba confundida, que había tomado decisiones de adulta y aun así me sentía pequeña, que tal vez me había enamorado del único hombre que mi hermano nunca aceptaría.

Pero Connor no estaba preparado para oír aquello. Y yo no estaba preparada para decirlo.

—Lo sé —respondí, más suave—. Pero estoy bien.

Él no me creyó, pero me dejó ir.

Aquella noche, Mia decidió que necesitaba salir. Otra vez. La diferencia era que, esta vez, no estaba intentando provocar a Jake, poner a prueba mi poder de ligoteo ni fingir que era una nueva Willow atrevida. Solo no quería pasar otra noche en la habitación, mirando el techo y recordando el peso de su brazo sobre mi cintura.

—Nada de jugadores de hockey —le advertí mientras revolvía mi armario.

—De acuerdo.

—Nada de fiestas en casas de jugadores.

—También de acuerdo.

—Nada de sitios donde Jake pueda aparecer.

Mia se detuvo, sosteniendo una blusa verde.

—Cariño, es popular, deportista y aparentemente omnipresente. No puedo prometer milagros.

Acabamos yendo a un bar cerca del campus que admitía estudiantes, servía buenas patatas fritas y tenía música en directo lo bastante mala como para resultar divertida. Me puse vaqueros, una blusa bonita y la determinación frágil de alguien que quería demostrarse a sí misma que todavía existía fuera de Jake Miller.

Al principio, funcionó.

Me reí con Mia. Comí demasiadas patatas. Canté mal una canción que no conocía. Durante casi una hora, fui solo una chica universitaria intentando sobrevivir a una mala semana. Entonces apareció Travis.

Era el mismo chico de la fiesta, el de la clase de Sociología, el que había hablado conmigo antes de que Jake surgiera como una tormenta posesiva en mitad del aula. Travis sonrió al verme y se acercó con dos amigos. Yo no estaba interesada, pero tampoco quería ser borde sin motivo.

—Willow, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—¿Esta vez sin el guardaespaldas del hockey?

La broma me molestó, pero forcé una sonrisa.

—Esta vez solo con mi amiga.

Mia levantó la mano.

—Y ella muerde.

Travis se rio, pensando que era broma. No del todo.

Siguió hablando, preguntó por la clase, se quejó del profesor y comentó que había desaparecido de la fiesta el otro día. Intenté mantener las respuestas breves y educadas, pero él parecía interpretar la educación como una invitación. Cuando Mia fue a la barra a por más refresco, Travis ocupó la silla a mi lado.

—Es difícil encontrarte sola —dijo.

—Tal vez porque me gusta la compañía.

—O porque tu hermano asusta a todo el mundo.

Respiré hondo.

—Mira, Travis, no quiero ser borde, pero…

—Tranquila. Solo estoy hablando.

Su mano tocó el respaldo de mi silla. No a mí, pero demasiado cerca. Mi cuerpo se tensó de inmediato.

—Voy a buscar a mi amiga —dije, levantándome.

Travis también se levantó.

—Espera. ¿He hecho algo?

—No. Solo quiero irme.

—Hace un momento estabas bien.

—Y ahora quiero irme.

Él se rio, pero no sonó divertido.

—¿Siempre eres así? ¿Das pie y luego finges que no?

Se me heló el estómago.

Aquello bastó para transformar el malestar en irritación.

—He hablado contigo. Eso no es un contrato.

Intenté pasar, pero él se puso en mi camino. No me tocó, no hizo nada lo bastante grande como para llamar la atención de inmediato, pero me bloqueó la salida con el cuerpo.

—Tranquila, Willow. No hace falta que actúes como si fuera un monstruo.

—Pues quítate de mi camino.

La voz me salió más firme de lo que esperaba. Algunas personas cercanas miraron, pero apartaron la vista enseguida, como si no quisieran involucrarse.

Travis abrió la boca para responder.

No llegó a decir nada.

Una presencia surgió detrás de él, alta, tensa y lo bastante familiar como para cambiar todo el aire a mi alrededor.

—Te ha pedido que te quites de en medio.

Jake.

Por un segundo, olvidé cómo respirar. Estaba ahí, con una chaqueta oscura, el rostro cerrado, los ojos clavados en Travis con una calma que no era calma de verdad. Era ese tipo de silencio que precedía a una colisión.

Travis se giró y palideció un poco.

—Tío, no es asunto tuyo.

Jake dio un paso al frente. No lo tocó. No hizo falta.

—Sí que lo es.

Las dos palabras pesaron más de lo debido.

Porque una parte de mí quería sentirse aliviada. Otra parte quería gritar. Jake no podía desaparecer durante días, dejarme lidiar con la vergüenza de ser un secreto, y luego aparecer en el momento exacto en que otro chico me hacía sentir incómoda, como si todavía tuviera algún derecho sobre mí.

Mia apareció a mi lado, con los ojos muy abiertos, sujetando dos vasos.

—¿Willow?

—Estoy bien —respondí, aunque mi voz no sonó del todo mía.

Travis levantó las manos, intentando parecer inocente.

—Solo estábamos hablando.

Jake no apartó los ojos de él.

—Pues la conversación se ha acabado.

Por un segundo, pensé que Travis discutiría. Tal vez si hubiera estado con sus amigos, o si Jake no fuera Jake Miller, o si su mirada no prometiera un problema enorme. Pero Travis solo masculló algo y se alejó.

El bar volvió a respirar. Yo no.

Jake se giró hacia mí, y toda la dureza de su rostro vaciló.

—¿Estás bien?

Era esa pregunta otra vez, con esa misma voz. Su cuidado llegaba demasiado tarde y, aun así, acertaba justo donde yo estaba frágil.

La rabia vino porque, si no venía, podría echarme a llorar.

—Ya no tienes ese derecho, Jake.

Él se quedó inmóvil.

Mia miró de mí a él, y después dio un paso discreto hacia atrás, como si entendiera que había cosas que necesitaban decirse sin público. El bar seguía ruidoso alrededor, pero entre Jake y yo todo pareció demasiado silencioso.

Jake tragó saliva.

—Willow…

—No. —Negué con la cabeza, sujetando el bolso contra el cuerpo como si fuera una armadura—. No puedes quererme en secreto y aparecer en público como si todavía pudieras protegerme.

El modo en que Jake apartó la mirada me dijo que la frase había dado en el blanco.

Debería haberme ido después de eso. Debería haber llamado a Mia, haber salido del bar, haber vuelto a la residencia y conservado la poca dignidad que me quedaba. Pero me quedé ahí, delante de él, esperando una respuesta que tal vez todavía no hubiera dejado de desear.

Jake abrió los ojos.

Y, por primera vez desde que todo empezó, pareció listo para dejar de huir.

Capítulo 12
Willow

Durante unos segundos, Jake Miller no dijo nada.

Se quedó ahí plantado, delante de mí, en medio del bar abarrotado, con la expresión de quien ha recibido un golpe que no esperaba. La mala música seguía saliendo de los altavoces, la gente seguía riendo alto, Mia seguía de pie a unos pasos de distancia, fingiendo no prestar atención mientras prestaba atención a cada una de nuestras respiraciones.

Sabía que debería marcharme. Lo sabía de verdad. Pero había una parte idiota y cansada dentro de mí que todavía quería escucharlo. Tal vez porque Jake había aparecido en el momento en que lo necesité, aunque no tuviera ese derecho. Tal vez porque odiaba lo segura que me había sentido cuando se puso entre Travis y yo, y porque, a pesar de todo, mi cuerpo seguía reconociendo a Jake como el lugar al que quería correr cuando el mundo se volvía demasiado incómodo.

Y eso me irritaba.

Me irritaba más que Travis, más que el secreto, más incluso que la mentira que Jake le había contado a Connor. Porque yo había intentado recuperar el control. Había dado por terminadas las clases, había mantenido las distancias, había fingido que todo iba bien. Y entonces él aparecía con esa mirada preocupada y destrozaba en segundos la frágil muralla que yo llevaba días construyendo.

—Lo sé —dijo Jake por fin.

Crucé los brazos, intentando ignorar el temblor discreto de mis manos.

—¿Sabes qué?

—Que no tengo ese derecho.

Esperaba una disculpa. Tal vez una explicación sobre Connor, sobre el pacto, sobre lo complicado que era todo. Estaba lista para replicar, para cortar la conversación, para irme de ahí antes de que él volviera a convertir su miedo en una justificación aceptable.

Pero Jake no hizo eso.

Solo se pasó la mano por el pelo, miró hacia un lado un segundo y volvió a encararme con una honestidad que me incomodó.

—Sé que no puedo desaparecer, fingir que estoy haciendo lo correcto, y luego aparecer como si todavía pudiera cuidarte. Sé que eso es injusto. Sé que he sido injusto.

Se me encogió el pecho, y lo odié. Odiaba cada reacción mía hacia él, cada parte de mí que quería ablandarse cuando decía lo correcto. Porque decir lo correcto después de hacerlo todo mal no debería bastar.

—Entonces ¿por qué has aparecido? —pregunté.

Jake miró hacia donde se había ido Travis, y algo duro le cruzó el rostro. No era celos esta vez, o tal vez no eran solo celos. Había rabia, sí, pero también una especie de culpa protectora que parecía quemarlo por dentro.

—Porque vi que estabas incómoda.

—Yo lo habría manejado.

—Willow, sé que puedes defenderte. Nunca lo he dudado.

Reí sin humor.

—Qué gracioso. Casi todos a mi alrededor dicen eso justo antes de actuar como si fuera incapaz.

Él absorbió el golpe en silencio. A mi lado, Mia se acercó un poco, tocándome el brazo.

—¿Quieres irte? —preguntó, mirándome a mí, pero manteniendo a Jake dentro de su campo de visión, como si estuviera lista para morderlo, tal como había prometido.

Quería decir que sí. Habría sido lo más sensato. Salir de ahí con Mia, volver a la residencia, cerrar la puerta con llave y llorar en la ducha como una persona adulta y funcional. Pero Jake me estaba mirando de ese modo, sin ninguna de las máscaras que yo conocía, y sentí que, si me iba ahora, me quedaría atrapada para siempre en lo que él no había dicho.

Respiré hondo.

—¿Me das cinco minutos?

Mia me apretó la mano.

—Cinco. Seis como mucho. Después de eso, me invento una emergencia.

Mia le señaló a Jake con dos dedos, y luego se señaló los propios ojos, y volvió junto a la barra, manteniendo la distancia suficiente para darnos privacidad y la cercanía suficiente para recordarme que no estaba sola.

Jake esperó a que ella se alejara para hablar.

—¿Podemos salir de aquí?

Mi cuerpo se puso en tensión.

Él lo notó al instante.

—No para quedarme a solas contigo. Solo… hay mucho ruido. Podemos quedarnos delante del bar, donde pasa gente. O puedes decir que no, y hablo aquí mismo.

Aquella consideración me desarmó.

Asentí.

—Delante del bar.

Salimos juntos, pero sin tocarnos. La noche estaba fría, y el aire de fuera hizo que mis pulmones despertaran de golpe. Había algunos estudiantes fumando cerca de la entrada, una pareja discutiendo bajito junto al bordillo y un grupo riendo alto alrededor de un coche aparcado.

Jake se detuvo junto a la pared de ladrillo, manteniendo una distancia cuidadosa entre nosotros. Yo me apoyé en el lado contrario, cruzando los brazos para protegerme del frío y de él.

—Lo he estropeado todo —dijo.

—Eso ya lo has dicho con otras palabras.

—Lo sé. Pero necesito decirlo bien. Sin usar a Connor como escudo.

El corazón me dio un traspié, pero intenté no demostrarlo. Jake se miró las manos un segundo, como si buscara valor en ellas. Era extraño verlo así. Jake siempre parecía tan seguro, tan dueño de sí mismo, tan acostumbrado a ser deseado, admirado, seguido. En ese momento, parecía solo un chico de veintidós años dándose cuenta demasiado tarde de que el encanto no resolvía los sentimientos.

—Cuando dijiste que las clases se habían acabado, intenté respetarlo —empezó—. No porque no quisiera ir a buscarte. Quería. Dios, Willow, quería tanto que resultaba ridículo. Cada vez que te veía en el campus, tenía que convencerme de no cruzar el camino, de no llamarte, de no pedirte que me escucharas. Pero pensé que, si iba detrás de ti, estaría haciendo otra vez lo mismo: poner lo que yo quería por encima de lo que tú habías pedido.

Aparté la mirada hacia la calle, porque mirarlo mientras hablaba así era demasiado peligroso.

—¿Y hoy?

—Hoy he fallado.

—¿Porque has visto a otro tío cerca de mí?

—Porque te he visto incómoda. Y porque sí, una parte de mí ha odiado ver a otro tío cerca de ti. No voy a mentir. Pero los celos no son excusa. Lo sé.

Me quedé en silencio, intentando ordenar lo que sentía. Todavía había rabia. Mucha. Pero también había alivio porque él no intentaba fingir que era noble, puro, perfecto.

—Me hiciste daño —dije.

La frase salió simple, sin la fuerza que pretendía. Tal vez porque lo más agotador de estar herida era precisamente no tener energía para dramatizar.

Jake bajó la cabeza.

—Lo sé.

—No, Jake. Necesito que lo entiendas. No fue solo la mentira a Connor. Fue el modo en que me hiciste sentir después. Como si yo fuera demasiado ingenua para entender lo que me estaba pasando. Como si mi primera vez me hubiera vuelto incapaz de reconocer mis propios sentimientos.

Él dio un paso mínimo hacia mí, pero se detuvo antes de invadir el espacio entre nosotros.

—Nunca debí decir aquello.

—Pero lo dijiste.

—Porque tenía miedo.

—Yo también lo tenía.

Él me miró fijamente.

—¿De qué?

Solté una risa débil, mirando la acera.

—De todo. De que Connor lo descubriera. De que tú te arrepintieras. De aferrarme demasiado. De que todo el mundo me mirara y pensara que fui una idiota por confiar en el chico popular del equipo. De que te despertaras al día siguiente y te dieras cuenta de que solo fui una experiencia distinta para ti.

La expresión de Jake cambió, y había tanto dolor ahí que tuve que apartar la mirada de nuevo.

—Nunca fuiste una experiencia para mí.

—Pero era eso lo que yo era oficialmente, ¿no? Una clase. Un favor. Algo que nadie podía saber.

—No.

—Entonces ¿qué era?

La pregunta salió antes de que pudiera contenerla. La misma de antes, la que él nunca respondía. El aire entre nosotros se quedó inmóvil, y sentí que mi corazón se preparaba para otra decepción.

Jake se pasó la lengua por los labios, nervioso. Conocía esa expresión. Era la misma que ponía antes de saltar al hielo en los segundos finales de un partido apretado. Concentración y miedo mezclados, con la determinación ganándoles a ambos.

—Eras tú —dijo.

El pecho me dolió.

—Jake…

—Sé que siempre digo eso y lo odias porque parece que no explica nada. Pero para mí lo explica todo. Eras tú llamando a mi puerta, y yo ya estaba perdido antes de abrirla. Eras tú mirándome como si fuera alguien en quien podías confiar. Eras tú poniéndote roja cuando me acercaba, y aun así sin retroceder. Eras tú intentando ligar conmigo diciendo que mis ojos eran simétricos.

Se me escapó una risa, pequeña e inoportuna.

—Aquello fue un momento bajo.

—Fue el mejor cumplido raro que me han hecho nunca.

Quise sonreír. Casi sonreí. Pero el peso volvió deprisa, porque los buenos recuerdos eran peligrosos cuando el dolor todavía estaba tan cerca.

Jake respiró hondo.

—Nunca fue solo una clase. Intenté llamarlo así porque parecía más seguro. Más controlable. Pero nunca lo fue. No para mí.

El corazón me dio un latigazo, demasiado fuerte.

Lo miré, buscando alguna grieta o alguna vía de escape. No la encontré. Jake parecía serio de un modo que me daban ganas de creerle, y esa era la parte más aterradora.

—Entonces ¿por qué no lo dijiste cuando importaba? —pregunté.

Él tragó saliva.

—Porque fui un cobarde.

La respuesta llegó sin defensa.

No había nada que pudiera atacar ahí. Y por eso mismo, dolió más.

—Tenía miedo de perder a Connor —continuó Jake—. Miedo de destruir una amistad que me importa muchísimo. Miedo de que te dieras cuenta de que yo no era el tío indicado para darte ninguna lección sobre nada, porque estaba rompiendo todas las reglas por motivos que no tenían nada que ver con ayudarte.

—¿Qué motivos?

Él me miró.

Esta vez, no apartó la vista.

—Quería que me eligieras.

La frase me golpeó en el lugar más frágil del pecho.

Me quedé sin respuesta durante unos segundos. La calle parecía más silenciosa, a pesar de la gente pasando, de los coches, de las risas que llegaban de dentro del bar. Quería ser fuerte. Quería cruzar los brazos, levantar la barbilla y decirle que había perdido su oportunidad. Pero otra parte de mí, la misma que se había dormido escuchando su corazón, estaba cansada de fingir que no quería escuchar esas palabras.

—Lo hiciste —susurré.

Jake se quedó inmóvil.

Cerré los ojos, arrepentida de aquella vulnerabilidad en el mismo instante en que salió. Cuando volví a mirarlo, su expresión estaba deshecha, como si le hubiera entregado algo precioso y no supiera dónde ponerlo.

—Willow…

—No. No hagas que esto sea sencillo. Tú fuiste elegido por mí, Jake. Y por eso mismo dolió cuando actuaste como si yo fuera solo una complicación.

Él se acercó un poco más. Todavía había espacio entre nosotros, pero el aire ya parecía distinto. Más cálido. Más peligroso.

—No sé cómo arreglar esto.

—Tal vez no se pueda arreglar con una conversación.

—Lo sé.

—Y tal vez no consiga creerte solo porque ahora estás diciendo las cosas correctas.

—Eso también lo sé.

El problema era que, que Jake lo supiera, no hacía las cosas más fáciles. En realidad, las empeoraba, porque el Jake que tenía delante no era el que huía detrás de excusas. Era el que intentaba quedarse, incluso sin garantías. Y yo no sabía qué hacer con él.

El viento sopló más frío, y me estremecí. Jake lo notó al instante. Su gesto fue automático: la mano se movió como si fuera a quitarse la chaqueta para dármela. Entonces se detuvo a medio movimiento, tal vez recordando que hasta el cuidado necesitaba permiso ahora.

Aquello casi me rompió.

—Estoy bien —dije.

—Estás temblando.

—Es el frío, no fragilidad.

Su boca se curvó un poco.

—Iba a decir que las dos cosas pueden existir al mismo tiempo, pero siento que me darías un puñetazo.

—Un puñetazo verbal, tal vez.

—Los tuyos son peores.

Esta vez, sonreí. No mucho, pero lo suficiente para que Jake lo notara. Su mirada bajó hasta mi boca y volvió a subir demasiado rápido, como si se hubiera reprendido a sí mismo por ello.

El silencio cambió de nuevo.

De repente, era demasiado consciente de la distancia entre nosotros, del muro frío en mi espalda, de sus ojos sobre mí, del recuerdo de su cuerpo sobre el mío. Odiaba que el deseo no hubiera desaparecido junto con el dolor. El deseo era inoportuno, insistente, completamente irrespetuoso con mi necesidad de claridad emocional.

—No me mires así —murmuré.

Jake se puso serio.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras besarme.

Su respuesta llegó baja.

—Quiero.

El corazón me falló.

—Jake.

—No lo voy a hacer. Pero quiero.

Aquello era peor. Mucho peor.

Porque una cosa era resistirse a un hombre que avanzaba. Otra era resistirse a un hombre que se contenía porque tú merecías elegir. Jake plantado delante de mí, deseando y esperando, era mucho más peligroso que Jake tirando de mí por celos en una fiesta.

—Me lo estás poniendo difícil —dije.

—Lo sé.

—Deja de decir que lo sabes.

—Vale.

Por un segundo, casi nos reímos. Casi.

Entonces la puerta del bar se abrió, y Mia asomó la cabeza.

—¿Todo bien por aquí?

Me aparté de la pared como si me hubieran pillado haciendo algo malo, aunque no hubiera pasado nada. Jake se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y dio un paso atrás.

—Todo bien —respondí.

Mia me miró con atención, y después a Jake.

—Mis seis minutos se han convertido en casi quince. Debería estar molesta.

—Perdón.

—No me pidas perdón a mí. Yo tengo patatas fritas ahí dentro. Mi noche está resuelta. —Me señaló—. La tuya, no tanto.

Suspiré.

—Ya voy.

Jake pareció querer decir algo, pero se contuvo. Di un paso hacia la puerta, y luego me detuve. No sé por qué lo hice. Tal vez porque, a pesar de todo, no quería que esa conversación terminara con otra huida.

Me giré hacia él.

—Necesito tiempo.

Jake asintió.

—Te lo daré.

—Y espacio.

—También.

—Y nada de aparecer para intimidar a chicos que hablan conmigo.

Su mandíbula se tensó por instinto, pero volvió a asentir.

—Lo intentaré.

Levanté una ceja.

—Jake.

—Vale. Lo haré. Pero si alguien te hace sentir incómoda…

—Yo lo manejo.

—¿Y si me necesitas?

La pregunta se quedó entre nosotros con una suavidad inesperada.

Podría haber dicho que no lo necesitaría. Podría haber usado el orgullo como escudo. Pero la verdad era que no quería construir una vida en la que necesitar ayuda fuera lo mismo que perder autonomía.

—Entonces lo pido —respondí.

Su rostro se suavizó.

—Vale.

Mia abrió más la puerta del bar.

—Este momento de madurez emocional está precioso, pero de verdad creo que tus patatas se van a enfriar.

Volví adentro con ella, sintiendo la mirada de Jake en mi espalda hasta que la puerta se cerró. El calor del bar me envolvió de nuevo, junto con el ruido, la música y el olor a fritura. Todo parecía igual, pero yo no estaba igual. Había algo dentro de mí que no estaba resuelto ni curado, solo removido.

Mia me pasó una patata.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Suplicó? ¿Lloró? ¿Citó poesía? ¿Prometió dejar el hockey y vivir de amor en una cabaña?

—No.

—Decepcionante.

—Admitió que fue un cobarde.

Mia se detuvo con la patata a medio camino de la boca.

—Ah.

—Dijo que nunca fue solo una clase.

—Ah.

—Y que quería que lo eligiera.

Soltó la patata en el plato.

—Ah, este desgraciado es bueno.

—Mia.

—¿Qué? Estoy enfadada con él por principio, pero esa ha sido fuerte.

Apoyé los codos en la mesa y me tapé la cara con las manos un segundo.

—No sé qué hacer.

—No necesitas saberlo ahora.

—Ojalá lo hubiera dicho antes.

—Claro que sí. Te habría ahorrado semanas de sufrimiento.

Solté una risa débil. Mia sonrió, pero su mirada se volvió más tierna.

—Willow, puedes seguir queriéndolo y seguir dolida. Una cosa no anula la otra.

Ya lo sabía. O estaba intentando aprenderlo.

Nos quedamos media hora más en el bar, pero la noche había perdido el sentido. Travis no volvió, Jake tampoco entró. La conversación con Mia siguió ligera por esfuerzo de las dos, pero mi cabeza estaba fuera, atrapada en cada palabra que Jake había dicho.

Cuando por fin decidimos irnos, pedí un coche por aplicación, pero la espera era larga. Mia sugirió caminar hasta la avenida principal, donde sería más fácil encontrar transporte. El campus no quedaba lejos, y la calle estaba lo bastante concurrida como para parecer segura.

Estábamos casi en la esquina cuando oí mi nombre.

—¿Willow?

Mi cuerpo reconoció la voz antes de que me diera la vuelta.

Connor salía de la hamburguesería de al lado con dos jugadores del equipo. Uno de ellos era Jake.

Cómo no. Porque el universo aparentemente había decidido que la sutileza era una pérdida de tiempo.

Mi hermano me miró primero a mí, después a Mia, después a Jake. Su expresión cambió cuando se dio cuenta de que Jake ya me estaba mirando incluso antes de que Connor dijera mi nombre.

Fue algo pequeño, casi nada, pero Connor lo vio.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Salir —respondí, intentando sonar normal—. Mia y yo hemos venido a comer.

Mia levantó la mano con una sonrisa tensa.

—Patatas fritas terapéuticas.

Connor no sonrió. Su mirada volvió a Jake, que estaba muy callado. Demasiado callado. Jake, que normalmente habría hecho una broma, provocado a alguien, desviado la atención con facilidad, se limitó a quedarse al lado de mi hermano, con los ojos clavados en mí.

Busqué la mirada de Mia, pero ni siquiera ella tenía una broma esta vez.

—Jake —llamó Connor, sin apartar los ojos de mí—. ¿Sabías que ella estaba aquí?

La pregunta sonaba casual. No lo era.

Jake tardó medio segundo más de lo que debería.

—La he encontrado antes.

Connor giró el rostro hacia él.

—¿La has encontrado?

Mia soltó un taco por lo bajo.

Sentí que el pánico crecía, pero junto con él llegó otra cosa: cansancio. Un cansancio profundo de mentir, de esconder, de medir palabras, de calcular miradas. La conversación con Jake todavía seguía abierta dentro de mí, dolorida y demasiado honesta como para empujarla de vuelta hacia abajo tan rápido.

—Connor —empecé.

Él levantó la mano, sin mirarme.

—Espera.

El gesto me irritó de inmediato.

—No me mandes esperar como si fuera una niña.

Su atención volvió a mí, y la tensión entre nosotros creció. El otro jugador se dio cuenta y murmuró alguna excusa antes de alejarse. Mia se quedó a mi lado, firme como una guardaespaldas de metro sesenta y pintalabios rojo.

Connor volvió a mirarme a mí y después a Jake.

—¿Por qué hay este ambiente tan raro?

—No hay ningún ambiente raro —dije.

La mentira salió mal. Muy mal.

Connor entornó los ojos.

—Willow.

Jake dio un paso al frente.

—Bennett, déjalo estar.

Fue lo peor que podría haber dicho.

Connor se quedó inmóvil. Despacio, muy despacio, se giró hacia Jake.

—¿Por qué iba a dejarlo estar?

Jake no respondió.

El frío me entró por el cuello de la blusa, pero yo ardía por dentro, presa de los nervios, la rabia y una sensación horrible de que

la verdad estaba a punto de caer al suelo antes de que ninguno de los dos estuviera preparado para recogerla.

Connor me miró.

—¿Qué está pasando?

—Nada que tengas que resolver —respondí.

—Esa no era la pregunta.

—Pero es la respuesta que necesitas oír.

Soltó una risa sin humor.

—¿En serio? ¿Ahora tú y Jake tenéis conversaciones misteriosas en la calle, él me pide que lo deje estar y crees que no voy a preguntar?

Jake se pasó la mano por la nuca.

—Connor…

—No. —Mi hermano lo señaló—. Se lo estoy preguntando a ella.

Aquello me calló. Tal vez porque, por primera vez, Connor tenía razón en algo: la respuesta tenía que venir de mí, no de Jake, y no como protección ni como sacrificio. Era mi vida, y nadie iba a hablar por mí.

Pero antes de que pudiera decidir cuánto decir, Jake habló:

—Hoy he ido a buscarla.

Connor lo miró como si hubiera oído mal.

—¿Tú qué?

El corazón se me disparó.

—Jake…

Él no me miró. Siguió con los ojos fijos en Connor, el rostro tenso, los hombros rígidos.

—He ido a buscarla. Al bar. Estaba con Mia, y he querido hablar con ella.

Connor se quedó muy quieto. El tipo de quietud que precedía a sus peores explosiones.

—¿Por qué?

Jake por fin me miró a mí.

Y había tanto en esa mirada que casi olvidé el resto de la calle. Estaba arrepentido y asustado, y aun así ya había decidido algo.

Connor vio la mirada. Claro que la vio.

Su rostro cambió.

—¿Qué demonios está pasando entre vosotros dos?

Nadie respondió. No de inmediato.

Mia contuvo la respiración a mi lado. Jake cerró las manos en puños, no como amenaza, sino como si se estuviera sujetando a sí mismo en su sitio. Y yo me quedé ahí, en mitad de la acera, mirando a mi hermano y al hombre que me había enseñado mucho más de lo que había pedido.

La verdad estaba ahí, entera, imposible de esconder.

Y, por primera vez, no supe si quería huir de ella o dejar por fin que lo incendiara todo.

Capítulo 13

Jake

La pregunta de Connor quedó suspendida en medio de la acera como una cuchilla.

¿Qué demonios está pasando entre vosotros dos?

Nadie respondió.

Yo sabía jugar bajo presión. Sabía escuchar a la afición gritando mi nombre, sabía sentir a un rival venirse encima y decidir en menos de un segundo si esquivar, devolver el golpe o arriesgar una jugada absurda que podía costarle el partido entero al equipo.

Pero nada sobre el hielo me había preparado para la mirada de mi mejor amigo en ese momento.

Connor estaba a pocos pasos de mí, con los hombros tensos, la mandíbula rígida y los ojos alternando entre Willow y yo, como si intentara montar un rompecabezas que, en el fondo, ya sabía que no quería ver completo.

Willow estaba pálida, los brazos cruzados contra el cuerpo, Mia a su lado como una muralla pequeña y feroz. La calle seguía normal a nuestro alrededor: coches pasando, gente riendo a la salida del bar, estudiantes tropezando en la acera después de una noche demasiado larga. Era ridículo que el mundo no se hubiera detenido.

El mío sí lo había hecho.

—Connor —empezó Willow, la voz demasiado firme para alguien que parecía a punto de derrumbarse por dentro—. No hagas esto aquí.

Su rostro se contrajo.

—¿Hacer el qué?

—Convertir esto en un interrogatorio en medio de la calle.

—Entonces hay un «esto».

Willow apretó los labios.

Di un paso al frente antes de que ella tuviera que responder, pero la mirada que me lanzó fue clara: *no hables por mí.*

Me detuve.

Y ahí fue cuando entendí la magnitud de la cagada que llevaba cometiendo desde el principio. Me había estado diciendo a mí mismo que estaba protegiendo a Willow, pero, de un modo u otro, siempre intentaba tomar el control de la situación antes de que ella pudiera decidir lo que quería decir. Connor lo hacía como hermano. Yo lo hacía como cobarde disfrazado de héroe.

Ninguno de los dos dejaba respirar a Willow.

Connor me miró.

—¡Miller! —Me había llamado así toda la vida. Era la primera vez que sonaba como una amenaza—. ¿Qué está pasando?

Podía mentir.

La oportunidad estaba ahí. Pequeña, fea, pero posible. Podía decir que Willow estaba molesta con un tío del bar y que yo solo había intentado ayudar, que Connor estaba viendo algo donde no había nada. Podía sonreír, hacer una broma, comprar un día más de secreto y tal vez perder a Willow para siempre.

La miré.

Willow también me miraba a mí, y había miedo en sus ojos. No era solo miedo de Connor, ni de la pelea que se avecinaba. Era miedo de lo que yo haría con la verdad, ahora que por fin había llegado hasta mi garganta.

Estaba cansado de ser el tío que la decepcionaba.

Respiré hondo.

—Willow y yo nos estábamos viendo.

El silencio que vino después fue brutal.

Mia soltó un taco por lo bajo. Willow cerró los ojos, como si el impacto de las palabras le hubiera atravesado el cuerpo. Connor no

se movió. No parpadeó. No hizo nada durante tres segundos enteros.

Después, se rio. Fue una risa corta, vacía, peor que un grito.

—No. —Negó con la cabeza, mirándome como si hubiera dicho algo imposible—. No. Estás de broma.

—No lo estoy.

Su expresión cambió rápido. La incredulidad se convirtió en rabia. No aquella rabia ruidosa que Connor solía mostrar cuando algún rival hacía una jugada sucia. Era más profunda. Más personal. Una rabia que venía de un lugar herido.

—¿Me estás diciendo que has estado con mi hermana?

Willow dio un paso al frente.

—Connor, yo también estaba ahí.

Él ni siquiera la miró.

—Le estoy hablando a él.

Su tono encendió algo en mí.

—Entonces tal vez deberías hablar con ella también.

Connor se giró hacia mí, los ojos entornados.

—No me digas cómo hablar con mi hermana.

—Pues deja de hablar como si ella no estuviera aquí.

El aire entre nosotros se volvió más pesado.

Vi el momento exacto en que Connor perdió otro pedazo de control. Su rostro se puso rojo, los puños se cerraron a los lados del cuerpo, y por una fracción de segundo pensé que iba a golpearme ahí mismo, delante del bar, de Willow, de todo el mundo.

Casi preferí que lo hiciera. Habría sido más fácil que soportar esa mirada.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

La pregunta iba dirigida a mí, pero mis ojos fueron hacia Willow. No porque quisiera pedir permiso para hablar por ella, sino porque

aquello también le pertenecía a ella. El secreto había sido de los dos, y los errores también.

Ella respiró hondo.

—Unas semanas.

Connor por fin la miró a ella.

—i¿Unas semanas?!

—Sí —dijo ella, mirando fijamente a su hermano.

—Willow, estás hablando de mi mejor amigo.

—Y yo estoy hablando de mi vida.

—¿Sabes quién es?

La pregunta me golpeó a mí, pero golpeó mucho más a Willow.

Ella se enderezó.

—Lo sé.

—¿De verdad lo sabes? Porque yo sí lo sé. Conozco a Jake. Conozco el tipo de chica que pasa por su vida, conozco las fiestas, las historias, la fama. ¿Crees que tú eres diferente?

Aquello dolió.

No porque no mereciera parte de esa acusación. Tenía una fama. Tenía un pasado. Había tomado decisiones suficientes como para que Connor las usara en mi contra. Pero oír todo eso delante de Willow, como si ella fuera demasiado ingenua para saber a quién había elegido, hizo que algo feo se me subiera al pecho.

—Cuidado —dije.

Connor me encaró.

—Cuidado ¿con qué?

—Con cómo hablas de ella.

Dio un paso hacia mí.

—Tú no tienes derecho a decir ni una palabra sobre mi hermana.

—Tal vez no. Pero no me voy a quedar aquí escuchando cómo tratas a Willow como si fuera incapaz de decidir por sí misma.

—¿Decidir? —Connor escupió la palabra como si tuviera mal sabor—. ¿Ella lo pidió? ¿Fue eso? ¿La hiciste creer que tenía el control mientras te aprovechabas?

Willow pareció recibir una bofetada.

Mia reaccionó primero.

—Eh, cuidado cómo le hablas.

Pero Connor no me quitaba los ojos de encima.

Podría haberme quedado callado. Tal vez debería haberlo hecho. Tal vez lo correcto era tragarme la rabia y dejar que me odiara, porque buena parte de aquello era culpa mía. Pero había una línea que no dejaría que Connor cruzara, ni siquiera herido.

—Nunca me aproveché de ella.

—Entonces explícame cómo empezó esto.

La sangre desapareció de mi rostro.

Y Connor lo vio. Claro que lo vio.

Su mirada fue hacia Willow. Después volvió a mí con una comprensión lenta y horrible formándose.

—¿Cómo empezó, Jake?

Willow respiró hondo.

—Yo fui a buscarlo.

—¿Qué?

—Busqué a Jake.

Connor la miró como si no entendiera las palabras.

—¿Por qué?

Willow vaciló. Y en ese segundo, en ese único segundo en el que la vi atrapada entre la verdad y la vergüenza, supe que no podía dejar que cargara sola con el peso de la parte más vulnerable de aquella historia.

—Porque ella confiaba en mí —dije.

La voz de Connor salió baja.

—¿Para qué?

Toda la calle pareció encogerse.

Willow me miró, los ojos brillando de rabia y miedo. Tal vez pensara que iba a exponerlo todo, a arrojar su intimidad en medio de la acera para defenderme. Yo nunca haría eso. Ni aunque Connor me rompiera los huesos.

—Eso es entre nosotros dos —respondí—. Y ahí se va a quedar.

Connor se quedó inmóvil.

—¿Te acostaste con ella?

La pregunta llegó directa, cruel en el modo en que cortó el aire.

Willow palideció. Mia avanzó medio paso. Sentí que mi visión se estrechaba.

—No preguntes eso así —dije.

Connor me apuntó con un dedo al pecho.

—Te he preguntado si te acostaste con mi hermana.

—¡Connor! —estalló Willow—. ¡Para!

Esta vez, la miró a ella.

—Respóndeme.

—No voy a responder a una pregunta hecha así, como si tuvieras algún derecho sobre mi cuerpo.

La frase nos golpeó a todos.

Connor retrocedió un poco, pero no por mucho tiempo. Su rabia era demasiado grande como para dejar espacio a la reflexión. Estaba herido, traicionado, cegado por una imagen de Willow que tal vez nunca hubiera sido real: la hermanita intocable que necesitaba proteger de todos los hombres del mundo.

Incluido yo. Sobre todo yo.

—No lo entiendes —le dijo a ella, la voz más ronca—. No entiendes lo que hace este tío.

Willow rio, pero no había humor ahí.

—¿Ves? Es siempre lo mismo. Yo no entiendo. Yo no sé. Yo no me doy cuenta. Soy adulta hasta que decides que soy demasiado ingenua para tomar una decisión que no te gusta.

Connor se pasó las manos por el pelo.

—¡Porque es Jake!

—¡Sé quién es!

—¿Lo sabes? Porque hasta hace poco apenas podías mirarlo sin ponerte roja.

Se me encogió el pecho al ver cómo se cerraba el rostro de Willow. Ese era exactamente el tipo de detalle que Connor no debería usar como arma. Algo demasiado íntimo, demasiado pequeño, demasiado suyo.

—Basta —dije.

Connor se giró hacia mí de nuevo.

—No, Jake. Tú no dices «basta». Tú no mandas nada aquí.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? Porque parece que se te olvidó cuando decidiste poner las manos sobre mi hermana.

La primera punzada de rabia realmente peligrosa me atravesó el cuerpo.

—No hables de ella así.

Connor se acercó más.

—¿Por qué? ¿Vas a defender su honor ahora? ¿Después de habérmelo ocultado todo?

—Lo oculté porque fui un cobarde, no porque me avergonzara de ella.

—Ah, qué bonito. ¿Quieres una medalla por admitir que eres un cobarde?

—Connor —intentó Willow.

Él la ignoró.

—Me miraste a la cara, tío. A la cara. Te pregunté si había algo pasando y me mentiste.

—Mentí.

—Dejaste que dijera que confiaba en ti.

Esa dolió de verdad.

La rabia dentro de mí vaciló, dejando espacio a la culpa, porque ahí estaba el centro de todo. No era solo Willow, ni solo el pacto absurdo. Era la confianza de años, la confianza de hermano, rota por mí de un modo que no tenía arreglo sencillo.

—Lo sé —respondí.

—No, no lo sabes. —Su voz tembló un poco, y eso fue peor que el grito—. Eras mi hermano, Jake.

Por un segundo, no pude respirar.

Connor nunca decía ese tipo de cosas. Bromeábamos, discutíamos, nos insultábamos, nos apoyábamos. Pero no hablábamos así, directo al hueso. Y oír aquello en medio de una pelea, como una acusación y un duelo al mismo tiempo, me destrozó más de lo que cualquier puñetazo habría conseguido.

—Eres mi hermano —dije, bajo.

Él negó con la cabeza, los ojos duros.

—No. Un hermano no hace esto.

Willow se llevó una mano a la boca, como si el dolor de él también le doliera a ella. Y supe que esa era la parte que ella temía. No que Connor gritara. No que Connor me golpeara. La parte realmente mala era ver dos vínculos importantes rompiéndose al mismo tiempo y saber que ella estaba en el centro, aunque no tuviera ninguna culpa por existir.

—La culpa es mía —dije.

Willow se volvió hacia mí.

—Jake, no.

Sostuve la mirada de Connor.

—Acepté ocultarlo. Acepté mentir. Acepté seguir adelante aun sabiendo que iba a hacer daño a todos si la verdad salía a la luz. Así que, si quieres odiar a alguien, ódiame a mí.

Connor soltó una risa amarga.

—Qué generoso.

—No es generosidad.

—Entonces ¿qué es?

Miré a Willow.

Por un segundo, olvidé a Connor, la calle, el frío. Ella estaba ahí, intentando ser fuerte, pero sus ojos me lo entregaban todo. Había miedo y había rabia, y debajo de los dos algo que todavía se parecía peligrosamente al amor.

Había estropeado muchas cosas. Pero no iba a mentir más sobre ella.

—Es porque ella no fue un error para mí —dije.

Willow contuvo la respiración.

Connor se quedó quieto, mirándome como si acabara de clavarle el cuchillo más hondo.

—No —dijo, bajo.

Sabía que debería parar. Sabía que aquella confesión, en ese momento, delante de él, tal vez sonara como una provocación. Pero ya era tarde para ser cobarde.

—Me equivoqué contigo. Me equivoqué con ella. Me equivoqué al ocultarlo. Pero no voy a fingir que Willow fue una tontería de fiesta, Connor. No lo fue.

Su rostro se cerró del todo.

—Cállate.

Willow dio un paso al frente.

—Connor, escucha…

—No. —Me señaló a mí, pero miraba a ella—. ¿No lo ves? Es lo que hace. Habla bonito, parece sincero, y dentro de dos semanas estará con otra chica puesta con su sudadera.

La frase fue tan injusta, tan rastrera, que Willow pareció quedarse sin aire.

Y yo perdí el control.

Agarré a Connor por delante de la chaqueta y lo empujé contra la pared de la hamburguesería antes de pensarlo mejor. No llegó a ser un puñetazo, pero fue fuerza suficiente para que Mia gritara mi nombre y Willow avanzara.

—No hables de ella como si fuera desechable —gruñí.

Connor me sujetó las muñecas, los ojos ardiendo.

—Quítame las manos de encima.

—Entonces deja de hacerle daño solo porque estás furioso conmigo.

Me empujó hacia atrás.

Retrocedí un paso. Fue todo lo que necesitó.

El puñetazo llegó rápido, golpeándome la mandíbula con fuerza suficiente para girarme la cara. El dolor estalló caliente, metálico, familiar. Ya había recibido golpes antes. Muchos. Sobre el hielo, en peleas, en partidos que se salían de control. Pero ese puñetazo llevaba dentro años de amistad rota.

Mia volvió a gritar. Willow se puso entre nosotros antes de que pudiera decidir si le devolvía el golpe.

—¡Parad! —gritó.

Su voz cortó la calle.

Connor respiraba con fuerza, el puño todavía cerrado. Me llevé la mano a la comisura de la boca y sentí sangre en el pulgar. El sabor a hierro se me extendió por la lengua.

No le devolví el golpe.

No porque no quisiera. Una parte primitiva de mí quería hacerlo. Pero había otra parte, más grande, que miraba a Willow entre nosotros dos y entendía que cualquier golpe mío la alcanzaría a ella de algún modo.

—¿Estás bien? —preguntó ella, girándose hacia mí.

La pregunta le salió por reflejo. Vi el instante exacto en que se dio cuenta e intentó retroceder emocionalmente, como si cuidar de mí traicionara la rabia que todavía sentía.

Connor también lo vio.

Su mirada se rompió antes de endurecerse.

—¿Estás preocupada por él?

Willow se giró hacia su hermano.

—¡Estoy preocupada por los dos, actuando como idiotas en medio de la calle!

—Se lo merecía.

—Tal vez. Pero no tenías derecho a golpearlo por mí.

—¿Por ti? —Connor rio, incrédulo—. ¿Crees que esto ha sido solo por ti?

La frase se quedó suspendida en el aire.

Y lo entendí. No me había golpeado solo por Willow. Me había golpeado también por él. Por la confianza rota. Por las conversaciones en el vestuario. Por los años en que me dejó entrar en la casa de su familia, cenar en su mesa, meterme con Willow en la cocina, dormir en el sofá después de las fiestas, ser tratado como alguien de fiar.

Y yo había cogido todo eso y había mentido.

—Connor —dije, la voz más baja—. Lo siento mucho.

Me miró como si mis palabras fueran basura.

—No me hables.

Willow se pasó las manos por la cara. Parecía agotada, y algo dentro de mí dolió más que la mandíbula. Quería tocarla, preguntarle si estaba bien, sacar a todo el mundo de ahí, pero ya no tenía derecho a nada de eso.

—Yo me voy —dijo Mia, sujetando el brazo de Willow—. Y tú te vienes conmigo.

Willow no se movió.

Connor dio un paso hacia ella.

—Sí. Tú te vienes conmigo.

Aquello volvió a encender la chispa en sus ojos.

—No me voy contigo porque tú lo digas.

—Willow…

—No. —Su voz tembló, pero ella no retrocedió—. Acabas de descubrir algo que no querías saber, lo entiendo. Estás dolido, eso también lo entiendo. Pero deja de actuar como si pudieras cogerme del brazo y decidir adónde voy, con quién hablo y qué hago.

Connor abrió la boca, pero ella continuó.

—No soy tu hija. No soy tu responsabilidad. Soy tu hermana. Y me llevas asfixiando tanto tiempo que tuve que esconder mi vida porque sabía que harías exactamente esto.

Él palideció un poco.

—Solo quería protegerte —dijo.

Willow respiró hondo, y su rabia cedió por un instante, dejando ver la tristeza debajo.

—Lo sé. Pero no te das cuenta de que, a veces, protegerme se parece muchísimo a no confiar en mí.

Connor se quedó callado. Yo también.

Mia le apretó el hombro a Willow con cuidado, pero no tiró de ella. Dejó que se quedara. Dejó que decidiera. Tal vez Mia fuera la única persona en esa acera que de verdad entendía lo que Willow necesitaba.

Entonces Connor volvió a mirarme, y la dureza regresó.

—Te alejas de ella.

Todo mi cuerpo se puso en tensión.

—Connor —dijo Willow.

—No. Él se aleja de ti.

Debería haberlo ignorado. Debería haber dicho que no era decisión suya. Debería haber mirado a Willow, no a su hermano. Pero la voz de Connor todavía venía cargada de herida, y la culpa dentro de mí era tan grande que, por un segundo, dejé que me atrapara.

—Si es lo que Willow quiere —dije.

Sus ojos encontraron los míos.

Toda la calle pareció desaparecer de nuevo.

No se lo preguntaba a Connor. Ya no. Se lo preguntaba a ella. Y tal vez fuera injusto ponerle ese peso encima en medio del caos, después de una pelea, después de una exposición que ninguno de los dos había planeado. Pero necesitaba que supiera que, esta vez, no iba a decidir por ella.

Willow abrió la boca. No salió nada.

Vi la lucha en su rostro, el daño que le había causado, el cariño que no quería sentir y el cansancio debajo de todo. Sobre todo, vi que no lo sabía.

Y yo no podía usar su indecisión como permiso.

Asentí, sintiendo que el pecho se me hundía.

—Está bien.

—Jake... —dijo ella, y mi nombre en su voz casi me hizo quedarme.

Pero no podía. No mientras estuviera rodeada de un dolor que yo había ayudado a crear.

—Mereces espacio —dije, lo bastante bajo como para que solo ella lo oyera—. De mí también.

Su rostro cambió, como si aquello doliera. Tal vez doliera para los dos.

Connor soltó un sonido amargo.

—Qué noble.

No lo miré. Si lo hacía, tal vez la rabia volvería.

Me pasé el pulgar por la comisura de la boca, sentí más sangre y di un paso atrás. Mia todavía sujetaba a Willow por el brazo. Connor estaba rígido, roto y furioso. Willow parecía dividida entre correr y quedarse de pie solo por orgullo.

Tenía ganas de pedirles perdón a todos. Pero algunas disculpas, dichas demasiado pronto, solo parecían un intento de minimizar el daño para quien lo había causado.

Así que hice lo único que todavía podía hacer.

Me marché.

Cada paso alejándome de ella se sintió mal. El frío golpeó con más fuerza cuando doblé la esquina, y solo entonces me di cuenta de que me temblaban las manos. No por el golpe. No por la adrenalina. Por ella.

Por el modo en que Willow había dicho que no era propiedad de nadie, por su silencio cuando Connor me ordenó que me alejara, por mi nombre escapando de su boca cuando decidí darle espacio.

Me apoyé en la pared lateral de un edificio y cerré los ojos.

La mandíbula me palpitaba. La boca me sangraba. Mi mejor amigo me odiaba. La chica de la que estaba enamorado tal vez no supiera si quería volver a verme.

Y, aun así, lo peor era otra cosa.

Por primera vez, había dicho parte de la verdad. Demasiado tarde.

Cuando llegué al piso, los chicos estaban en el salón. Uno de ellos empezó a preguntar por la sangre, pero se calló en cuanto vio mi cara. Pasé de largo, cerré la puerta del cuarto y me quedé a oscuras, sentado en el borde de la cama.

El móvil me vibró varias veces.

No era Connor. Tampoco era Willow.

Menos mal. O tal vez no.

Tiré el teléfono sobre el colchón y apoyé los codos en las rodillas. La cama parecía enorme y vacía, el cuarto demasiado silencioso. En la silla, la camiseta que Willow había usado seguía ahí, doblada por la mitad, como un recuerdo cruel de una mañana en la que casi había creído que existía un camino sencillo para nosotros.

No existía. Pero tal vez los caminos sencillos nunca hubieran sido para gente como yo.

Cogí la camiseta, apreté la tela entre las manos y dejé caer la cabeza.

Había perdido a Connor esa noche. Tal vez había perdido a Willow también.

Y lo peor era saber que, si pudiera volver al principio, todavía abriría esa puerta para ella. Todavía diría que sí. Todavía elegiría a Willow Bennett.

La diferencia era que ahora sabía que amar a alguien en secreto no era protegerla.

Era solo otra forma de perderla.

Capítulo 14
Willow

Mia no dijo nada en todo el camino de vuelta a la residencia.

Eso, por sí solo, ya era prueba de que la noche había superado todos los límites aceptables del desastre. Mia siempre tenía algo que decir. Un comentario afilado, una broma inoportuna, una amenaza pintoresca contra hombres emocionalmente incompetentes. Pero esa noche se limitó a caminar a mi lado, sujetándome del brazo como si pudiera desplomarme en mitad de la acera.

Y tal vez pudiera.

Todavía sentía el sonido del puñetazo resonando dentro de mí. No el ruido real, seco y horrible, de la mano de Connor golpeando la cara de Jake. Era otro sonido. Más profundo. Como si algo se hubiera resquebrajado entre los tres a la vez, y yo no supiera qué trozo intentar sujetar primero.

Connor me había mirado como si fuera una desconocida. Jake se había ido con sangre en la boca. Y yo me había quedado plantada en medio de la calle, incapaz de decir la única cosa que tal vez podría haberlo cambiado todo.

Quédate.

La palabra seguía atascada en mí cuando Mia abrió la puerta de la habitación y me empujó dentro con delicadeza. El ambiente estaba igual que siempre: mi pila de libros en el escritorio, la manta amarilla sobre la cama, los post-its pegados en la pared con las fechas de entrega de los trabajos, la taza olvidada junto al portátil. Era injusto que la habitación pareciera tan normal cuando yo me sentía completamente distinta.

—Siéntate —ordenó Mia, cerrando la puerta.

Obedecí porque mis piernas realmente no parecían dispuestas a seguir sosteniéndome. Me senté en el borde de la cama, todavía con

la blusa de la noche puesta, el pelo revuelto por el viento y las manos heladas en el regazo. Mia se quitó los zapatos, cogió una botella de agua, me la puso en la mano y después se arrodilló delante de mí.

—Bebe.

—Me estás tratando como si hubiera sufrido un accidente.

—Amiga, has sufrido un choque en cadena emocional con un jugador de hockey, un hermano posesivo y un secreto pésimo. Así que bebe el agua.

La risa que se me escapó fue débil y quebrada, pero salió. Di un trago. Después otro. La garganta me dolía, como si hubiera estado gritando toda la noche, aunque apenas había dicho la mitad de lo que quería.

Mia me observó con cuidado.

—¿Quieres hablar o quieres que insulte a los dos unos minutos para caldear el ambiente?

Miré la botella entre mis dedos.

—No sé qué quiero.

—Eso también vale.

Nos quedamos calladas. Fuera, alguien se reía en el pasillo, probablemente volviendo de una fiesta o de una noche mucho mejor que la mía. El sonido me pareció lejano, casi ofensivo. No quería que otras personas estuvieran viviendo con normalidad mientras Connor y Jake se destrozaban por mi culpa.

No. Por mi culpa no.

La corrección llegó despacio, pero llegó.

Ellos no se habían destrozado por mi culpa. Se habían destrozado porque mintieron, porque controlaron, porque hicieron promesas sobre mí sin contar conmigo, porque cada uno decidió que sabía qué era lo mejor y dejó mi voz para el final. Y, cuando por fin me tocó a mí hablar, los dos ya estaban demasiado heridos para escuchar bien.

—Me siento culpable —murmuré.

Mia no pareció sorprendida.

—Lo sé.

—Pero también estoy furiosa.

—Eso también lo sé.

—Y eso me hace sentir más culpable todavía.

—Willow, acabas de descubrir el triángulo infernal de la vida adulta: culpa, rabia y ganas de llorar en la ducha.

Apreté la botella con más fuerza.

—Connor estaba muy dolido.

—Sí.

—Y Jake…

La voz se me quebró antes de terminar.

Jake yéndose, limpiándose la sangre de la boca, mirándome antes de alejarse como si me estuviera entregando el espacio que yo había pedido y, al mismo tiempo, dejándome con la peor sensación del mundo.

—Él también lo estaba —completó Mia, con menos veneno del que esperaba.

La miré.

—¿Estás defendiendo a Jake?

—No exageres. Todavía estoy considerando tirarlo por una escalera pequeña. Pero parecía destrozado.

Esa imagen no ayudó. Me llevé una mano a la cara y me presioné los ojos con los dedos, intentando impedir que llegaran las lágrimas. Era ridículo, porque llevaba días diciéndome a mí misma que necesitaba ser fuerte. Que necesitaba dejar de esperar a que Jake eligiera. Que necesitaba no convertirme en la chica que llora por un chico popular que no sabe lo que quiere.

Solo que Jake sí lo sabía. Ese era el problema.

En esa acera, lo supo. Dijo que yo no había sido un error. Se marchó no porque Connor se lo ordenara, sino porque yo no fui capaz de pedirle que se quedara. Y ahora no sabía si eso era respeto o una despedida.

—No quería que se fuera —confesé.

Mia respiró hondo y se sentó a mi lado.

—Entonces ¿por qué no lo dijiste?

La respuesta parecía sencilla hasta que intenté encontrarla.

—Porque tenía miedo. Porque Connor estaba ahí. Porque todavía estaba dolida. Porque, si le hubiera pedido a Jake que se quedara en ese momento, habría parecido que estaba eligiendo un bando.

—¿Y crees que tienes que elegir?

—No lo sé. Parece que todo el mundo espera eso de mí.

Mia apoyó la cabeza en mi hombro un segundo, un gesto raro de cariño silencioso.

—Tal vez ese sea exactamente el problema. Todo el mundo espera algo de ti. Connor espera que sigas siendo la hermana que él protege. Jake espera que le des tiempo para arreglar el destrozo. Tú esperas de ti misma que seas madura, firme, clara y emocionalmente estable a las dos de la madrugada después de presenciar una pelea en la calle.

Cerré los ojos.

—¿Y qué debería esperar?

—Que esos dos gestionen sus propias decisiones sin convertirte a ti en premio, culpa o campo de batalla.

La frase se fue asentando despacio. Premio, culpa, campo de batalla: era exactamente así como me había sentido en aquella acera. Como si Connor y Jake estuvieran discutiendo sobre mí sin llegar a verme por completo. Connor veía a la hermana que necesitaba proteger. Jake veía a la chica a la que necesitaba ahorrarle dolor. Y yo estaba cansada de que me definiera el miedo de los demás.

El móvil me vibró encima de la cama.

El nombre de Connor apareció en la pantalla. Después desapareció. Después volvió a aparecer con un mensaje.

Connor: ¿Has llegado?

Me quedé mirando la pantalla hasta que se apagó.

Mia no dijo nada. No intentó coger el móvil, no opinó, no me metió prisa. Solo se quedó ahí.

Después de casi un minuto, respondí.

Yo: He llegado.

Su respuesta llegó rápido.

Connor: Tenemos que hablar.

Se me encogió el estómago. No es que no quisiera hablar con mi hermano. Sí quería. Lo necesitaba. Pero no esa noche, no con el cuerpo todavía temblando y la imagen de su puño golpeando a Jake repitiéndose en mi cabeza.

Yo: Hoy no.

Aparecieron tres puntitos. Desaparecieron. Volvieron a aparecer.

Connor: Willow, por favor.

La palabra *por favor* casi me rompe. Connor no usaba «por favor» conmigo cuando estaba en modo protector. Ordenaba, presionaba, insistía. Ese «por favor» venía de mi hermano de verdad, el chico que me enseñó a andar en bici y después lloró a escondidas cuando me caí y me rasguñé la rodilla. Venía del Connor que hacía tortitas horribles cuando yo estaba triste y fingía que eran «estilo gourmet».

Aun así, necesitaba elegirme a mí primero.

Yo: Mañana. Hoy necesito respirar.

Esta vez, tardó más.

Connor: Vale. Avísame si necesitas algo.

Casi escribí: *necesito que confíes en mí.* Casi.

En vez de eso, bloqueé el móvil y lo dejé junto a la almohada. Mia me observaba con una expresión orgullosa y triste a la vez.

—Eso ha estado bien —dijo.

—Ha parecido horrible.

—Los límites suelen parecer horribles cuando la gente está acostumbrada a cruzarlos.

Esa era una de esas frases que odiaba precisamente porque era cierta.

Esa noche me duché con agua caliente hasta que la piel se me puso roja y me puse el pijama más ancho que encontré. Pensé que no conseguiría dormir, pero el cansancio llegó pesado. Aun así, antes de apagar la luz, desbloqueé el móvil una última vez.

Ningún mensaje de Jake.

No sé si me sentí aliviada o decepcionada. Tal vez las dos cosas.

A la mañana siguiente, me desperté con los ojos hinchados y la cabeza palpitando. Mia había dejado un paquete de galletas en mi mesa con una nota: *desayuno de emergencia para mujeres en reconstrucción.*

Sonreí a pesar de todo.

Las clases me parecían imposibles, así que le escribí un correo al profesor de la mañana diciendo que estaba indispuesta. No era mentira. Estaba indispuesta a existir en público.

Pasé horas en la habitación intentando estudiar, pero mis apuntes se convirtieron en garabatos sin sentido. En algún momento, cogí la sudadera de Jake que todavía seguía escondida al fondo del armario. Debería devolvérsela. Debería lavarla, doblarla, entregársela a través de Mia o dejarla en su puerta como una persona adulta y civilizada.

En vez de eso, me senté en la cama con la tela en el regazo.

Era solo una prenda de ropa. Algodón, olor a suavizante, un número en la espalda. Pero mi cuerpo recordaba la lluvia, su mano

tocando mis dedos escondida por la manga, el modo en que dijo que no quería que me pusiera enferma.

Jake se había equivocado. Mucho. Yo también había salido herida por su culpa. Pero ningún error borraba el modo en que me miró cuando admitió que yo no había sido un error.

El toque en la puerta llegó a primera hora de la tarde.

Pensé que sería Mia, pero cuando abrí, Connor estaba al otro lado.

Tenía un aspecto pésimo. El pelo despeinado, los ojos cansados, y un pequeño corte en los nudillos de la mano derecha. Se me quedó la mirada clavada ahí. Connor lo notó y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, como si pudiera esconder lo que los dos ya habíamos visto.

—Dijiste mañana —dijo.

—Técnicamente, dije mañana ayer. Así que sí.

El intento de humor no funcionó. Él no sonrió. Yo tampoco.

Le hice sitio para que entrara. Connor entró despacio, como si ya no supiera si tenía permiso para ocupar mi mundo del modo en que antes lo ocupaba. Eso me dolió, pero una parte de mí pensó que tal vez fuera necesario. Tal vez los dos necesitábamos reaprender dónde estaban las fronteras.

Se detuvo cerca de mi escritorio, mirando los libros, los post-its, la taza, como si buscara algo conocido a lo que aferrarse.

—¿Estás bien? —preguntó.

La pregunta se parecía tanto a la de Jake que casi me reí, pero no había humor en mí.

—No mucho.

Connor se pasó la mano por la cara.

—Lo siento mucho.

Esas tres palabras se quedaron entre nosotros. Simples. Pesadas.

Crucé los brazos.

—¿Por qué?

Él abrió los ojos.

—Por haber gritado. Por la calle. Por... —Miró su propia mano en el bolsillo—. Por haberle pegado.

Se me encogió el pecho al oír «él», sin nombre. Como si decir Jake fuera demasiado difícil.

—¿Y por mí? —pregunté.

Connor frunció el ceño.

—Claro que por ti.

—No. Me refiero a: ¿sientes mucho haberme tratado como si no tuviera derecho a decidir? ¿O solo lo sientes porque la situación se te fue de las manos?

La pregunta le impactó. Lo vi en el modo en que respiró hondo y apartó la mirada.

—No sé hacerlo —admitió.

—¿Hacer el qué?

—Verte crecer.

El corazón me dio un vuelco.

Connor soltó una risa pequeña y amarga, todavía sin mirarme.

—En mi cabeza, sigues siendo la niña que entraba en mi cuarto llorando porque había tenido una pesadilla. La chica que iba a buscar al colegio porque unos idiotas se metían con sus libros. Sé que tienes veinte años. Lo sé. Pero hay una parte de mí que te mira y solo quiere impedir que nada malo se acerque a ti.

La rabia dentro de mí se suavizó, pero no desapareció. Era difícil ser inmune al amor de Connor cuando por fin aparecía sin armadura. Pero el amor no borraba el daño.

—Lo entiendo —dije—. De verdad. Pero no puedes protegerme de mi propia vida.

Él me miró.

—Jake no es una elección cualquiera.

—Lo sé.

—Es mi mejor amigo.

—Lo sé.

—Era.

La palabra cayó dura.

Aun así, me obligué a no convertir el dolor de ambos en mi responsabilidad. No era mi obligación arreglar a Connor y a Jake antes de entender qué quería yo misma.

—Eso es entre vosotros dos —dije.

Connor rio sin humor.

—¿Cómo puede ser entre nosotros si te involucra a ti?

—Porque yo no soy la traición, Connor. La mentira sí lo fue. El pacto entre vosotros sí lo fue. Que Jake te lo ocultara sí lo fue. Pero yo no soy lo que está mal en esta historia.

Él me miró durante un largo momento. Después bajó la vista.

—Lo sé.

La respuesta salió tan baja que casi no la oí.

Ese tono dolió más que cualquier grito.

—¿De verdad lo sabes?

Connor se pasó la mano libre por el pelo.

—Estoy intentando saberlo.

Era más honesto de lo que esperaba. Tal vez no fuera suficiente, pero era algo.

Nos quedamos en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, mi hermano no intentó llenar el espacio con órdenes, preguntas o soluciones. Solo se quedó ahí, incómodo, lidiando con el hecho de que tal vez no pudiera arreglarlo todo.

—¿Te gusta? —preguntó por fin.

La pregunta llegó sin agresividad. Eso la hizo más difícil.

Podría haber mentido, decir que no lo sabía, que era confuso, que había sido un error. Habría sido más fácil para Connor oír eso, y tal vez más fácil para mí también.

Pero estaba cansada de facilitarles la vida a los demás a costa de mi propia confusión.

—Me gusta.

Connor se quedó inmóvil.

Continué antes de perder el valor.

—Y estoy dolida con él. Las dos cosas son ciertas.

Tragó saliva y asintió, aunque parecía que cada movimiento le costaba.

—¿Le gustas tú a él?

La pregunta me hizo mirar la sudadera doblada sobre la cama. Connor siguió mi mirada. Vi el momento en que reconoció el número de Jake en la espalda.

Su expresión se cerró, pero no estalló.

Fue un progreso pequeño, casi minúsculo, pero fue un progreso.

—Creo que sí —respondí.

—¿Crees?

Sonreí con tristeza.

—Los sentimientos serían mucho más prácticos si vinieran con recibo.

Connor soltó una risa débil, y durante medio segundo volvimos a parecer nosotros mismos. Hermanos, y no dos bandos de una guerra que nadie debería haber empezado.

Después su sonrisa murió.

—No sé si puedo aceptar esto.

La honestidad dolió, pero prefería eso a las amenazas.

—No te estoy pidiendo permiso.

Asintió despacio.

—Lo sé.

—Pero me gustaría que intentaras escucharme antes de decidir que sabes qué es lo mejor.

Connor me miró el tiempo suficiente para que viera cuánto estaba luchando consigo mismo.

—¿Y si te hace daño?

Pensé en Jake, en la mentira y en el dolor, pero también en su mano sujetando la mía, en su voz preguntándome si estaba bien, en el cuidado con que me tocó, en el valor tardío con el que por fin dijo parte de la verdad.

—Entonces sobreviviré —dije—. Y necesitaré a mi hermano, no a mi carcelero.

Connor cerró los ojos.

Cuando los abrió, había un brillo peligroso ahí, pero no dejó que las lágrimas cayeran. Connor Bennett preferiría recibir un disco de hockey en la cara antes que llorar delante de alguien, sobre todo delante de mí.

—No quiero perderte —dijo.

Aquello rompió algo dentro de mí.

Di un paso y lo abracé.

Él tardó un segundo en reaccionar. Después me apretó con fuerza, como hacía cuando éramos más pequeños y fingía que yo estaba siendo dramática, pero se quedaba hasta que dejaba de llorar. Esta vez, ninguno de los dos fingió nada.

—No me vas a perder —murmuré contra su chaqueta—. Pero tienes que dejarme vivir.

Connor asintió, con la barbilla apoyada en mi cabeza.

—Lo voy a intentar.

No era una solución ni un final feliz, pero era una puerta entreabierta.

Después de que se marchara, me quedé de pie en medio de la habitación durante un largo rato. La conversación me dejó más ligera y más triste a la vez. Connor todavía no lo aceptaba. Jake todavía estaba distante. Yo todavía no sabía qué hacer con todo lo que sentía.

Pero una cosa estaba clara.

Ya no quería más amor escondido.

Si Jake me quería, tendría que quererme entera. En voz alta. Sin clases como excusa, sin Connor como muro, sin que el miedo decidiera por nosotros.

Y, si él no era capaz, yo tendría que quererme lo suficiente como para dejarlo ir. Aunque doliera.

Capítulo 15

Jake

El entreno de esa tarde fue un desastre incluso antes de que pisara el hielo.

Connor no me habló en el vestuario. No me insultó, no me provocó, no me tiró una toalla a la cabeza ni se quejó del modo en que enrollaba la cinta en el palo. Simplemente entró, se puso el equipo y actuó como si yo fuera un desconocido ocupando espacio en el banco de al lado.

Aquello fue peor que la rabia.

La rabia la entendía. La rabia tenía movimiento, calor, respuesta. El silencio de Connor era frío. Quirúrgico. Un muro construido con años de amistad y una noche de traición.

Los demás chicos se dieron cuenta, claro. Los jugadores de hockey podían no ser maestros de la sensibilidad emocional, pero eran excelentes detectando tensión en el vestuario. Las conversaciones bajaron de volumen. Las bromas murieron antes de llegar al final. Nadie preguntó por el corte en mi labio ni por los nudillos magullados de Connor. Al menos tenían algo de instinto de supervivencia.

Sobre el hielo, fue peor.

Connor no me pasaba el disco.

Al principio, intenté fingir que era coincidencia. Una jugada, dos, tres. Después se hizo evidente. Elegía opciones peores, forzaba pases más arriesgados, cualquier cosa con tal de no depender de mí. El entrenador se dio cuenta enseguida.

—¡Bennett! ¡Miller! —gritó—. ¿Estáis entrenando conmigo o protagonizando una telenovela adolescente?

Nadie se rio.

Connor volvió patinando a la formación sin mirarme. Yo apreté el palo con fuerza.

Era patético. Los dos éramos mejores que eso. Sabíamos jugar heridos, cansados, furiosos. Ya habíamos ganado partidos después de peleas feas, notas malas, resacas peores. Pero aquello era distinto porque la herida no estaba fuera del hielo.

Estaba entre nosotros.

En el siguiente ejercicio, Connor volvió a ignorar mi posición, intentó una jugada individual y perdió el disco. El equipo rival del entreno avanzó, marcó fácil, y el entrenador estuvo a punto de tragarse el silbato de la rabia.

—¡Basta! —gritó—. Vosotros dos, fuera.

Connor se detuvo.

—Entrenador…

—He dicho fuera, Bennett.

Patinamos hasta el lateral en silencio. Me quité el casco y lo tiré al banco con más fuerza de la necesaria. Connor hizo lo mismo. El entrenador vino hacia nosotros, rojo de irritación.

—No sé qué mierda ha pasado entre vosotros, y sinceramente me da igual. ¿Queréis odiaros? Genial. Hacedlo lejos de mi hielo. Aquí dentro, o jugáis como equipo o no jugáis.

Connor miró al frente, la mandíbula tensa. Me limpié el sudor de la frente con la manga.

—Entendido —dije.

—No quiero un «entendido», Miller. Quiero actitud.

Se marchó, gritándole a otro jugador, y nos dejó lado a lado en el banco. El silencio entre nosotros era tan denso que casi podía oírlo por encima del sonido de los patines sobre el hielo.

—¿Vas a joder al equipo por mi culpa? —pregunté.

Connor soltó una risa baja, sin mirarme.

—¿Por tu culpa? Vaya. Hasta estás aprendiendo.

Me mordí la parte interna de la mejilla. Me lo merecía. Eso no lo hacía más fácil de oír.

—Si quieres odiarme, ódiame después del entreno.

—No me digas cuándo odiarte.

—Connor.

Se giró hacia mí de golpe, los ojos duros.

—No me hables como si estuviéramos bien.

La frase me calló. Porque no estábamos bien. Y tal vez no lo estaríamos durante mucho tiempo.

Después del entreno, me duché rápido y salí antes de que el vestuario se convirtiera en escenario de otra escena. No quería pelearme con Connor delante de todo el equipo. Ya había expuesto a Willow bastante. Ya la había convertido en motivo de cotilleos suficiente.

Volví a casa, pero no conseguí quedarme ahí. El piso parecía demasiado pequeño para todo lo que estaba intentando no sentir. Había un mensaje de mi madre preguntando por el partido del fin de semana, tres notificaciones de un grupo del equipo y ningún mensaje de Willow.

Le había dicho que le daría espacio.

Nunca imaginé que dar espacio pudiera doler tanto.

Cogí la camiseta que ella había usado y me quedé mirándola como un idiota. Era solo ropa. Lo sabía. Pero Willow tenía la molesta costumbre de convertir cosas normales en lugares de memoria. Mi cama se había convertido en uno de ellos, y la camiseta doblada sobre la silla también.

Dejé la prenda ahí antes de hacer algo patético, como mandarle un mensaje preguntándole si quería quedarse con la camiseta, solo para tener una excusa para hablar con ella.

Necesitaba hacer algo.

No con Willow. Todavía no. Ella había pedido tiempo y espacio, y se lo debía. Pero había otra verdad esperando, y estaba cansado de dejar que el miedo decidiera el orden de las cosas.

Connor necesitaba oírlo de mí.

No en la calle, no en el calor de la pelea, no en medio de Willow intentando mantener los pedazos en su sitio. De mí. Solo de mí. Y necesitaba decirlo sin intentar defenderme.

Fui a su piso antes de que pudiera cambiar de opinión.

Connor vivía con otros dos jugadores en un edificio antiguo cerca del campus. Conocía demasiado bien aquel lugar. Ya había dormido en el sofá después de fiestas, comido pizza fría en la cocina, visto partidos hasta la madrugada, esperado a que Willow pasara por ahí a buscar algún libro o a dejarle algo a su hermano. La entrada tenía una cerradura medio rota, el pasillo olía a detergente barato y a café quemado, y el felpudo delante de su puerta siempre estaba torcido.

Esa noche, cada detalle parecía un recordatorio de lo que podía perder.

Llamé a la puerta. Como nadie abrió, volví a llamar.

Cuando Connor abrió, llevaba una sudadera, el pelo húmedo y cara de pocos amigos. Su expresión murió al verme. Después se endureció.

—No.

Intentó cerrar la puerta. Puse la mano en la madera.

—Solo escúchame.

—Quita la mano de mi puerta.

—Dos minutos.

—No te mereces ni dos segundos.

La respuesta llegó afilada, pero no retrocedí.

—Probablemente no. Aun así, necesito hablar.

Connor abrió la puerta de golpe, no como invitación, sino como desafío. Detrás de él, el salón estaba vacío. Sus compañeros debían de haber salido, tal vez por suerte, tal vez porque Connor había espantado a todo el mundo.

—Habla —dijo—. Y luego desaparece.

Entré despacio. El lugar parecía igual y completamente distinto. Había latas de refresco en la mesa, un par de zapatillas tiradas cerca del sofá y una chaqueta del equipo sobre una silla. Cosas normales. Cosas de antes.

Connor cruzó los brazos.

—Estoy esperando.

Respiré hondo.

Había ensayado frases por el camino. Explicaciones, disculpas, formas menos destructivas de decir la verdad. Todas me parecieron inútiles frente a él. Connor no necesitaba un discurso bonito. Necesitaba que dejara de esconderme.

—Puedes odiarme todo lo que quieras —dije—. Probablemente me merezco buena parte de eso.

Él soltó un sonido seco.

—Qué generoso por tu parte.

—Pero no he venido a pedirte que me perdones.

Eso lo hizo callar.

Continué antes de que se me acabara el valor.

—He venido porque necesitas oírlo de mí, sin Willow en medio, sin pelea, sin que yo intente parecer menos culpable de lo que fui. Te mentí. Rompí tu confianza. Escondí algo que debería haberte contado antes. Y lo siento mucho.

Connor me miró sin pestañear.

—¿Has terminado?

—No.

Tenía las manos cerradas, pero forcé a los dedos a relajarse. No estaba sobre el hielo. No necesitaba prepararme para un golpe. Aunque llegara.

—Me equivoqué contigo. Pero no me equivoqué al amar a Willow.

La palabra se quedó en el aire. Por primera vez, dicha entera.

Amar.

Connor se quedó inmóvil.

Sentí que mi corazón daba un latido, pesado, como si también lo hubiera oído. Ahora ya no había vuelta atrás.

—Amo a tu hermana —dije, la voz más firme de lo que me sentía—. Y sé que eso es lo último que querías oírme decir, pero es la verdad. No empezó aquella noche, no empezó con las clases, no empezó cuando ella llamó a mi puerta. Ya me gustaba antes, y fui demasiado cobarde para admitirlo. Ante ti. Ante ella. Ante mí mismo.

Connor no se movió, pero su rostro cambió. Rabia, sí. Dolor también. Y algo parecido al shock, como si la palabra *amor* no encajara en la imagen que tenía de mí.

—No digas eso —dijo, bajo.

—Necesito decirlo.

—No. No lo necesitas. Quieres usarlo para parecer menos sucio.

La acusación dolió, pero no aparté la mirada.

—No hay nada limpio en el modo en que lo escondí. Lo sé. Pero lo que siento por ella no es sucio.

Connor dio un paso adelante.

—Te acostaste con ella.

El golpe llegó sin puño esta vez.

Sostuve su mirada.

—Eso es de ella. No mío para contártelo.

Su mandíbula se apretó.

—Qué conveniente.

—No. Conveniente sería que te diera detalles para que decidieras exactamente cuánto quieres odiarme. Pero Willow no es una prueba de un delito, Connor. Lo que pasó entre nosotros también le pertenece a ella. Y ya he expuesto demasiado.

Se quedó en silencio, respirando pesado.

—¿Te aprovechaste de ella?

La pregunta llegó más baja, y por eso cortó más hondo. Había rabia ahí, pero también miedo. El miedo de un hermano que imaginaba a su hermana herida y no sabía qué hacer con esa imagen.

—No —respondí—. Nunca.

—Ella era inexperta.

—Lo sé.

—Y tú no.

—Lo sé.

Connor rio, amargo.

—¿Te escuchas cómo suena eso?

—Me escucho. Y por eso intenté hacerlo todo con cuidado. No estoy diciendo que eso me absuelva. No estoy pidiendo un aplauso por haber hecho el mínimo decente. Pero nunca presioné a Willow. Nunca la traté como una conquista. Nunca la toqué sin que ella quisiera.

Su rostro se contorsionó.

—Para.

—Has preguntado tú.

—No quiero detalles.

—Y no te los voy a dar. Pero necesitas saber que, si estás buscando a alguien que hirió a Willow en esa parte, no fui yo.

Connor miró al suelo.

Cuando volvió a hablar, su voz salió más ronca.

—Entonces ¿dónde le hiciste daño?

Miré al suelo. La respuesta era sencilla. E imperdonable.

—Cuando hice que se sintiera escondida.

Connor levantó la vista, y continué antes de que se me acabara el valor.

—Hice que pensara que el problema era ella. Que lo que yo sentía tenía que quedar por detrás de su permiso, de nuestro pacto, de mi culpa. Hice que se sintiera como si fuera una complicación. Y eso... —Se me quebró la voz, pero forcé la frase hasta el final—. Eso no sé si me lo va a perdonar.

Por un momento, Connor no dijo nada.

Su rabia seguía ahí, pero había algo más mezclándose. Tal vez el recuerdo de la conversación que había tenido con Willow. Tal vez la incómoda comprensión de que no había sido el único en hacerla sentir así.

Se pasó la mano por la cara.

—¿Sabes lo que me dijo hoy?

Algo en mí ya sabía que iba a doler.

—No.

—Que necesitaba a su hermano, no a un carcelero.

La frase me golpeó con una fuerza inesperada.

Connor rio sin humor, mirando hacia otro lado.

—¿Y sabes lo peor? Tenía razón. Quería echarte la culpa solo a ti. Todavía quiero. Es mucho más fácil. Pero yo también la empujé a esconderme cosas de mí, ¿no?

No respondí. No era mi lugar absolver ni condenar esa parte.

Me miró.

—Pero eso no cambia lo que hiciste.

—No.

—No cambia que mentiste.

—No.

—No cambia que confié en ti.

—Lo sé.

El silencio volvió, pesado, pero distinto. Ya no era la explosión de la noche anterior. Ahora era un campo destrozado después de la batalla, lleno de cosas demasiado rotas como para volver a colocarlas en su sitio en ese momento.

Connor caminó hasta la ventana y miró hacia fuera. Habló de espaldas a mí.

—No puedo mirarte ahora sin querer golpearte otra vez.

—Es justo.

—Y no puedo pensar en ti con ella sin... —Se detuvo, soltó el aire con fuerza—. Sin querer romper algo.

—También es justo.

—Deja de darme la razón. Me está irritando.

Casi sonreí. Casi.

Connor se dio la vuelta.

—¿De verdad la quieres?

La pregunta llegó sin grito. Sin amenaza. Solo dolor y duda.

Se me encogió el pecho.

—La quiero.

—Entonces ¿por qué no la elegiste antes?

La respuesta me dejó desnudo.

—Porque pensé que elegirla a ella significaba perderte a ti.

Connor se me quedó mirando.

—¿Y ahora?

Pensé en Willow en la acera. En su rostro cuando dijo que no podía quererla en secreto y protegerla en público. Pensé en ella

pidiendo tiempo, espacio, respeto. Pensé en lo que quería decirle, pero no tenía derecho a exigir que ella lo escuchara todavía.

—Ahora sé que puedo perderos a los dos —respondí—. Pero, si tengo que perderos, al menos no será mintiendo.

Connor apartó la mirada.

Por un instante, pensé que me diría que me fuera. En vez de eso, dijo:

—No te perdono.

Asentí, sintiendo que la frase se asentaba en mí.

—Lo sé.

—Y no estoy diciendo que lo acepte.

—Eso también lo sé.

—Pero no voy a hablar por ella.

Esas cinco palabras fueron como aire después de mucho tiempo bajo el agua.

Connor parecía odiar haberlo dicho, pero lo dijo. Y tal vez, para él, aquello fuera el equivalente emocional de escalar una montaña.

—Gracias —murmuré.

Me lanzó una mirada cortante.

—No me des las gracias. No lo hago por ti.

—Lo sé.

—Lo hago porque ella me pidió que la dejara vivir.

Se me cerró la garganta.

Willow.

Aunque no estuviera ahí, era la fuerza que nos empujaba hacia algún tipo de verdad menos cobarde.

Connor caminó hasta la puerta y la abrió.

—Ahora vete antes de que cambie de idea y te vuelva a pegar.

Caminé hacia la salida, pero me detuve antes de pasar junto a él.

—Connor.

Su expresión se cerró.

—¿Qué?

—Siento mucho haber roto nuestra amistad de este modo.

Por un segundo, su rostro vaciló. Después el muro volvió.

—Yo también.

Cerró la puerta detrás de mí.

Me quedé en el pasillo unos segundos, mirando la madera desconchada, escuchando el silencio al otro lado.

No había arreglado nada. Pero había dejado de huir.

Cuando salí del edificio, el aire frío me golpeó la cara y me escoció en el corte del labio. Cogí el móvil del bolsillo por instinto y abrí la conversación con Willow. El último mensaje seguía siendo de días atrás.

Mis dedos se quedaron flotando sobre el teclado.

Quería escribirlo todo de golpe. Que la amaba y que había hablado con Connor, que ya no quería esconderla más y que solo necesitaba una oportunidad para demostrarlo.

Pero ella había pedido tiempo. Espacio. Y amar a Willow en voz alta también significaba respetar su silencio cuando hiciera falta.

Así que guardé el móvil.

Por primera vez, no hice lo más fácil para aliviar mi culpa. Hice lo que ella había pedido.

Y, mientras caminaba de vuelta por el campus, con el corazón pesado y una verdad por fin dicha, entendí que tal vez amar a Willow Bennett no significara correr detrás de ella.

Tal vez significara convertirme en el tipo de hombre al que ella nunca más tendría que suplicarle que la eligiera.

Capítulo 16

Jake

Descubrí que respetar el espacio de alguien era una forma lenta y sofisticada de tortura.

No mandarle un mensaje a Willow era fácil los primeros cinco minutos. Después de eso, cada segundo se convertía en un ejercicio de autocontrol que no sabía que poseía. Cogía el móvil, abría la conversación, me quedaba mirando su nombre y la cerraba de nuevo antes de que la culpa escribiera alguna idiotez por mí.

Quería escribirle.

Quería decirle que había hablado con Connor. Que él no me había perdonado, pero que tampoco había intentado volver a golpearme. Que, por primera vez, había dicho en voz alta que amaba a Willow Bennett y el mundo no se había acabado, aunque había estado peligrosamente cerca.

Pero Willow había pedido tiempo. Espacio. Y yo ya había pasado demasiado tiempo convirtiendo sus necesidades en un detalle molesto entre lo que quería y lo que temía.

Así que hice lo único que un hombre decente debería hacer.

Sufrir en silencio.

No con dignidad, claro. No era tan evolucionado.

—Tío, estás mirando ese móvil como si te hubiera atropellado al perro —dijo Parker, tirado en el sofá con un bol de cereales demasiado grande para cualquier adulto funcional.

Bloqueé la pantalla.

—Ocúpate de tu vida.

—Lo haría, pero la tuya está pasando en mi salón con banda sonora de suspiros dramáticos.

Al otro lado del sofá, Mason levantó la vista del videojuego.

—¿Es la chica?

—¿Qué chica? —pregunté.

Los dos me miraron fijamente.

Parker dejó el bol en la mesa con una solemnidad ridícula.

—Miller, apareces con la boca cortada, llevas dos días con cara de funeral, no sales, no bebes, no te ríes de mis bromas y te quedas mirando el móvil como si esperaras un mensaje del Tribunal Supremo. Es una chica.

Mason asintió.

—O una enfermedad terminal. Pero mi apuesta también es chica.

Debería haberles mandado a la mierda a los dos. En vez de eso, me hundí en el sillón y me pasé las manos por la cara. El problema de vivir con jugadores de hockey era que eran idiotas el noventa por ciento del tiempo, pero el otro diez por ciento acertaban de lleno con una precisión irritante.

—Lo he estropeado todo —murmuré.

El silencio que vino después fue inesperado. Parker no hizo ninguna broma. Mason pausó el juego.

—¿Con la hermana de Bennett? —preguntó Parker.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

Hizo una mueca.

—Por favor. ¿Crees que todo el mundo está ciego? Nadie sabe los detalles, pero medio equipo se ha dado cuenta de que Connor y tú os estáis comportando como dos lobos territoriales en pleno divorcio. Y casi rompes el vaso de plástico cuando alguien dijo el nombre de Willow ayer.

Mierda.

—Nadie sabe nada —dije, más duro de lo que pretendía.

Parker levantó las manos.

—Tranquilo. No he dicho que lo supiera. Solo he dicho que no soy clínicamente tonto.

Mason frunció el ceño.

—¿Yo lo soy?

—Tú eres otra categoría —respondió Parker.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Me levanté antes de que me arrastraran a una conversación para la que no estaba preparado, con un bol de cereales como testigo. Fui a mi cuarto, cerré la puerta y apoyé la frente en la madera unos segundos.

La verdad era que no se equivocaban. Estaba hecho polvo.

Y lo peor era que, por primera vez, no podía arreglarlo con una jugada, una broma o un beso robado en el pasillo. Willow merecía más. Más que mi arrepentimiento, más que mi culpa, más que un mensaje enviado a las dos de la madrugada porque no soportaba quedarme a solas con mis errores.

Una elección limpia. Sin que yo la tocara antes de decir la verdad, sin Connor gritando de fondo. Sin secretos.

El entreno de esa tarde fue un poco menos horrible que el anterior, lo cual no quería decir mucho. Connor todavía no me hablaba más de lo necesario, pero al menos me pasó el disco dos veces. La primera, casi lo fallé de la sorpresa. La segunda, conseguí marcar, y el entrenador gritó «¡por fin!» con tanta fuerza que dos novatos casi se caen al hielo.

Connor no lo celebró conmigo. Pero tampoco me ignoró del todo. Para nosotros, en ese momento, era prácticamente un abrazo.

Después del entreno, me quedé más rato en el vestuario, deshaciendo la cinta del palo sin prisa. Los chicos fueron saliendo poco a poco, el ruido bajando hasta que solo quedó el sonido de las duchas al fondo y la cremallera de una mochila cerrándose.

Connor estaba sentado en el banco opuesto, ya vestido, atándose los cordones de las zapatillas con una fuerza innecesaria.

Yo no dije nada. Él tampoco.

Ese era nuestro nuevo idioma: silencio y movimientos bruscos, con una cantidad absurda de cosas sin decir por debajo.

Cuando me levanté para irme, Connor habló:

—Ha ido a clase hoy.

Me detuve.

Mi pecho reaccionó antes que mi cabeza.

—¿Willow?

Me lanzó una mirada como si fuera idiota.

—No, Jake. Mi otra hermana secreta.

Casi sonreí. Casi.

—¿Está bien?

Connor cerró la mochila y se quedó un momento mirándola antes de responder.

—Está... Willow.

Aquello significaba mucho. Willow estaba de pie, fingiendo que podía estudiar, probablemente organizando sus propios sentimientos en listas mentales para poder llamar a eso control. Herida, pero no rota.

Cerré la mano en torno a la correa de mi mochila.

—¿Ha hablado de mí?

Connor rio sin humor.

—¿De verdad me lo estás preguntando a mí?

—No.

—¿Entonces por qué lo has preguntado?

Porque soy un idiota enamorado y aparentemente masoquista.

—Olvídalo.

Se quedó callado unos segundos. Pensé que la conversación había terminado, pero Connor seguía mirándome. Había rabia ahí, como siempre, pero también un cansancio que nos hacía parecer a los dos más mayores de lo que éramos.

—¿Vas a hablar con ella? —preguntó.

Aparté la mirada.

—Ella pidió espacio.

—No he preguntado eso.

Lo miré con atención.

Connor apartó el rostro, irritado consigo mismo por estar abriéndome cualquier puerta.

—No te estoy dando permiso.

—Lo sé.

—Y no te estoy ayudando.

—También lo sé.

—Y, si vuelves a hacerle daño, juro que voy a olvidar todas las reglas del deporte, de la universidad y posiblemente del código penal.

—Justo —concedí.

—Deja de decir «justo». Me dan ganas de pegarte.

—Ya lo has hecho.

—Puedo repetirlo.

Esta vez, casi se me escapó una sonrisa. No porque la situación fuera graciosa, sino porque había algo familiar en aquel tono. Amenazante, tonto, lleno de rabia, pero familiar.

Connor se dio cuenta y puso mala cara.

—No sonrías.

—No estoy sonriendo.

—Casi.

—Es culpa tuya.

Soltó el aire por la nariz, como si tolerarme más de treinta segundos exigiera preparación física. Después volvió a ponerse serio.

—Ella no necesita a un tío que aparece a hacer un discurso bonito y luego se esconde cuando las cosas se ponen difíciles.

No había forma de discrepar.

—Lo sé.

—No. Quiero decir que necesitas saberlo de verdad, Jake. Porque Willow es... —Se detuvo, buscando palabras que probablemente le sonaban extrañas en la boca—. Ella lo siente todo. Solo finge que no. Se va a reír, va a hacer una broma, te va a corregir por usar una palabra mal y después va a llorar en la ducha para que nadie la vea.

No conseguí responder de inmediato.

Connor bajó la vista.

—Y sé que fui parte del motivo por el que esconde las cosas. Lo sé ahora. Pero tú también lo fuiste.

—Lo sé.

—Así que, si vas a hablar con ella, hazlo bien. No para aliviar tu culpa. No para que te perdone más rápido. Hazlo porque ella merece oír la verdad sin tener que arrancártela.

Me quedé quieto, absorbiendo cada palabra.

Era lo más cercano a una bendición que Connor Bennett sería capaz de dar sin arder por dentro.

—¿Por qué me dices esto? —pregunté.

Cogió la mochila y se la colgó del hombro.

—Porque puedo estar cabreado contigo, pero no soy tonto. Le gustas.

Las palabras dolieron más que si me hubiera vuelto a golpear.

—No me lo merezco.

Connor pasó junto a mí en dirección a la puerta.

—Tal vez no.

Se detuvo con la mano en el pomo y miró por encima del hombro.

—Pero merecerlo no es la pregunta correcta. La pregunta es qué vas a hacer si te da otra oportunidad.

Después salió.

Me quedé solo en el vestuario, con el corazón pesado y la cabeza extrañamente clara.

Connor tenía razón. No necesitaba convencer a Willow de que me perdonara. No necesitaba demostrar que sufría. Sufrir era fácil. La culpa era fácil. Lo difícil era estar frente a ella sin intentar controlar el resultado. Decir la verdad y aceptar que tal vez la verdad no bastara.

Cogí el móvil.

Esta vez, no abrí la conversación para mirar su nombre y cerrarla enseguida. Escribí un mensaje y lo leí tres veces antes de enviarlo.

Yo: ¿Puedo hablar contigo mañana? Donde tú elijas. Si la respuesta es no, lo respeto.

Lo envié antes de que la cobardía tuviera tiempo de sabotearme.

La respuesta no llegó enseguida. Ni en cinco minutos. Ni en media hora.

Fui a casa, me duché, intenté comer, fallé, escuché a Parker hacer un comentario sobre mi «energía de viudo victoriano» y estuve a punto de tirarle un cojín a la cabeza. El móvil seguía en silencio.

A las once y cuarenta y siete, cuando ya había decidido que esa era la respuesta y que me merecía cada segundo de ella, la pantalla se encendió.

Willow: Mañana. Biblioteca. Después de mi clase, que acaba a las cuatro. Cinco minutos.

Cinco minutos.

Le sonreí a la pantalla como si me hubiera dado una vida entera.

Yo: Gracias.

Lo borré antes de enviarlo, porque parecía poco, formal y equivocado.

Lo reescribí.

Yo: Ahí estaré.

Esta vez, lo envié.

Al día siguiente, llegué a la biblioteca veinte minutos antes.

Treinta, en realidad, pero los primeros diez los pasé dando vueltas fuera como un lunático, así que decidí redondear a la baja en nombre de mi dignidad. La tarde estaba fría, el cielo gris, y los escalones de la entrada estaban llenos de estudiantes con portátiles, vasos de café y la expresión colectiva de quien había vendido el alma por créditos académicos.

Me quedé cerca de un árbol, lo bastante lejos para que ella no se sintiera emboscada al salir. Llevaba vaqueros, chaqueta oscura y las manos en los bolsillos porque no sabía qué hacer con ellas. El corte del labio ya había empezado a cicatrizar, pero todavía escocía cuando movía la boca de cierto modo. Un pequeño recordatorio, aunque eficaz.

A las cuatro y doce, Willow apareció.

Y mi mundo, como siempre, tuvo la mala educación de reducir todo lo demás a ruido.

Salió por la puerta principal con dos libros contra el pecho y un bolso al hombro. Llevaba una falda de cuadros, medias, botas y un abrigo color crema que la hacía parecer sacada de una novela que yo no sería lo bastante listo para entender, pero que leería igualmente si ella me lo pidiera.

Llevaba el pelo suelto, un poco despeinado por el viento. Su rostro parecía más cansado que la última vez. Aun así, caminaba con esa postura suya, frágil solo para quien no supiera mirar bien.

Mia venía a su lado. Claro.

Cuando me vio, Mia se detuvo y me analizó de arriba abajo con una expresión de juicio tan intensa que casi me disculpé por cosas que ni siquiera había hecho todavía.

—Miller —dijo.

—Mia.

—Cinco minutos. Voy a estar ahí dentro, cerca de la ventana, vigilando. Si ella hace una señal, vengo.

—¿Qué señal?

—Ella lo sabrá.

Willow suspiró.

—Mia.

—¿Qué? Soy una mujer prevenida.

—Estoy bien.

Mia se suavizó un poco.

—Lo sé. Pero estar bien no significa estar sola.

Willow le tocó el brazo, y hubo alguna conversación silenciosa entre las dos que no intenté descifrar. Después Mia volvió a entrar en la biblioteca, no sin antes lanzarme otra mirada asesina.

Nos quedamos los dos fuera. A pocos metros de distancia. Con todas las palabras del mundo entre nosotros.

Willow se recolocó los libros en los brazos.

—Cinco minutos.

—Lo sé.

—No es mucho.

—Es más de lo que merezco.

Ella no respondió. Su rostro estaba cerrado, pero no frío. Willow intentaba protegerse, y yo quería odiar cualquier cosa que la hubiera obligado a necesitarlo. Sobre todo, a mí.

—No te voy a tocar —dije—. Ni voy a intentar convencerte con un beso, ni acercarme demasiado, ni usar nada de lo que existe entre nosotros para confundirte.

Algo cruzó por sus ojos.

—¿Y qué vas a hacer?

Respiré hondo.

—Voy a decir la verdad.

Ella esperó.

Sentí que el corazón me latía en el cuello.

—Hablé con Connor.

Willow parpadeó, sorprendida.

—¿Cuándo?

—Anteayer. Después del entreno.

—Jake...

—No pedí permiso. No pedí ayuda. No te usé como argumento. Solo dije lo que debería haber dicho antes.

Ella se quedó muy quieta.

—¿Y qué dijiste?

Ahí estaba. El borde. El punto exacto donde solía retroceder.

Esta vez, me quedé.

—Que te amo.

El mundo no explotó. Pero Willow contuvo la respiración como si el suyo se hubiera detenido.

Los libros se le resbalaron un poco en los brazos, y volvió a apretarlos contra el pecho. Sus ojos buscaron mi rostro, tal vez intentando encontrar señales de exageración, impulso, desesperación. Dejé que mirara. Ya no había nada más que esconder.

—¿Le dijiste eso a Connor? —preguntó, la voz casi sin sonido.

—Sí.

—¿Antes de decírmelo a mí?

La pregunta tenía un dolor pequeño, pero real.

Tardé en responder.

—Lo sé. Eso también estuvo mal.

—Entonces ¿por qué?

—Porque necesitaba dejar de usar a Connor como excusa antes de venir a buscarte. Necesitaba decirle en voz alta que el problema nunca fuiste tú. Nunca fue amarte a ti. El problema fui yo, por haber sido cobarde, por haber mentido, por haber hecho que cargaras con el peso de un secreto que debería haber enfrentado.

Willow miró al suelo.

Quise dar un paso, pero no lo di.

—Y ahora me lo estás diciendo a mí —dijo.

—Sí.

Levantó la vista.

—¿Por qué?

Willow no estaba preguntando por qué la amaba. Preguntaba por qué ahora, por qué después de todo, por qué debería creer que mi valor no había llegado demasiado tarde.

—Porque mereces oírlo de mí, sin nadie en medio. Porque debería haberlo dicho en la biblioteca cuando preguntaste qué era esto entre nosotros. Debería haberlo dicho en la calle, antes del puñetazo, antes de la pelea. Debería haberlo dicho la primera noche, tal vez. Pero tuve miedo de convertir el sentimiento en algo real y perderlo todo.

Mi voz se hizo más baja.

—Solo que esconderlo también me hizo perder.

Su rostro tembló un segundo. No mucho. Lo suficiente para que supiera que lo había sentido.

Continué antes de que se me acabara el valor.

—Te amo, Willow Bennett. Amo el modo en que te enfadas cuando alguien te llama «la hermana de Connor» antes de llamarte por tu nombre. Amo cuando intentas parecer segura de ti misma y acabas insultando la simetría de mis ojos.

Su boca se curvó, pero luchó contra la sonrisa.

—Fue un cumplido.

—Fue una valoración médica.

—Sigue siendo el momento más creativo de tu historial amoroso, seguro.

—Sin duda.

El pequeño humor pasó entre nosotros como una brisa en una habitación cerrada. No borró el dolor, pero abrió espacio para respirar.

—Amo que leas en voz alta cuando crees que nadie te escucha —dije—. Amo que haces anotaciones agresivas en los márgenes de los libros. Amo que finges que no te gusta la atención, pero te pones orgullosa cuando alguien de verdad te presta atención. Amo que tuviste el valor de llamar a mi puerta y pedir lo que querías, aunque temblaras. Y amo todavía más que tuviste el valor de irte cuando no te di lo que merecías.

Sus ojos brillaron.

Esta vez, fue ella quien apartó la mirada.

—Jake...

—No estoy diciendo esto para que me perdones ahora. No lo digo porque quiera una respuesta bonita. Solo necesito que sepas que nunca fue una clase para mí. Nunca fue un favor. Nunca fue una experiencia. Lo llamé así porque era más fácil que admitir que, si te besaba una vez, iba a querer todas las demás.

Ella apretó los labios, y vi la lucha en su rostro.

—Me hiciste sentir pequeña —dijo.

La frase acertó donde tenía que acertar.

—Lo sé.

—No, déjame hablar.

Asentí.

Willow respiró hondo. El viento le movió algunos mechones de pelo, y mis manos me dolieron de las ganas de ponérselos detrás de la oreja. Las mantuve en los bolsillos.

—Ya he pasado demasiado tiempo siendo tratada como alguien que no sabe lo que quiere. Connor lo hace. A veces por amor, lo sé. Pero lo hace. Y cuando dijiste que tal vez estuviera confundiendo las cosas porque todo era nuevo para mí, dolió más porque venía de ti. Confié en ti precisamente para que no me trataras así.

Cada palabra era merecida. Cada una.

—Tienes razón —dije.

Ella parpadeó, tal vez esperando una defensa.

Yo no tenía ninguna.

—Hablé con miedo. Pero el miedo no es excusa. Usé tu inexperiencia como escudo para mi cobardía, y eso fue rastrero. Fue injusto. Lo siento mucho.

Willow se quedó en silencio, y la dejé. El error de antes había sido intentar llenar su silencio con mis justificaciones. Ahora necesitaba escuchar lo que viniera, aunque fuera la puerta cerrándose.

—No sé si puedo volver a confiar en ti tan fácilmente —dijo.

La frase dolió, pero no me sorprendió.

—No espero que sea fácil.

—¿Y si Connor nunca lo acepta?

—Entonces lo afrontaré.

—Lo dices ahora. ¿Pero qué pasa cuando no te hable en el entreno? ¿Cuando el equipo se dé cuenta? ¿Cuando la gente

empiece a comentar que estás con la hermana de tu mejor amigo?

—La gente ya comenta.

Abrió un poco más los ojos.

—¿Qué?

—Nadie lo sabe. Pero la gente no es tan ciega como me gustaría. Parker cree que me estoy muriendo de amor o de una enfermedad terminal.

Willow soltó una risita antes de poder contenerla.

El sonido casi me tira al suelo.

—¿Parker es el más dramático de tu piso? —preguntó.

—Competencia reñida.

Su sonrisa desapareció poco a poco, pero no del todo. Se quedó ahí, como un recuerdo.

—Hablo en serio, Jake.

—Yo también. Si Connor no lo acepta, lo afrontaré. Si el equipo habla, lo afrontaré. Si la gente comenta, lo afrontaré. Pero no voy a hacer que vuelvas a sentirte escondida. No puedo prometerte que va a ser sencillo, porque probablemente va a ser un lío. Pero puedo prometerte que no voy a usar el lío como excusa para hacerte de menos.

Ella me observó con atención.

—¿Y qué quieres tú?

La pregunta llegó tan directa que se me encogió el pecho.

¿Qué quería?

Quería cruzar esos metros, cogerle los libros de los brazos, besarla hasta que los dos olvidáramos que estábamos delante de la biblioteca. Llevarla a casa, ponerle mi sudadera otra vez, despertarme con el brazo alrededor de su cintura. Cenar con ella sin mirar hacia la puerta, sentarme a su lado cerca de Connor y no al otro lado de la mesa, cogerle la mano cuando lloviera en el campus.

Pero, más que eso, quería que ella no tuviera que adivinar nunca más.

—Quiero salir contigo —dije.

Willow se quedó inmóvil.

—¿Salir?

—Sí.

La palabra parecía demasiado sencilla para todo lo que sentía, pero también era exactamente el punto. Nada de clases, nada de favores, nada de secretos sin nombre. Solo algo real, sin nada alrededor para disimularlo.

—Quiero ir a buscarte sin fingir que te he encontrado por casualidad. Quiero mandarte mensajes sin borrarlos diez veces porque no tengo derecho. Quiero besarte delante de los chicos del equipo si tú quieres que te bese. Quiero sentarme contigo en la biblioteca y probablemente distraerte de estudiar. Quiero que Connor ponga los ojos en blanco y amenace mi vida como parte de la rutina, no como una emergencia nacional.

Su boca tembló.

Continué, porque ahora que había empezado, no había nada en el mundo que me hiciera tragármelo de vuelta.

—Quiero aprender quién eres cuando no intentas demostrarle nada a nadie. Quiero estar contigo cuando estés enfadada, confundida, insoportable, brillante, tímida, valiente. Todo. No solo las partes que caben en un secreto.

Willow respiró hondo, y vi que se le escapaba una lágrima antes de poder contenerla. Se irritó al instante, como si llorar fuera una traición personal.

—Mierda —murmuró, soltando una de las manos de los libros para limpiarse la cara.

Mi cuerpo se movió por instinto, pero me detuve a medio camino.

—¿Puedo?

Ella me miró.

—¿Puedes qué?

—Acercarme.

La pregunta pareció golpearla más que el propio acercamiento habría hecho. Willow me miró un instante, los ojos húmedos, el rostro vulnerable y fuerte a la vez.

Entonces asintió.

Di un paso. Después otro. Me detuve lo bastante cerca como para sentir su perfume, pero todavía sin tocarla. Willow miró mi boca, el corte casi cicatrizado del labio, y algo doloroso le cruzó el rostro.

—¿Todavía duele? —preguntó.

—Un poco.

Levantó la mano despacio, como si también estuviera pidiendo permiso sin usar palabras. No me moví. Sus dedos me tocaron primero la barbilla, ligeros, vacilantes. Después rozaron cerca del corte, con tanto cuidado que me deshizo.

—Odié verlo pegarte —susurró.

—Me lo merecía, en parte.

—No digas eso.

—Es verdad.

—Tal vez. Pero aun así lo odié.

Me tragué lo que iba a responder primero.

Su tacto era pequeño. Casi nada. Y aun así parecía perdón antes de que existiera el perdón. Parecía una puerta entreabierta, no para que yo entrara, sino para recordarme que había algo al otro lado.

Cuando abrí los ojos, ella todavía me estaba mirando.

—Tengo miedo —dijo.

Su honestidad me atravesó.

—Yo también.

—Tú pareces tener menos.

—Es porque soy bueno fingiendo. Mal hábito. Estoy intentando dejarlo.

Willow soltó una risa débil, pero las lágrimas todavía le brillaban en los ojos.

—No sé si el amor debería empezar así.

—Probablemente no.

—Eso no ayuda.

—Podría mentir y decir que las grandes historias empiezan en el caos.

—Eso es muy frase de camiseta universitaria.

—Estaba intentando ser poético.

—No lo intentes.

—Anotado.

Bajó la mano, pero no se apartó. Sentí la pérdida del contacto como algo físico.

Willow miró hacia los escalones de la biblioteca, hacia Mia fingiendo leer al otro lado de la ventana, hacia el cielo gris, hacia cualquier sitio que no fuera mi cara. Cuando volvió a mirarme, había decisión en sus ojos, pero no era la decisión sencilla que una parte egoísta de mí quería.

—Quiero creerte.

El corazón me latió con fuerza.

—¿Pero?

—Pero necesito ver que esto no desaparece cuando se complica.

Asentí.

—Vale.

—Mañana hay partido, ¿no?

El cambio de tema me pilló desprevenido.

—Sí.

—¿Importante?

—Semifinal.

—Entonces es importante.

—Un poco.

Respiró hondo.

—Voy a ir.

No me atreví a moverme.

—¿Vas a ir?

—Voy. No por Connor. No por Mia. Por mí.

—Vale.

—Y por ti también —admitió, más bajo, como si la frase se le hubiera escapado sin autorización.

Me quedé inmóvil, con miedo de respirar mal y espantar aquel trocito de verdad de vuelta lejos.

Willow levantó la barbilla.

—Después del partido, si todavía quieres decirme todo esto, dímelo otra vez.

Fruncí el ceño.

—¿Después del partido?

—Sí.

—Willow, voy a querer decírtelo antes, durante y después. Probablemente en intervalos molestos el resto de mi vida, si me dejas.

Cerró los ojos un segundo, y la sonrisa que apareció después fue pequeña, temblorosa y devastadora.

—Entonces dímelo después del partido. Donde la gente pueda ver que me lo estás diciendo a mí.

Lo entendí.

No quería una escena. Quería saber si seguiría siendo valiente cuando hubiera ojos alrededor, si seguiría eligiéndola cuando la elección no pudiera esconderse detrás de la puerta de mi cuarto.

—Lo diré —respondí.

—No como provocación a Connor.

—No.

—No para marcar territorio.

—Nunca.

—No porque creas que necesito que me hagan pública para tener valor.

—Tú ya tienes valor, Willow. Conmigo o sin mí.

Su expresión volvió a cambiar. Más suave. Más peligrosa para mi corazón.

—Entonces ¿por qué?

La respuesta llegó fácil. Por fin.

—Porque me cansé de amarte como si fueras algo que tuviera que esconder para sobrevivir.

Willow se quedó muy quieta.

Esta vez, cuando cayó una lágrima, no se la limpió de inmediato. Yo tampoco la toqué. Esperé.

—Todavía necesito pensarlo —dijo.

La frase dolió menos de lo que temía, tal vez porque no llegó como una puerta cerrándose. Llegó como alguien intentando no atropellarse a sí misma.

—Piénsalo.

—Y tú necesitas jugar mañana.

—Voy a jugar.

—Bien, más te vale.

—Mandona —la provoqué.

—Observadora.

—Médica de ojos, técnica de hockey, crítica literaria. Estás llena de talentos.

Casi sonrió.

—No estropees el momento.

—Estoy intentando no perder la cabeza.

—Se nota.

Nos quedamos ahí unos segundos más, demasiado cerca y demasiado lejos. Después Mia apareció en la puerta de la biblioteca, fingiendo toser de forma teatral.

—¿La señal era que yo tosiera o que ella te tirara un libro a la cabeza? Se me ha olvidado el plan.

Willow la miró.

—No había ningún plan.

—Error mío. Voy a preparar un protocolo para la próxima crisis.

Mia bajó dos escalones, evaluó el rostro de Willow, después el mío. No pareció del todo satisfecha, pero tampoco parecía dispuesta a empujarme a la calle. Decidí considerarlo una victoria.

Willow se recolocó el bolso en el hombro.

—Tengo que irme.

Asentí.

—Lo sé.

Dio dos pasos, se detuvo y miró atrás.

—¿Jake?

—¿Sí?

—Gracias por preguntar antes de acercarte.

Ninguna declaración grandiosa habría llegado tan hondo.

—Debería haberlo hecho más veces.

—Sí. —La respuesta llegó directa y justa, como solo Willow sabía ser.

—Lo haré de ahora en adelante —prometí.

Me observó un instante, como sopesando la promesa en las manos. Después asintió y entró en la biblioteca con Mia.

Me quedé fuera hasta que desapareció entre las estanterías. Solo entonces solté el aire.

No la había recuperado. Todavía no. Pero, por primera vez, no parecía que estuviera intentando arrastrarla de vuelta a un lugar pequeño. Le había mostrado la puerta, había puesto el corazón en el suelo y había dejado que ella decidiera si quería cruzarla.

El resto dependía de ella. Y de mí.

Porque mañana, después del partido, tendría que hacerlo otra vez. Sin biblioteca, sin cinco minutos pactados, sin la seguridad de una conversación escondida detrás de árboles y ventanas.

Cogí la mochila y empecé a cruzar el campus. El viento frío me golpeó la cara, pero casi no lo sentí. Por primera vez en días, el peso en el pecho se sentía distinto. Todavía estaba ahí, pero ahora tenía dirección.

A mitad de camino, me vibró el móvil.

Era Parker.

Parker: ¿Estás vivo o tengo que vender tus cosas?

Respondí sin pensarlo mucho.

Yo: Vivo. Por poco, pero vivo.

Mandó tres puntitos. Después:

Parker: ¿Ha hablado contigo?

Miré hacia la biblioteca detrás de mí, hacia las ventanas iluminadas, hacia el lugar donde Willow estaba en algún punto ahí dentro, probablemente fingiendo estudiar mientras Mia la interrogaba con patatas fritas o amenazas.

Sonreí.

Yo: Sí. Todavía estoy intentando creérmelo.

Parker: ¿Y?

Tardé unos segundos en responder.

Yo: Ahora necesito merecerme el resto.

Guardé el móvil y seguí caminando.

Mañana saldría al hielo para una semifinal. Pero el partido más importante de mi vida empezaría después del pitido final.

Capítulo 17

Willow

Me desperté el día de la semifinal con la sensación de que mi corazón había pasado toda la noche entrenando para una maratón.

El techo de la habitación estaba exactamente igual que siempre, blanco, sin gracia y con una pequeña grieta cerca de la lámpara que solía mirar fijamente cuando no podía dormir. Pero esa mañana todo parecía distinto. El aire parecía distinto. Mi cuerpo parecía distinto. Hasta el silencio parecía estar esperando algo.

Y tal vez lo estuviera.

Porque, después de semanas intentando fingir que tenía el control de la situación, todo se decidiría ese día. No el partido. Bueno, el partido también era importante, claro. Connor probablemente tendría una crisis si me oyera dejar una semifinal en segundo plano. Pero, para mí, el verdadero acontecimiento no era el marcador.

Era Jake. Era lo que había prometido decir después del partido, y si esas palabras seguirían teniendo valor cuando salieran de la biblioteca y entraran en el mundo real.

Me giré hacia un lado y encontré a Mia sentada en su propia cama, observándome por encima de una taza de café.

—Esto da miedo —murmuré, con la voz ronca de sueño.

—Buenos días a ti también.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome?

—El suficiente para darme cuenta de que pones cara dramática incluso antes de abrir los ojos.

Me subí el edredón hasta la barbilla.

—Estoy pensando en fingir una enfermedad y no ir.

—Puedes intentarlo. Pero te voy a arrastrar igualmente. Tengo poca fuerza física, pero mucha determinación moral.

Suspiré y volví a mirar el techo.

—¿Y si cambia de opinión?

Mia no respondió de inmediato. Eso me hizo mirarla. Mi amiga llevaba el pelo recogido en un moño torcido, una sudadera enorme y una expresión menos burlona de lo habitual. Cuando Mia no usaba el sarcasmo como primera línea de defensa, era porque el asunto era serio.

—¿De verdad crees que va a cambiar? —preguntó.

Pensé en Jake fuera de la biblioteca. En el modo en que se quedó quieto, las manos en los bolsillos, sin intentar tocarme antes de pedir permiso. Pensé en su voz diciendo que me amaba. Pensé en el cuidado con que aceptó mi «necesito pensarlo», aunque tuviera la ansiedad grabada en la cara.

—No lo sé —admití—. Creo que tengo miedo de creerle.

—Eso es distinto.

Lo era. Y tal vez fuera la parte más difícil. No era que no creyera en Jake. Era que creerle significaba abrir la puerta a la posibilidad de volver a hacerme daño. Significaba aceptar que el amor no venía con garantías, recibo ni política de devolución, tal como yo misma le había dicho a Connor.

Y, aun así, quería ir. Quería verlo. Quería que me lo dijera otra vez.

Me levanté de la cama antes de que la cobardía echara raíces. Pasé la mañana en un extraño estado de eficiencia nerviosa. Me duché, me lavé el pelo, intenté estudiar y abandoné el intento después de darme cuenta de que había leído la misma nota al pie cuatro veces sin entender una palabra. Comí medio sándwich bajo la mirada amenazante de Mia, que parecía dispuesta a convertir la nutrición en una misión militar.

A media tarde, Connor mandó un mensaje.

Connor: ¿Vas a venir al partido?

Me quedé mirando la pantalla unos segundos.

Yo: Voy.

Su respuesta tardó un poco.

Connor: ¿Por mí?

Me mordí la comisura del labio, pensando. La respuesta antigua, la respuesta cómoda, habría sido que sí. Ir por Connor era seguro. Ir por mi hermano no creaba conflicto, no complicaba nada, no exigía valor nuevo. Pero me había prometido a mí misma que no facilitaría más verdades solo para ahorrarles cosas a los demás.

Yo: Por mí.

Lo envié.

Al cabo de unos segundos, apareció otro mensaje.

Connor: Vale.

Y después:

Connor: Pero puedes animarme a mí también. Sería educado.

Sonreí antes de poder evitarlo.

Yo: Lo consideraré, si juegas bien.

Connor: Qué cruel. Eras más adorable de pequeña.

Yo: Tú eras menos mandón cuando yo no entendía palabras.

Me mandó un emoji ofensivo. Me reí sola, y la risa me dio un alivio inesperado. Connor todavía no estaba bien. Yo tampoco. Pero había algo ahí que parecía un principio. Un intento torpe, muy de Bennett, de atravesar el destrozo sin fingir que no existía.

Cuando llegó la hora de vestirme, abrí el armario y me quedé mirando la sudadera de Jake.

Estaba doblada al fondo, exactamente donde la había puesto después de casi devolverla unas seis veces. Su número parecía mirarme con una arrogancia textil absurda.

Mia apareció detrás de mí en el reflejo del espejo.

—¿Te la vas a poner?

—No lo sé.

—¿Quieres ponértela?

Pasé los dedos por la tela.

—Quiero.

—Pues póntela.

—¿Y si parece una declaración?

Mia ladeó la cabeza.

—Willow, vas a ir a una semifinal a ver al jugador que dijo que te ama, después de pedirle que lo confesara públicamente si todavía tenía valor para hacerlo. La discreción salió de escena hace tiempo.

La miré.

—Estás rara, hablando como si estuvieras narrando mi vida.

—Lo estoy procesando en estructura de novela. Déjame.

Al final me puse la sudadera. No sola. La llevé debajo de una chaqueta, porque todavía no era tan valiente como me gustaría, pero dejé el cuello a la vista. Sabía que él lo notaría. Tal vez nadie más se diera cuenta, pero Jake sí. Y, por algún motivo, eso bastaba.

El pabellón estaba abarrotado cuando llegamos.

El sonido de la afición vibraba en el suelo, en los bancos, en mi pecho. Había banderas, carteles, estudiantes con la cara pintada y una energía eléctrica que hacía que hasta alguien como yo, que todavía confundía algunas reglas del hockey, sintiera ganas de gritar incluso antes de que empezara el partido.

Mia consiguió buenos asientos, cerca de la mitad de la grada. Me senté con las manos heladas en el regazo, intentando fingir que mi corazón no estaba a punto de salírseme por la boca.

—Respira —dijo ella.

—Estoy respirando.

—Estás haciendo una versión premium de hiperventilación.

—Muchas gracias.

—Siempre aquí para apoyarte con honestidad incómoda.

El equipo salió al hielo unos minutos después, y el pabellón estalló.

Vi a Connor primero, porque era imposible no ver a mi hermano cuando patinaba de ese modo agresivo, como si el hielo le debiera algo personal. Saludó a un grupo de compañeros, golpeó el palo contra el borde y giró los hombros como si se estuviera preparando para una guerra.

Entonces vi a Jake.

Todo mi cuerpo lo supo antes que mi cabeza.

Llevaba el casco en la mano, el uniforme oscuro ciñéndole los hombros anchos, el rostro serio, concentrado. Había algo distinto en él esa noche. No era solo la tensión del partido. Era una especie de concentración pesada, como si hubiera cargado cada conversación, cada error y cada promesa hasta el hielo junto con el equipo.

Levantó la vista hacia la grada. Buscó. Encontró.

El momento en que Jake me vio fue pequeño para cualquier otra persona y gigantesco para mí. Sus ojos se detuvieron en mí, bajaron un segundo hasta el cuello de la sudadera bajo mi chaqueta y volvieron a mi rostro.

Su expresión cambió, pero no llegó a convertirse en sonrisa: había demasiada emoción para eso.

Pero lo vi. Él lo vio. Mi corazón, por desgracia, también lo vio.

Mia me dio un codazo en el brazo.

—Se ha dado cuenta.

—Lo sé.

—Parecía a punto de caer de rodillas sobre el hielo.

—Mia.

—Lo cual sería peligroso para su carrera deportiva, pero genial para el drama.

Antes de que pudiera responder, Connor patinó hasta Jake. Los dos intercambiaron unas palabras. Contuve la respiración por instinto, esperando tensión, pelea, un puñetazo tardío sobre patines. Pero Connor solo señaló alguna posición en el hielo. Jake asintió. Después, para mi sorpresa, Connor le dio un golpecito con el palo al de Jake.

No era perdón. Pero era un pase antes del pase.

Y casi me pongo a llorar ahí mismo, lo cual habría sido humillante antes del pitido inicial.

El partido empezó brutal.

No tenía suficiente vocabulario técnico para describirlo todo, pero sentía la intensidad. Los jugadores chocaban contra las bandas con una fuerza que hacía reaccionar a todo el pabellón. El disco parecía desaparecer y reaparecer en lugares imposibles. Connor jugaba como si intentara demostrarle algo al mundo entero. Jake jugaba como si intentara sobrevivir a su propio corazón.

En el primer periodo, casi no se buscaron.

No a propósito, creo. O tal vez sí. La tensión entre ellos todavía existía, visible para quien conociera sus movimientos. Connor dudaba una fracción de segundo antes de pasar. Jake se colocaba en la posición correcta, pero parecía preparado para no ser elegido. Era doloroso de ver porque, aunque entendiera poco, sabía que eran mejores juntos.

El otro equipo marcó primero.

La afición se apagó unos segundos. Connor golpeó el hielo con el palo con rabia, y Jake patinó hacia él. No oí lo que dijo, pero vi a Connor responder de forma cortante. Jake no replicó. Solo asintió y volvió a su posición.

—Esto me está poniendo nerviosa —murmuré.

Mia, con un vaso de refresco en la mano, miraba el hielo como si estuviera viendo una telenovela con cascos.

—Necesitan resolver esa tensión masculina en forma de gol.

—Esa frase es extrañamente precisa.

En el segundo periodo, las cosas cambiaron.

Tal vez el entrenador gritó en el descanso. Tal vez Connor se dio cuenta de que perder un partido importante por orgullo sería una tontería incluso para él, o tal vez Jake simplemente se negó a rendirse. Fuera lo que fuera lo que pasó, hubo un momento claro en que Connor cogió el disco, avanzó por la banda y, en vez de intentar una jugada individual imposible, pasó.

A Jake.

El pase cruzó el hielo rápido y limpio. Jake lo recibió como si lo hubiera estado esperando durante días, no segundos. Esquivó a un defensa, engañó al portero y marcó.

El pabellón se vino abajo.

Me levanté del banco junto con todo el mundo, gritando sin darme cuenta. Mia saltaba a mi lado, derramando refresco sobre un desconocido que parecía demasiado feliz como para que le importara. Sobre el hielo, los jugadores rodearon a Jake. Connor llegó el último.

Por un segundo, se miraron los dos. Después Connor le dio un golpe en el casco con fuerza. Jake se rio.

Fue rápido y pequeño, pero fue real, y sentí que algo dentro de mí se soltaba.

El partido siguió empatado hasta los minutos finales. Ya había renunciado a mantener cualquier dignidad. Gritaba cuando alguien empujaba a Connor, maldecía jugadas que no entendía y casi le aplasto la mano a Mia cuando Jake recibió un golpe contra la banda.

—Te has vuelto completamente novia de deportista —dijo ella, intentando recuperar los dedos.

—No soy su novia.

Mia me miró, después miró la sudadera visible, después mi mano aferrada a su brazo.

—Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra.

En el último minuto, todo se volvió caótico. El marcador seguía empatado, la afición de pie, el ruido ensordecedor. Connor recuperó el disco cerca de la banda. Un defensa se le echó encima. Jake se posicionó más adelante, libre durante medio segundo.

Vi a Connor mirar, vi la decisión formándose, y entonces pasó.

Jake avanzó. El portero se movió. El tiempo pareció ralentizarse, el mundo entero atrapado en aquel disco diminuto deslizándose sobre el hielo. Jake disparó.

Gol.

El pabellón explotó de un modo que hizo vibrar todo mi cuerpo.

Grité. Mia gritó. Personas que nunca había visto me abrazaron. Sobre el hielo, Jake fue engullido por el equipo. Connor llegó justo después y, esta vez, no se limitó a golpearle el casco. Tiró de Jake hacia un abrazo rápido, brusco y torpe.

No era una reconciliación completa. Pero era un puente. Y tal vez, en ese momento, los puentes fueran más importantes que los finales perfectos.

El pitido final llegó poco después. Victoria.

Toda la universidad parecía de fiesta. La gente saltaba, gritaba, cantaba, bajaba hacia las vallas. Me quedé quieta unos segundos, sin saber qué hacer con tanta emoción acumulada. Jake y Connor habían ganado jugando juntos, y ahora venía la parte que me aterraba más que cualquier marcador.

Después del partido.

Mia me cogió la mano.

—¿Quieres ir?

Asentí.

Mis piernas estaban inestables cuando bajamos la grada. El pasillo cerca del vestuario estaba lleno de estudiantes, amigos, familiares, reporteros del periódico universitario y gente intentando hacerse fotos con los jugadores. El ruido era enorme. Busqué a Connor primero, por instinto.

Salió del vestuario con el pelo mojado, la mochila al hombro y una sonrisa cansada que se desvaneció un poco al verme.

—Has venido —dijo.

—Dije que vendría.

—¿Y me animaste?

—En algunos momentos.

—Cruel incluso en la victoria.

Sonreí, pero había algo entre nosotros que necesitaba decirse antes de que apareciera Jake. Connor también lo sabía. Miró el cuello de la sudadera de Jake bajo mi chaqueta. Esta vez, su rostro se cerró un segundo, pero respiró hondo y no dijo nada.

Pequeño progreso.

—Has jugado bien —dije.

Levantó una ceja.

—¿Solo bien?

—Muy bien.

—Gracias.

El silencio que vino después era extraño, pero no imposible. Connor lanzó una mirada hacia el vestuario antes de volver a mirarme a mí.

—Él también ha jugado bien.

Viniendo de Connor, aquello era casi una bandera blanca.

—Sí.

Connor se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Todavía estoy enfadado.

—Lo sé.

—Con él. Contigo un poco. Conmigo también, lo cual es irritante.

—Imagino que es una experiencia nueva.

Me lanzó una mirada.

—No te pases.

Las ganas de reír llegaron junto con las ganas de llorar. Mi hermano lo estaba intentando. A su modo torpe, orgulloso y dramáticamente Bennett, pero intentándolo.

—No necesito que lo apruebes todo hoy —dije—. Solo necesito que no decidas por mí.

Connor me miró durante un largo momento. Detrás de él, los jugadores pasaban riendo, alguien gritaba sobre una fiesta, un entrenador daba instrucciones que nadie parecía escuchar. En medio de todo aquel caos, mi hermano parecía más serio de lo que jamás lo había visto después de una victoria.

—No voy a decidir por ti —dijo por fin.

Sentí que los hombros se me relajaban por primera vez en todo el día.

—Gracias.

—Pero voy a seguir amenazándolo.

—Connor.

—De forma moderada.

—Connor.

—Con límites saludables —añadió.

—Eso no existe.

Casi sonrió.

—Lo estoy intentando, Willow.

Me acerqué y lo abracé. Connor se puso rígido medio segundo, después me apretó con un solo brazo, como si todavía estuviera aprendiendo a sostenerme sin retenerme.

—Lo sé —murmuré—. Yo también.

Cuando me aparté, Jake estaba a unos metros.

El mundo pareció guardar silencio, aunque el pasillo seguía caótico.

Acababa de salir del vestuario, el pelo húmedo, la mochila al hombro, el corte del labio casi curado y una expresión que nunca le había visto. No había arrogancia ahí, ni la sonrisa fácil del jugador popular. Había un chico nervioso, asustado, mirándome como quien ama y sabe que tal vez haya llegado tarde.

Lo vi antes de que él lo dijera. Connor también lo vio.

Mi hermano soltó el aire por la nariz y murmuró:

—Genial. Allá vamos.

—Puedes irte si quieres.

—¿Y perder la oportunidad de fiscalizar la petición pública de redención de mi ex mejor amigo? Jamás.

—¿Ex?

Connor se quedó callado.

—Mejor amigo en libertad condicional.

Eso me hizo sonreír.

Jake se acercó despacio. No miró a Connor primero. Me miró a mí. Como si, por fin, entendiera el orden correcto de las cosas.

—Willow.

Mi nombre en su voz me apretó el corazón con fuerza.

—Jake.

Se detuvo delante de mí, manteniendo una distancia pequeña, respetuosa, pero sus ojos decían todo lo que su cuerpo no hacía. Alrededor, algunos jugadores empezaron a fijarse. Parker, a quien reconocí por las historias de Jake, apareció detrás de él y le dio un codazo a otro compañero. Mia, a mi lado, cruzó los brazos con aire de guardaespaldas satisfecha.

Connor se quedó inmóvil a mi izquierda.

Nada de aquella escena era privado. Por primera vez, ese era el punto.

Jake respiró hondo.

—Todavía quiero decírtelo.

Se me cerró la garganta.

—Pues dilo.

Tragó saliva. Por un segundo, vi al chico detrás del atleta, detrás de la fama, detrás del encanto. El chico que se había equivocado, había huido, había mentido, pero que estaba ahí ahora, en medio del pasillo abarrotado, con el corazón en las manos y ninguna pared tras la que esconderse.

—Te amo, Willow Bennett.

Algo dentro de mí se rompió y se recompuso a la vez.

Jake continuó, la voz baja, pero lo bastante firme para que la gente cercana la oyera.

—Te amé en silencio demasiado tiempo. Después te amé mal, escondiéndolo, fingiendo que era solo un favor, una clase, cualquier cosa que pareciera menos aterradora que la verdad. Te hice daño porque tuve miedo de perder otras cosas. Pero ya no quiero amarte como si tuviera que pedir disculpas por ello.

Me ardieron los ojos.

Mia soltó un pequeño sonido a mi lado. Connor murmuró algo que sonó a «mierda», pero no interrumpió.

Jake dio medio paso más cerca, todavía sin tocarme.

—No lo digo para presionarte. Ni para que me perdones delante de todo el mundo. Lo digo porque prometí que, si todavía lo sentía después del partido, lo diría donde la gente pudiera verlo. Y lo siento. Más que ayer. Menos que mañana, probablemente, lo cual es pésimo para mi concentración académica y deportiva.

Se me escapó una risa entre las lágrimas.

—No tienes concentración académica.

—Es justo.

—Jake.

—Perdón. Nervioso.

Aquello me desarmó por completo. Porque era él. El Jake que bromeaba cuando estaba asustado. El Jake que me provocaba hasta que se me olvidaba avergonzarme. El Jake que aprendió, tarde, pero aprendió, que el valor no era no sentir miedo. Era hablar de todos modos.

Me limpié una lágrima con rabia.

—Odio llorar en público.

—Puedo fingir que no lo he visto.

—Hay unas veinte personas viéndolo.

Parker, detrás de él, levantó la mano.

—Veintitrés, creo.

Mia se giró hacia él.

—Cállate.

Se calló.

Jake no apartó los ojos de mí.

—Puedo esperar —dijo—. Lo que necesites. Solo quería que supieras que ya no es un secreto. No para mí. No para Connor. No para nadie.

Miré a Connor.

Mi hermano parecía incómodo, tenso y a punto de tragarse su propio orgullo. Pero, cuando nuestras miradas se cruzaron, hizo algo pequeño. Casi imperceptible.

Asintió.

No era un permiso, sino la primera confianza de verdad.

Volví a mirar a Jake. La respuesta estaba en mí antes de que pudiera ordenar las palabras. Tal vez lo había estado desde la biblioteca, desde la lluvia, desde el momento en que abrió la puerta la primera noche y mi vida se salió de su eje.

—Yo también te amo —dije.

La expresión de Jake cambió como si acabara de entregarle el mundo entero y no supiera dónde poner las manos.

—Tú...

—Pero —añadí, señalándolo con el dedo, porque seguía siendo yo misma— eso no significa que estés perdonado de todo mágicamente solo porque has hecho un discurso bonito después de marcar un gol.

Parker susurró:

—Discurso y gol. Combo poderoso.

Mia lo miró de nuevo.

—Último aviso.

Jake casi sonrió, pero sus ojos brillaban.

—Entendido.

—Y nada de decidir por mí.

—Nunca más.

—Nada de usar a Connor como excusa.

—Nunca más —repitió.

—Nada de desaparecer cuando tengas miedo.

Respiró hondo.

—¿Puedo tener miedo?

—Puedes.

—¿Puedo admitirlo de un modo poco atractivo?

—Debes.

—¿Puedo mandarte mensajes dramáticos y borrarlos antes de enviarlos?

—Solo si me lo cuentas después para que me ría de ti.

Esta vez, sonrió. Una sonrisa real, abierta, tan llena de alivio que mi corazón casi no lo soportó.

—Trato hecho.

—Y una cosa más.

—Lo que sea.

Sentí que la cara me ardía, pero mantuve la mirada en la suya.

—No quiero más clases.

Su expresión se suavizó.

—¿No?

—No. Quiero citas. De verdad. Café, cine, biblioteca, cenas malas, peleas por libros que no has leído, tú distrayéndome de estudiar y yo fingiendo que lo odio.

—Puedo hacer eso.

—Lo sé.

—¿Puedo besarte al final de esas citas?

Detrás de mí, Connor soltó un sonido de protesta.

—Tío.

Jake no apartó los ojos de mí.

—Se lo estoy preguntando a ella.

El pecho se me calentó de un modo que casi dolía.

Miré a Connor por encima del hombro.

—Está bien.

Él cerró los ojos como si estuviera enfrentando una prueba religiosa.

—No necesito verlo.

—Pues mira hacia otro lado.

—Este es el pasillo de mi equipo.

—Connor.

Soltó un suspiro dramático y apartó la cara.

—Rápido.

Mia se rio. Parker pareció a punto de narrar la escena y desistió cuando Mia levantó un dedo amenazante.

Jake seguía esperando mi respuesta.

Me acerqué un paso.

—Puedes besarme ahora.

Su expresión perdió todo el humor.

—¿Estás segura?

Sonreí, y esta vez fue entera.

—¿Con palabras, Jake?

Soltó una risa baja, recordando. La misma frase, otro momento, otra versión de nosotros. Antes, me ponía nerviosa. Ahora, me hacía sentir vista.

—Sí —dije—. Quiero.

Jake me besó.

No fue un beso escondido en un pasillo oscuro, ni un beso robado entre la culpa y el deseo, ni una lección disfrazada de disculpa. Fue un beso público, lento y lleno de cuidado. Sus manos me tocaron el rostro con la delicadeza que ya conocía, pero ahora no había prisa por esconder, ni miedo empujando nuestros cuerpos lejos.

Había ruido alrededor. Alguien silbó, Parker gritó algo que Mia probablemente le haría tragarse después, y Connor refunfuñó que se iba a mudar de país. Pero todo eso quedó lejano.

Porque Jake me besaba como si estuviera cumpliendo una promesa. Y yo lo besaba como si estuviera haciendo una.

Cuando nos separamos, mantuvo la frente cerca de la mía un segundo.

—Hola, novia —murmuró.

Me ardió la cara.

—Eso ha sido rápido.

—He esperado años. No estoy de acuerdo.

Puse los ojos en blanco, pero estaba sonriendo.

—Eres imposible.

—¿Y aun así?

Toqué la sudadera bajo mi chaqueta, su número entre mis dedos.

—Y aun así.

Connor carraspeó fuerte.

—Genial. Precioso. Emocionante. Ahora suelta a mi hermana antes de que tenga una recaída criminal.

Jake se apartó un poco, pero no me soltó la mano. Miró a Connor.

—Le estoy cogiendo la mano, Bennett.

—Exacto. Así empieza todo.

—Connor —dije.

Levantó las manos.

—Límites saludables. Estoy practicando.

Jake, por su propia supervivencia, no se rio. Le apreté la mano en advertencia y me volví hacia mi hermano. Connor miró nuestras manos entrelazadas. Le dolió, lo vi. Pero, esta vez, no intentó separarlas.

—¿Eres feliz? —me preguntó.

La pregunta fue sencilla. Y tal vez la más importante que me había hecho nunca.

Miré a Jake. Después a Mia, que me observaba con los ojos brillantes y una expresión orgullosa. Después a Connor, mi hermano terco, protector, irritante e intentándolo, aunque intentarlo pareciera casi físicamente doloroso.

Le apreté la mano a Jake.

—Lo soy.

Connor respiró hondo.

—Entonces voy a intentar ser feliz también.

Tuve ganas de abrazarlo ahí mismo.

—Gracias.

Señaló a Jake.

—Pero tú. Si la haces llorar...

—Lo sé —dijo Jake—. Me matas.

Connor frunció el ceño.

—No. Esa amenaza ha quedado muy genérica. Voy a pensar en algo más creativo.

Parker apareció al lado de Jake.

—Puedo ayudar. Tengo tiempo libre.

Mia lo señaló.

—Estás en el bando equivocado.

—Me gusta contribuir a la comunidad.

Por primera vez en muchos días, me reí sin peso.

El pasillo seguía abarrotado, el equipo celebraba, la victoria todavía vibraba a nuestro alrededor. Pero, en medio de todo, se estaba formando algo tranquilo, ni perfecto ni sencillo, pero verdadero.

Jake entrelazó los dedos con los míos. Y no los soltó.

Epílogo

Willow

Dos semanas después, descubrí que salir con Jake Miller en público venía con algunas consecuencias.

La primera era que medio campus parecía tener una opinión. Algunas chicas me miraban como si hubiera encontrado un código secreto. Algunos tíos del equipo saludaban a Jake con bromas horribles y luego salían corriendo cuando Mia amenazaba con derramarles café «sin querer». Parker había cogido la horrible costumbre de llamar a nuestra historia «la era de la educación sentimental de Miller», lo que casi me hizo tirarle un libro a la cabeza.

La segunda consecuencia era Connor.

Mi hermano todavía se estaba adaptando, lo que significaba que alternaba entre comportarse con normalidad y poner cara de haberse tragado un limón cada vez que Jake me besaba delante de él. Pero lo intentaba. De verdad. A veces nos invitaba a los dos a comer después del entrenamiento, a veces se quejaba cuando Jake se sentaba demasiado cerca. Y a veces él y Jake caían en viejas provocaciones con tanta facilidad que casi conseguía olvidar la grieta que todavía estaba cicatrizando entre ellos.

Casi. Las heridas no se cerraban solo porque todo el mundo lo quisiera. Pero podían dejar de sangrar.

Aquella tarde estaba en la biblioteca, en la misma mesa donde solía estudiar antes de que toda mi vida se convirtiera en una dudosa novela romántica universitaria, cuando Jake apareció con dos cafés.

Puso uno delante de mí.

Miré el vaso.

Willow.

Mi nombre estaba bien escrito.

—Vaya —dije—. Evolución.

Él acercó la silla a mi lado.

—Se lo deletreé tres veces al barista.

—Mi héroe.

—Lo intento.

Jake se inclinó para besarme, pero lo detuve con un dedo en el pecho.

—Biblioteca.

—Beso silencioso.

—Eso no existe.

—Puedo demostrarlo.

—Jake.

Él sonrió y se echó atrás, pero no antes de besarme los dedos. Mi corazón hizo una cosa ridícula, y odié lo fácil que todavía le resultaba afectarme.

—¿Estudiando qué? —preguntó.

—Literatura contemporánea.

—Suena peligroso.

—¿Para ti? Muchísimo. Tiene palabras de más de tres sílabas.

Él se llevó la mano al pecho.

—Qué cruel, Bennett.

—Te encanta.

—Por desgracia.

Volvimos al silencio unos minutos. Yo leía, o lo intentaba. Jake fingía repasar algo en el portátil, pero notaba su mirada sobre mí cada dos por tres. Cuando por fin levanté la vista, él ni siquiera intentó disimular.

—¿Qué?

Él apoyó la barbilla en la mano.

—Nada.

—Jake.

—Solo me gusta mirarte cuando nadie está intentando matarme por ello.

Sonreí, pero había algo demasiado tierno en la frase como para convertirlo en broma.

—Connor sigue amenazándote.

—Sí, pero ahora lo hace mientras me pasa el mando a distancia. Es un progreso.

—¿Vais a estar bien?

Jake se lo pensó antes de responder. Esa era una de las cosas nuevas en él. Antes respondía rápido, con encanto o ironía. Ahora, cuando importaba, se lo pensaba.

—Creo que sí. No como antes. Puede que distinto.

—Distinto puede ser bueno.

Él cogió mi mano por encima de la mesa.

—Puede.

Me quedé mirando nuestros dedos entrelazados. Su mano era más grande, cálida, marcada por pequeños cortes de entrenamiento. La mía parecía pequeña allí, pero no frágil. Estaba entrelazada con la suya porque yo había elegido que así fuera.

—¿Sabes que nunca quise ser algo que os separara a los dos? —pregunté.

Jake se puso serio.

—Nunca lo fuiste.

—A veces lo pareció.

—Lo sé. Y lo siento.

Le apreté la mano.

—Yo también siento algunas cosas.

—¿Como llamar simétricos a mis ojos?

—Aquello fue arte.

—Fue un trauma.

Me reí, y él me devolvió la sonrisa. Del tipo que no escondía nada.

En ese momento, Connor apareció entre las estanterías, sosteniendo un libro que probablemente había cogido solo para fingir que no nos estaba buscando.

—Sabía que os encontraría aquí —dijo.

Jake miró el libro en su mano.

—Sabes que está al revés, ¿verdad?

Connor miró la portada, le dio la vuelta al libro y señaló a Jake.

—Comentario innecesario.

—Observación académica.

—Ni siquiera vienes nunca a la biblioteca.

—Ahora sí. Tengo una novia empollona.

Connor puso una mueca.

—Sigo odiando cuando dices eso.

—¿Novia?

—Sí.

Jake sonrió.

—Mi novia empollona.

Connor cerró los ojos.

—Estoy practicando límites saludables, pero tú estás poniendo a prueba mi evolución.

Me mordí el labio para no reírme. Jake no tuvo la misma disciplina. Connor le dio un golpecito en la cabeza con el libro, y la bibliotecaria lanzó una mirada asesina desde lejos.

—Silencio —susurré.

Connor señaló a Jake.

—Culpa suya.

Jake señaló a Connor.

—Él ha empezado.

Los miré a los dos.

—Tenéis veintidós años.

—Él tiene veintidós —dijo Connor—. Yo tengo una madurez emocional superior.

Jake soltó una carcajada tan alta que la bibliotecaria se levantó.

Cogí mis libros rápidamente.

—Vámonos antes de que nos echen.

Los dos obedecieron, todavía discutiendo en susurros agresivos hasta la puerta. Fuera, el aire estaba frío y el cielo tenía ese color dorado de última hora de la tarde que dejaba el campus casi demasiado bonito para ser real. Mia nos esperaba en los escalones, con los auriculares puestos y una expresión de quien ya estaba aburrida de nuestra tardanza.

—Por fin —dijo—. Estaba a punto de entrar y cometer un crimen literario.

—¿Cuál sería? —preguntó Connor.

—Doblar la esquina de una página.

Me llevé la mano al pecho.

—Mia.

—Ya te dije que era un crimen.

Jake se rió y me pasó un brazo por los hombros, pero antes me miró con una pregunta silenciosa, todavía pidiendo permiso, todavía recordando. Me apoyé contra él en respuesta.

Connor lo vio. Hizo una mueca. Luego suspiró y empezó a bajar los escalones junto a Mia, quejándose de algo que ella respondió

con sarcasmo inmediato.

Jake me besó la sien.

—¿Estás bien?

Miré a Connor y Mia discutiendo delante. Al campus que seguía siendo el mismo y, aun así, parecía nuevo. A la mano de Jake en la mía, cálida, presente y sin prisa por esconderse.

—Lo estoy.

Él sonrió.

—¿Arrepentida?

La pregunta era antigua, pero ahora ya no dolía.

Me detuve a media escalera y me giré hacia él.

—¿De ti? A veces.

Él se rió.

—Justo.

—¿Del resto? No.

Jake me miró como si yo todavía fuera algo imposible que, por algún milagro, había elegido quedarse.

—Te quiero, Willow Bennett.

Mi corazón se calentó igual que la primera vez, pero ahora había paz junto con el susto.

—Yo también te quiero, Jake Miller.

Me besó allí mismo, en los escalones de la biblioteca, a plena luz del día, mientras Mia gritaba que usáramos protección emocional y Connor amenazaba con tirarse al lago del campus.

Y yo me reí contra su boca.

Porque, por primera vez, no era la hermana protegida de nadie. No era una chica escondida en un cuarto, un pasillo o un secreto. No era una lección, un favor, una promesa rota entre dos hombres que se olvidaron de preguntarme qué quería yo.

Era Willow Bennett. La chica que tuvo miedo, quiso de todos modos, se equivocó, aprendió, eligió y fue elegida de vuelta.

Y Jake Miller, el chico prohibido que nunca debería haber abierto aquella puerta para mí, ahora sostenía mi mano delante del mundo entero.

Sin reglas estúpidas, sin mentiras, sin secretos.

Solo nosotros.